

Coello: *Producción campesina*
Kaltajchian: *La Nación*
Morales: *El discurso del poder*
Semo: *Revoluciones en México*
Hobsbawn: *El comunismo italiano*
Bartra: *Campesinos y poder*
A. Hart: *Martí y el Partido*

8

historia
y
sociedad





Historia y Sociedad

*revista latinoamericana
de pensamiento
marxista*

Consejo editorial: Gilberto Argüello, René Avilés, Arturo Azuela, José Luis Balcárcel, Roger Bartra, Donald Castillo, Suzy Castor, José Luis Ceceña, Sergio Corichi, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Enrique Florescano, Iván García, Pablo González Casanova, Enrique González Rojo, Raúl González Soriano, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Pedro López Díaz, Tomás Luna, Carlos Monsiváis, Marcela de Neymet, Raúl Olmedo, Gerard Pierre-Charles, Sergio de la Peña, Ricardo Pozas, Carlos Quijano, Wenceslao Roces, Américo Saldívar, Adolfo Sánchez Vázquez, Enrique Semo, Masae Sugawara, Mishiko Tanaka, Raquel Tibol, Alfonso Vélez Pliego, Alfredo Tecla, René Zavaleta Mercado.

Dirección colectiva: Roger Bartra, Raúl Olmedo, Sergio de la Peña, Enrique Semo.

Redacción: Raúl González Soriano.

Administración y edición: María Jimeno, Guillermina Krausse.

Corresponsales: Manfred Kossok (RDA), Jean Piel y Pierre Vilar (Francia), Enrique Ramírez (Cuba).



REVISTA LATINOAMERICANA
DE PENSAMIENTO MARXISTA
FUNDADA EN 1965

Karl James
76

SEGUNDA EPOCA

Número 8,  1975

INDICE

- Manuel Coello: *Caracterización de la pequeña producción mercantil campesina* / 3
- Suren Kaltajchian: *El concepto de "nación"* / 20
- Cesáreo Morales: *Poder del discurso o discurso del poder* / 38
- Enrique Semo: *Las revoluciones en la historia de México* / 49
- E. J. Hobsbawm: *Los años oscuros del comunismo italiano* / 62
- Roger Bartra: *Y si los campesinos se extinguen...* / 71
- Armando Hart Dávalos: *Discurso en Dos Ríos* / 84
- NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS / 96

Revista Trimestral

Apartado postal 21-123, México 21, D. F.

Av. Universidad 1861-701, México 20, D. F., Tel. 548-55-53

Precio del ejemplar: \$ 25.00

Suscripción anual:

Por correo ordinario, México	\$ 80.00
Centroamérica, EE.UU. y Canadá. Dls.	11.00
Sudamérica	Dls. 13.00
Europa	Dls. 16.00

Cualquier aclaración sobre suscripciones dirijase, por favor a nuestro apartado postal.

Portada e ilustraciones: Bocetos tomado de la exposición de José Chávez Morado *Apuntes de mi libreta: 1953-1976* presentada en la Galería José Clemente Orozco; julio de 1976.

Revista autorizada por la SEP según oficio 23 CC PRI/68 del 22 de febrero de 1968.

Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F.
4 000 ejemplares.

Caracterización de la pequeña producción mercantil campesina

Manuel Coello

¿Qué se entiende por pequeña producción simple de mercancías? Nos acercaremos a la respuesta si antes señalamos los rasgos que caracterizan su estructura interna.

1. Es "un modo de producción que se basa en la *propiedad privada de las condiciones de producción por parte del productor directo*".¹ Los factores esenciales de

¹ Carlos Marx, *El Capital, Libro I, Capítulo VI (inédito)*, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1971, p. 162. Utilizamos aquí el concepto modo de producción, no a la manera de L. Althusser, E. Balibar, M. Harnecker, etc., quienes lo conciben como "estructura global" formada por tres "estructuras regionales": económica, jurídico-política e ideológica. Lo consideramos únicamente en su "instancia económica"; es decir, entendemos por modo de producción de los bienes materiales "la *unidad* de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. ...Un modo de producción no es un conjunto de fuerzas productivas y de relaciones de producción concentradas entre sí; es un tipo específico de relaciones de producción *unidas y perfectamente congruentes* a ciertos niveles y peculiaridades de las fuerzas productivas. ...El conjunto de fuerzas productivas y relaciones de producción de una sociedad en concreto configuran varias unidades internas, que son los modos de producción, unos en proceso de desaparición y otros predominantes; estos modos de producción están íntimamente vinculados y conforman un conjunto estructurado, es decir, una *formación socioeconómica*". Roger Bartra, *Breve diccionario de sociología marxista*, Editorial Grijalbo, México, 1973, pp. 105-107.

En cuanto a caracterizar la pequeña producción mercantil como modo de producción y no como "forma de producción", nuestra argumen-

ta la producción, medios de producción y fuerza de trabajo, no están disociados; por el contrario, su estrecha articulación toma cuerpo en cada una de las unidades de producción.

2. Si esa unidad constituye la base de este modo de producción, se deduce que en su interior no existen clases sociales antagónicas, se trata de un modo de producción "uniclasista"² de la igualdad de los pequeños productores.

tación se basa en que mantiene esa unidad congruente entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Por lo demás, preferimos seguir la tónica de Marx, creador del concepto *modo de producción*, quien en el grueso de sus estudios lo define como eso: "*modo de producción que ... presupone la propiedad privada del productor directo con respecto a sus condiciones de producción*", Carlos Marx, *op. cit.*, p. 163.

² La expresión "uniclasista" es, a nuestro juicio, más adecuada para el caso en cuestión. Ello de ninguna manera presupone una idea diferente a la de Guy Dhoquois o a la de Roger Bartra. El primero afirma que: "En el caso de una formación ... a la vez capitalista y de pequeños productores, se tiene el resultado paradójico de ver a los pequeños productores que, en sí mismos, en su modo de producción, no constituyen una clase (ya que no existen clases antagónicas), y en cambio, frente a las otras clases, sí constituyen una." Citado por Vergopoulos en: Samir Amin y Kostas Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974, p. 215. Por su parte, Bartra asienta que: "el modo de producción mercantil simple es un sistema *no clasista* ... clase *hacia el exterior*, pero ... no clasista *hacia el inte-*

3. Si los medios de producción y la fuerza de trabajo pertenecen al trabajador, por consiguiente, pertenecen también a él los productos de su trabajo. El trabajador no necesita apropiárselos pues son suyos de por sí. Sin embargo, como valores de uso, a él directamente no le sirven, necesita intercambiarlos por otros que le representen utilidad; el productor no se identifica con el trabajo y los productos del trabajo puesto que los productos tienen virtualmente un carácter social que se logra mediante el intercambio, de manera indirecta.

4. El carácter mercantil de la producción tiene como condición indispensable la división social del trabajo: la especialización. "Los productos son producidos por productores individuales y aislados, cada uno de los cuales se especializa en la elaboración de determinado producto, de modo que para satisfacer las necesidades sociales le es imprescindible comprar y vender productos (que por esta razón se convierten en mercancías), en el mercado."³ Si bien este modo de producción implica la independencia y aislamiento de cada uno de los productores, esta libre individualidad encuentra su contrapartida y límite en la dependencia social que emana de la división social del trabajo.

5. En el interior de cada unidad de producción, las relaciones técnicas de producción corren a cargo del propietario-trabajador, por consiguiente, éste tiene absoluto control y dominio sobre el proceso de producción. Aquí el trabajo no está dividido entre muchos, sino que cada uno lleva a cabo para sí el mismo traba-

rior." Roger Bartra, "Campesinado y Poder Político en México: un modelo teórico", *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, año XXXIV, número 3-4, México, 1972, pp. 676-677.

³ V. I. Lenin, "El llamado problema de los mercados", *Obras Completas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1969, t. 1, p. 103.

jo; "es una multiplicación del mismo trabajo."⁴ Si bien ello es peculiar de los artesanos, entre los pequeños productores dedicados a la agricultura se observa una "división del trabajo en el caso concreto", pero esta división no es producto del trabajo sino que obedece a causas puramente fisiológicas: por sexo y edad o por rango familiar.

6. Haciendo abstracción de elementos "perturbadores" (intercambio desigual, etc.), los intercambios presuponen, en última instancia, mercancía contra mercancía, productos del trabajo contra productos del trabajo; en suma, intercambio de equivalentes ajustados y regidos por la ley del valor.

7. Para la reproducción económica de este modo de producción, los frutos del trabajo mínimamente deben garantizar tanto la reproducción de las condiciones de producción (consumo productivo), como la reproducción de la existencia del trabajador y su familia (consumo individual).

8. El desarrollo que alcanzan las fuerzas productivas bajo estas relaciones de producción tiene un límite que oscila en torno a la correspondencia que debe existir entre la magnitud de los medios de producción y la magnitud de la fuerza de trabajo que puede desplegar el trabajador.

Ahora bien, si nos remitimos a los resultados de los estudiosos más destacados del tema, particularmente, los teóricos del socialismo científico —marxismo— y aquéllos del "socialismo de color rosa pálido" —populismo—, ambos coinciden en caracterizar este tipo de producción como aquél que no emplea trabajo ajeno de ningún tipo, esto es, que no echa mano de trabajo asalariado.⁵ Sin embargo, si bien

⁴ Carlos Marx, *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1969, p. 100.

⁵ "La pequeña producción es la que no emplea trabajo asalariado." No sólo los marxistas lo con-

estas corrientes están de acuerdo en este punto y en otros de los ya señalados, una honda controversia surge cuando se trata de otra cuestión, es decir, cuando se quiere determinar en qué lugar se encuentra la pequeña producción dentro de un contexto socioeconómico más amplio. La discrepancia, efectivamente, gira en torno a la ubicación y al futuro de esta pequeña producción bajo el régimen capitalista de producción.

Para abordar este problema, veamos la sugerente definición que de la pequeña producción nos ofrece Marx: "La propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción es la base de la pequeña industria y ésta, la condición necesaria para el desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del propio trabajador. Ciertamente es que este modo de producción existe también bajo la esclavitud, bajo la servidumbre de la gleba y en otros estados de dependencia. Pero sólo florece, sólo despliega todas sus energías, sólo conquista su forma clásica adecuada allí donde el trabajador es propietario libre de las condiciones de trabajo manejadas por él mismo: el campesino dueño de la tierra que trabaja, el artesano dueño del instrumento que maneja como un virtuoso."⁶

sideran así. Por ejemplo, E. David, cuyo libro *El socialismo y la agricultura* puede ser considerado uno de los más modernos resúmenes de las teorías burguesas sobre el problema agrario, escribe: "En todos los casos en que hablamos de pequeña producción, nos referimos a una categoría económica que funciona sin permanente ayuda ajena y sin ocupación auxiliar." Lenin, "El sistema capitalista de la agricultura moderna", *Obras Completas*, op. cit., t. 16, p. 437.

⁶ Carlos Marx, *El Capital*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1971, t. 1, p. 647. Para este pasaje, tomamos la traducción que hace Bartra al español del texto original en alemán. "La mayor parte de las traducciones españolas de los textos de Marx con mucha frecuencia sustituyen la palabra modo de producción (*Weise der Produktion*, *Produktionsweise*), por régimen de producción o sistema de producción." Roger Bar-

Si consideramos que a través de la historia de la humanidad jamás sociedad alguna ha funcionado ni puede funcionar bajo la dominación de este modo de producción, salta a la vista que lo que Marx pone de manifiesto en esa definición es que se trata de un modo de producción secundario y subordinado, cualquiera que sea la formación en que éste se presente o se haya presentado, esto es, ya sea que se trate de formaciones socioeconómicas que por el modo de producción en ellas dominante pertenezcan al tipo asiático,⁷ esclavista, feudal, capitalista o, incluso, socialista.

Ahora bien, si admitimos el carácter secundario y subordinado de la producción simple de mercancías, el problema de mayor envergadura que es preciso plantear es el siguiente: ¿tiene este modo de producción una forma particular de funcionamiento que sea válida en todos los tipos de formaciones? Dicho en otras palabras, ¿se puede comprender su funcionamiento desligándolo del modo de producción dominante con el que coexiste?

La pequeña producción en las formaciones precapitalistas.

En las formaciones precapitalistas, desde las asiáticas hasta las feudales, pasando por las esclavistas, este modo de producción encuentra profundos y serios obstáculos que le impiden desplegar "todas sus energías", no sólo porque los individuos que participan como pequeños productores

tra, "La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov", *Revista Comercio Exterior*, volumen 25, no. 5, mayo de 1975, México, p. 524.

⁷ En las formaciones de tipo asiático, aparece en forma embrionaria la producción especializada e independiente a cargo de artesanos que trabajan los metales. Véase: Carlos Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, (borradores) 1857-1858, Siglo XXI Editores, México, 1971, t. 1, p. 438.

res de mercancías están sujetos a una estricta reglamentación estamental, de anulación de la personalidad, que restringe su libertad e igualdad jurídica respecto a los demás miembros de la sociedad sino porque, además, la propiedad de estos trabajadores sobre sus medios de producción está recubierta y ligada con otros vínculos que no son los puramente económicos.

Si bien es cierto que estas limitaciones tienen un carácter superestructural, también lo es que en la base de esas formaciones existe una traba, que es, sin duda, la más grande con que tropieza la producción simple de mercancías. Nos referimos aquí al hecho de que, con todo y su característica de mercantil, esta producción se encuentra insertada en los marcos generales de formaciones cuya base de funcionamiento, dada por el modo de producción que las domina, es la producción para el uso inmediato, la producción para el consumo y no para el cambio. En suma, nos encontramos ante una producción mercantil inmersa en sociedades de predominante economía natural. El escaso desarrollo de las fuerzas productivas y de la división social del trabajo —en particular de la especialización de ramas independientes y particulares de la producción—, determinan que la producción mercantil en el interior de esas sociedades sólo se desarrolle de manera incipiente, secundaria, subordinada.

En las formaciones de economía natural, el mercado se caracteriza por una acusada estrechez, que restringe y limita el desarrollo de la producción mercantil. Esto no puede ser de otra manera, puesto que ahí los intercambios están regidos por la demanda, la demanda precede a la oferta, la producción sigue paso a paso el consumo. Expresión de estos intercambios así regulados son las “justas o casi justas” proporciones entre la oferta y la deman-

da;⁸ los efectos de la producción mercantil desarrollada, capitalista, esto es, la competencia o libre concurrencia, la anarquía, las crisis, depresiones, etc., apenas si dan señales de vida, pues generalmente se trabaja “por encargo”, para un consumo presupuestado. Además, este equilibrio entre oferta y demanda, no pocas veces se ve reforzado por factores de carácter extra-económico. En las ciudades medievales, por ejemplo, el reglamento gremial se ocupaba de establecer ese equilibrio atrayendo de otras ciudades a los artesanos faltantes, o bien, intentando de una u otra manera eliminar a los sobrantes. Este fenómeno se observa, incluso, a nivel de las aldeas; tal es el caso de “los representantes de una comunidad aldeana que rogaron que se dejase en libertad a un cerrajero condenado a muerte y, en todo caso, se ahorcase en su lugar a un herrero pues había dos en la aldea”.⁹

En lo que se refiere a los medios de producción, aun cuando en este tipo de economías pueden pertenecer a los pequeños productores de mercancías, con frecuencia se encuentran con otra limitación más que está dada por el hecho de que no son objeto de circulación. En efecto, puede afirmarse que no son objeto de circulación en la medida en que constituyen “un capital natural, formado por la vivienda, las herramientas del oficio y la clientela tradicional y hereditaria, un capital irrealizable por razón del incipiente intercambio y de la escasa circulación, y que se heredaba de padres a hijos, ... un capital directamente entrelazado con el trabajo determinado y concreto de su poseedor e inseparable de él; era por tanto, en este sentido, un capital estable”.¹⁰ Es-

⁸ Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 58.

⁹ Rosa Luxemburgo, *Introducción a la economía política*, ed. Cuadernos de Pasado y Presente, no. 35, Córdoba, 1972, p. 175.

¹⁰ Carlos Marx, *La ideología alemana*, ed. Pue-

te "capital" está íntimamente ligado a su poseedor, ligado únicamente a determinada forma de valor de uso. Es, pues, por su misma naturaleza, un "capital irrealizable" y no susceptible de convertirse en objeto de circulación ni por tanto de acumulación con miras a la explotación del trabajo ajeno. Además, por ser un "capital estable", difícilmente puede desplazarse de una esfera de la producción a otra, de tal manera que "las diversas esferas de la producción se comportan entre sí, dentro de ciertos límites, como si se tratase de países o colectividades comunistas extranjeros los unos a los otros".¹¹

En los mercados locales, en los que predomina la participación de pequeños productores, los productos se intercambian por su valor (esto aparece más claramente cuando los mismos intercambios generan la necesidad de un equivalente general que toma cuerpo en el dinero). Con excepción del comercio internacional, en los mercados locales, estrechos y más o menos cerrados, los precios de las mercancías gravitan con arreglo a sus valores y oscilan en torno a ellos, y en la medida en que se va desarrollando "la producción simple de mercancías, coinciden más los precios medios con los valores; ... la tendencia de adaptación a la ley del valor se hace, de una parte, más manifiesta, pero de otra, se ve contrarrestada por las ingerencias del capital usurario y de la explotación fiscal, y los periodos durante los cuales los precios se aproximan por término medio a los valores con un margen de diferencia insignificante, se hacen cada vez más largos".¹²

Las consideraciones hasta ahora señaladas son de particular importancia, y es esto, precisamente, lo que resulta inte-

resante destacar. En las formaciones de economía natural, precapitalistas, el pequeño productor de mercancías, ya sea artesano o campesino, presenta una característica específica en cuanto a sus motivaciones individuales y es la de que, aun cuando su producción se encuentra "esencialmente basada en el intercambio y en la creación de valores de cambio, el objetivo fundamental inmediato de esta producción es la subsistencia. . . en consecuencia, el valor de uso, no el *enriquecimiento*, no el valor de cambio. Por ello en todas partes la producción está subordinada a la demanda y se amplía sólo lentamente".¹³

Esto no va a impedir el que se dé un enriquecimiento, pero éste aparece más bien en la periferia de la producción simple de mercancías sin dejar de ser "carne de su carne y parte de su organismo". Este enriquecimiento, efectivamente, toma cuerpo en el atesoramiento que ocurre en manos de comerciantes y usureros; la fuente de que se nutre es la apropiación de los excedentes producidos por el pequeño productor, apropiación que puede darse, en la esfera de la circulación, cuando al pequeño productor ya no le es posible vender directamente al consumidor. Este enriquecimiento puede incluso acrecentarse no sólo con base en el excedente de la pequeña producción, sino también con base en parte de los productos que corresponden al trabajo necesario, es decir, a causa del empobrecimiento absoluto, tanto de los productores como de los consumidores. Y si, ciertamente, este dinero acumulado "representa de una parte la primera forma de existencia del capital, aparece, por otra parte, como una forma directamente opuesta a la definición misma del valor: en efecto, la ley del comercio es comprar a bajo precio para ven-

blos Unidos. Montevideo, 1969, p. 59.

¹¹ Carlos Marx, *El Capital*, op. cit., t. 3, p. 182.
¹² Federico Engels, "Complemento al Prólogo" del tomo 3 de *El Capital*, op. cit., pp. 31-33.

¹³ Carlos Marx, *Elementos...*, op. cit., t. 1, p. 475.

der más caro. No hay pues cambio entre equivalentes".¹⁴

Todos estos aspectos económicosociales que son comunes a las formaciones precapitalistas, y que se derivan del carácter específico de los modos de producción que en ellas dominan, determinan el ritmo y la forma peculiar de existencia de la pequeña producción mercantil. El modo de producción mercantil simple recibe, de los modos de producción precapitalistas dominantes, una influencia que se expresa en una tendencia *limitativa* y *conservadora*. Así, todo el complejo económicosocial tiene una particular incidencia y condiciona el carácter, en lo que se refiere a la reproducción de este modo de producción, como una *reproducción simple*, aun cuando en la realidad no haya todavía adquirido su expresión "clásica adecuada". Es por ello que afirmamos que la dominación de los modos de producción precapitalistas sobre el mercantil simple se manifiesta en una tendencia limitativa y conservadora.

La pequeña producción en las formaciones capitalistas.

Es un hecho que el modo de producción mercantil simple puede, en un momento dado, "desplegar todas sus energías". Para ello, necesita de un ambiente económicosocial adecuado que haya roto con todas las trabas y restricciones con las que tropieza en las formaciones precapitalistas. Esta situación puede presentarse cuando existe un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de división social del trabajo. El proceso en cuestión situado históricamente, se produce en la época de transición del feudalismo al capitalismo en Europa occidental. Es indudable, sin embargo, que estos presupuestos de condiciones adecuadas sólo pueden ser

¹⁴ *Ibid.*, t. 2, p. 430.

proporcionados en las formaciones organizadas, de manera franca, sobre la base dominante del modo de producción capitalista.

En efecto, la existencia del modo de producción capitalista presupone la libertad, la igualdad jurídica de todos los hombres, así como el que la propiedad de las condiciones en que se realiza la producción aparezca completamente despojada de "todo su ropaje y de todos sus vínculos políticos y sociales anteriores".¹⁵ Esta nueva situación abre paso al pequeño productor para transformarse de poseedor en "propietario libre de las condiciones de trabajo manejadas por él mismo: el campesino dueño de la tierra que trabaja, el artesano dueño del instrumento que maneja como un virtuoso". Y no puede ser de otra manera en la medida en que la existencia misma del capitalismo resulta del todo incompatible con los privilegios locales y estamentales, su desarrollo necesita de la libertad de competencia, de la libertad de movimiento del capital y de los individuos, de la igualdad jurídica de todos los poseedores de mercancías.

Con el desarrollo de la producción capitalista —en la medida en que su producto específico es la producción de plusvalía, utilizando como medio la producción de mercancías—, se llega necesariamente al resquebrajamiento de los mercados cerrados y locales basados en los cambios individuales regidos por un consumo presupuesto. Los estrechos límites de la circulación ceden su lugar y se van enrolando en un sólo y único mercado mundial gobernado por leyes de la concurrencia totalmente diferentes y que encuentran su explicación última, precisamente, en las

¹⁵ Carlos Marx, *El Capital*, op. cit. t. 3, p. 576. "... la posesión de la tierra se considera como una de las condiciones de producción para el productor directo y su *propiedad* como la condición más favorable para el fortalecimiento de su régimen de producción." *Ibid.*, p. 573.

relaciones de producción capitalistas dominantes. Este mercado, universalizado por la gran industria, es el escenario de la competencia de todos los productores de mercancías. La competencia estimula el desarrollo de las fuerzas productivas, con las consecuentes vicisitudes de la sobreproducción; ahora, la oferta precede y se impone sobre la demanda, las justas proporciones de los cambios individuales dejan su lugar a la anarquía con sus consecuentes depresiones y crisis.

Las nuevas condiciones y reglas del juego mercantil obligan y arrastran necesariamente a todos los pequeños productores a establecer una ardua y ruda competencia entre sí, por una parte, y por otra, con la gran producción capitalista. Ahora lo que importa ya no es el valor de uso de los productos, sino que pasa a un primer plano el valor de cambio. En consecuencia, lo fundamental es, en esta nueva situación, el enriquecimiento, la acumulación, quedando relegado el objetivo de la mera subsistencia. Ahora, los medios de producción dejan de constituir un "capital natural estable" para convertirse en un capital móvil, tasable en dinero (y si bajo estas condiciones existe la libertad para que el pequeño productor no sólo sea poseedor sino propietario, también está implícita la libertad para que éste deje de ser propietario y se convierta en proletario).

Con esto, llegamos a un punto en que puede apreciarse muy bien cómo las "categorías económicas correspondientes a épocas anteriores de la producción adoptan, sobre la base del modo capitalista de producción, un carácter histórico especialmente diferente".¹⁶ Es por ello que al vincularse con el modo de producción capitalista, todos los modos de producción precapitalistas se ven "vaciados de su con-

¹⁶ Carlos Marx, *El Capital*, Libro I, Capítulo VI (médito), op. cit., p. 110.

tenido propio" y, por tanto, condenados a desaparecer. Así, a medida que la producción capitalista se desarrolla, tiende a destruir todos los modos de producción que con ella coexisten... "Allí donde echa raíces, destruye todas las formas de la producción de mercancías basadas en el trabajo del propio productor o concebidas simplemente a base de vender como mercancías los productos sobrantes. Empieza generalizando la producción de mercancías y luego va convirtiendo, poco a poco, toda la producción de mercancías en producción capitalista."¹⁷

Es, pues, solamente en las formaciones de carácter capitalista que el modo de producción mercantil simple encuentra el ambiente necesario para desplegar todas sus energías, para conquistar su expresión "clásica adecuada". Sin embargo, paradójicamente, las mismas condiciones que crea la dominación del modo capitalista de producción en relación con el mercantil simple, son aquéllas que se convierten en las fuerzas capaces de destruirlo. La existencia del mercantil simple "sólo es compatible con los estrechos límites, primitivos, de la producción y la sociedad. Querir eternizarlo equivaldría, como acertadamente dice Pecqueur, a 'decretar la mediocridad general'. Al llegar a cierto grado de progreso, él mismo alumbrará los medios materiales para su destrucción".¹⁸

La pequeña producción y la "Ley de Chayanov".

Con todas las consideraciones hasta aquí expuestas, podemos ya dar respuesta a la interrogante que más nos preocupa y que replanteamos: ¿Se puede comprender el funcionamiento del modo de producción mercantil simple, desligándolo del modo de producción dominante con el que coexiste?

¹⁷ Carlos Marx, *El Capital*, op. cit., t. 2, p. 37.

¹⁸ *Ibid.*, t. 1, p. 647.

Dado el carácter secundario de este modo de producción, su funcionamiento interno, su forma y ritmo peculiares de existencia y desarrollo y su reproducción, están sobredeterminados por el carácter que le imprime el modo de producción dominante al que queda articulado. Esto no puede ser de otra manera ya que "en todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango (e) influencia, y cuyas relaciones por lo tanto asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en que se bañan todos los colores y (que) modifica las particularidades de éstos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve".¹⁹

Parece ya suficientemente demostrado que el modo de producción mercantil simple, por ser secundario y subordinado, no puede analizarse discriminando la articulación con otro modo de producción; esto es, sin ubicarlo como parte integrante de una formación socioeconómica. Sin embargo, diversas corrientes pretenden, interpretando de manera *sui generis* los procesos que se dan en la pequeña producción, establecer "leyes" de su funcionamiento válidas para todas las épocas.

Estas corrientes se han nutrido de las tesis de A. V. Chayanov.²⁰ Remitámonos concretamente a ellas.

Para Chayanov, la unidad económica campesina de producción mercantil, "por mucho valor que le atribuyamos al mercado" se organiza siguiendo las necesidades del consumo familiar, necesidades que varían y están determinadas directamente por el número de sus miembros y por el

carácter específico de su composición, y su composición va, desde la familia joven, nuclear (hombre y mujer sin hijos, más tarde con hijos pequeños que son consumidores pero no trabajadores), pasando por una serie de grados intermedios, hasta llegar a la familia adulta (padre y madre con hijos adultos, que no sólo son consumidores sino, también, trabajadores).²¹ De esta manera, la "unidad doméstica de explotación agraria es estimulada por las necesidades de consumo de la familia y, al aumentar éstas, sube forzosamente la tasa de autoexplotación (entiéndase autoutilización), del trabajo campesino... el grado de autoexplotación de la fuerza de trabajo se establece por la relación entre la medida de satisfacción de las necesidades y la del peso del trabajo".²²

"Una simple consideración nos permite —dice este autor—, dar cierta base teórica a esta conclusión empírica. Como sabemos, la actividad económica del trabajo se diferencia de cualquier otra actividad en que la cantidad de valores que puede obtener la persona que explota la unidad agraria está de acuerdo con la cantidad de trabajo físico que consumió. Pero el consumo de energía física no es de ninguna manera ilimitado para el organismo humano. Después de un consumo comparativamente pequeño, esencial para el organismo, que se acompaña de un sentimiento de satisfacción, un mayor desgaste de energía exige un esfuerzo de voluntad. Cuanto mayor es la cantidad de trabajo realizado por un hombre en un período definido de tiempo, mayores fatigas representan para el hombre las últimas (marginales) unidades de fuerza de trabajo consumidas."²³

De esta manera, dentro de cada unidad económica familiar, los miembros aptos

¹⁹ Carlos Marx, *Elementos...*, op. cit., t. 1, p. 27-28.

²⁰ A. V. Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

²¹ *Ibid.*, pp. 52-53.

²² *Ibid.*, p. 84. Subrayado nuestro.

²³ *Ibid.*, p. 84.

para el trabajo van a desplegar su esfuerzo y energía en la producción (que será menor o mayor según el tipo y calidad de fertilidad de las tierras; de igual manera, según sean las condiciones de mercado para sus productos, altos o bajos precios), hasta lograr su meta final y última que consiste en satisfacer las demandas del consumo familiar. Al llegar este momento, se ha logrado el "equilibrio económico básico: el resultado del *balance trabajo-consumo* entre la satisfacción de las necesidades y las *fatigas del trabajo*".²⁴

Así, "la producción del trabajador en la explotación doméstica se *detendrá* en este punto de natural equilibrio porque cualquier otro aumento en el desgaste de fuerza de trabajo resultará *subjetivamente* desventajoso. Cualquier unidad doméstica de explotación agraria tiene así un límite natural para su producción. Este límite está determinado por las proporciones entre la intensidad del trabajo anual de la familia y el grado de satisfacción de sus necesidades".²⁵

Esta es, en esencia, la tesis del equilibrio trabajo-consumo. ¿Cómo y a partir de qué elabora Chayanov su teoría? La respuesta la da el mismo autor cuando afirma que: "tomamos la motivación de la actividad económica del campesino no como la de un empresario," ... "la unidad doméstica de explotación agraria es estimulada por las necesidades de consumo de la familia". Esto permite al campesino "determinar *por sí mismo* el tiempo y la intensidad de su trabajo. Toda la originalidad de nuestra teoría acerca de la organización de la economía campesina está incluida, en esencia, en este modesto prerrequisito, pues todas las otras conclusiones y construcciones se siguen en forma *estrictamente lógica* de esta premisa bá-

²⁴ *Ibid.*, p. 334.

²⁵ *Ibid.*, p. 35. Subrayado nuestro.

sica y vinculan todo el material en un sistema bastante armonioso".²⁶

Consideramos que es precisamente este "modesto prerrequisito" el más grave error de Chayanov, error plenamente identificado con las teorías marginalistas de la escuela austriaca.²⁷ Si afirmamos que los planteamientos de este autor coinciden plenamente con los de la escuela marginalista, lo hacemos no como él mismo señala, solamente por sus "términos similares" y sus "fórmulas teóricas",²⁸ sino también, y esto es lo más importante, por el método de análisis utilizado, en la medida en que arranca de puntos de vista asociales y ahistóricos, subjetivos, al colocar al *consumo como punto de partida*. Para Chayanov, la *motivación individual* de los actos económicos se halla como eje central de todo su "sistema bastante armonioso".

Para este autor, pues, la dinámica de la producción está determinada por la dinámica del consumo. Esta óptica de análisis conduce necesariamente a planteamientos ahistóricos, estáticos. Es evidente que sin necesidades de consumo no puede haber producción y esta relación, no cabe duda, está presente en todas las épocas. Pero dice Marx: "El hambre es hambre, pero el hambre que se satisface con carne guisada, comida con cuchillo y te-

²⁶ *Ibid.*, p. 34.

²⁷ Acerca de las teorías marginalistas de la escuela austriaca, véase a Eugen von Böhm-Bawerk y la crítica que a éste le hiciera Rudolph Hilferding en *Valor y precio de producción*, ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975. Una crítica más amplia a toda esa escuela fue realizada por Nikolai Bujárin en su obra *Economía política del rentista*, ed. Laia, ediciones de bolsillo, no. 333, Barcelona, 1974.

²⁸ Dice Chayanov: "Debido al uso de términos similares, muchos autores que echen una ojeada superficial a mis fórmulas teóricas pueden incluirme en la escuela austriaca y perder interés en este trabajo", *op. cit.*, p. 260. "Las cosas son algo más complicadas con respecto a la acusación de fidelidad a la casa austriaca". Esta acusación, sin embargo, es de tipo personal y no tiene nada que ver con ninguna escuela." *op. cit.*, p. 38.

nedor, es un hambre muy distinta del que devora carne cruda con ayuda de manos, uñas y dientes.”²⁹ Se advierte, así, que la lógica de Chayanov impide de antemano descubrir en su estudio cualquier indicio de evolución. En efecto, un análisis histórico invertiría el orden que Chayanov presenta y partiría de que no sólo es el consumo el que actúa sobre la producción, sino que la dinámica de la producción es la que va a determinar, finalmente la dinámica del consumo. Cuando se refiere a la relación entre producción y consumo en general, Marx afirma que si bien el consumo influye sobre la producción, el factor que actúa como “preponderante” sobre el consumo es la producción y que ésta lo hace de tres maneras: “1) creando el material de éste; 2) determinando el modo de consumo, 3) provocando en el consumidor la necesidad de productos que ella ha creado originalmente como objetos. En consecuencia, el objeto del consumo, el modo de consumo y el impulso al consumo.”³⁰ Cabe señalar que para salvar la visión estática de su modelo, Chayanov encuentra una forma de dinamizarlo: echa mano, desafortunadamente, de los fenómenos de crecimiento de la población (“diferenciación demográfica”). Así, para este autor, la dinámica de la producción no sólo aparece determinada por la dinámica del consumo sino que, además, la dinámica del consumo la encuentra determinada por el crecimiento de la población (en este caso, por el número de miembros de cada familia). Con esto, Chayanov se acerca, además, a las teorías malthusianas.

Ahora bien, remitamos la relación producción-consumo a la pequeña producción mercantil, enmarcada en una determinada formación socioeconómica. Observamos

entonces que entre el productor y sus productos se interponen la circulación y la distribución y que éstas van a determinar, de acuerdo con una serie de leyes sociales, la cantidad de productos que corresponden al productor. Esto es, el productor podrá obtener una cantidad dada de mercancías una vez que han sido sometidas al cálculo social las que él produjo. Este cálculo se encuentra regulado por la ley del valor, por el tiempo de trabajo socialmente necesario; por tanto, se lleva a cabo independientemente de la voluntad y decisión del productor. A esto hay que añadir la relación socioeconómica, de clase, en la que éste ocupa un lugar determinado (distribución). Resulta, pues, un punto de vista definitivamente asocial y subjetivo, el considerar —a la manera de Chayanov—, que “por mucho valor que se atribuya al mercado”, el campesino puede “determinar por sí mismo el tiempo y la intensidad de su trabajo” que le permitirá satisfacer sus necesidades.

En síntesis, los planteamientos de Chayanov contrastan abiertamente con el método científico, marxista, que considera a la sociedad movida no por la suma de las motivaciones individuales sino por leyes históricas, leyes inmanentes de la producción e independientes de la voluntad de los individuos, leyes que se revelan en la conciencia de éstos y se expresan como motivos propulsores. Leyes que se imponen sobre los individuos “al modo como se impone la ley de la gravedad cuando se le cae a uno la casa encima”.³¹ Es pues, por ello, que en la sociedad capitalista, “anárquicamente construida, con su mercado en el que actúan fuerzas elementales (concurencia, fluctuación de los precios, la bolsa, etc.), demuestra sobradamente que el ‘producto social’ domina a sus propios creadores, y que además, el resultado de

²⁹ Carlos Marx, *Elementos...*, op. cit., t. 1, p. 12.

³⁰ *Ibid.*, t. 1, p. 13.

³¹ Carlos Marx, *El Capital*, op. cit., t. 1, p. 40.

las motivaciones que fuerzan a actuar a los sujetos económicos individuales (pero no aislados), no sólo no corresponde a estas mismas motivaciones, sino que a veces entra en violenta oposición con ellas. Buen ejemplo de esto es la teoría de la formación de los precios... para toda una serie de 'sujetos económicos' el precio establecido puede tener consecuencias verdaderamente catastróficas, pudiendo verse obligados a cesar toda actividad a causa de los bajos precios; se han 'arruinado'.³²

Desde esta óptica, se podrá apreciar que no son las motivaciones individuales de cada uno de los pequeños productores lo que determina su existencia sino que, por el contrario, es su existencia ("el ser social"), lo que determina su conciencia. Pero cabe preguntar, ¿bajo el capitalismo, cuáles son las motivaciones individuales económicas de los pequeños productores? Es cierto que las motivaciones de éstos no son exactamente las mismas que las de un empresario capitalista, pero esto no significa que se deje de lado el considerar el hecho de que "dentro de una sociedad dominada por la producción capitalista, hasta los productores no capitalistas se hallan bajo el imperio de las ideas del capitalismo".³³ Concretamente, las motivaciones económicas de los pequeños productores son de tipo *pequeñoburgués*; no pueden dejar de luchar por fortalecer y ampliar su unidad de producción con la aspiración de llegar a ser capitalistas. Por supuesto, sólo una minoría lo logra y la mayoría se proletariza, se le cae "la casa encima".

Si el método de Chayanov está equivocado por ser ahistórico, lo está, además, y en el mismo sentido, porque uno de sus puntos de partida es considerar "la unidad de explotación doméstica campesina como *independiente* del sistema económico

en el que se encuentra insertada".³⁴ Refiere Chayanov su argumentación al hecho de que la unidad económica campesina no sólo es concebible bajo el capitalismo sino que "es perfectamente concebible en otros sistemas económicos nacionales, como en países feudales o campesinos y artesanales y, finalmente, en economías puramente naturales".³⁵ Ciertamente, Chayanov ve el árbol pero no el bosque; se equivoca pues, en sus "conclusiones y construcciones que se siguen en forma estrictamente lógica", al poner en primer plano un elemento común a todas las épocas de la producción en las que de una u otra forma está presente la "unidad doméstica campesina"; nos estamos refiriendo a lo que Chayanov considera fundamental: el trabajo familiar. Si bien el trabajo familiar (relaciones técnicas de producción), es un elemento común en todas las formaciones en las que se observa la participación de "campesinos", lo cierto es que éste es un aspecto secundario y no el fundamental. En efecto, "las llamadas *condiciones generales* de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún nivel histórico concreto de la producción".³⁶

Pero Chayanov no ha sido original en su error; en efecto, no ha hecho más que repetir el error de Sujanov (cuyo seudónimo fue Guímmmer),³⁷ precursor y colaborador íntimo de la Escuela de Organización y Producción a la que el mismo Chayanov perteneció.³⁸ La tesis sustentada por Guímmmer fue agudamente criticada por Lenin en el sentido de que Guímmmer, al poner en primer plano el tra-

³⁴ Chayanov, *op. cit.*, p. 34. Subrayado nuestro.

³⁵ *Ibid.*, p. 34.

³⁶ Carlos Marx, *Elementos...*, *op. cit.*, t. 1, p. 8.

³⁷ Véase nombres y seudónimos utilizados por autores citados por Lenin en *Obras Completas*, *op. cit.*, t. 46, p. 257 y tomo complementario no. 2 (biografías) p. 232.

³⁸ Chayanov, *op. cit.*, p. 23.

³² Nikolai Bujárin, *op. cit.*, pp. 52-53.
³³ Carlos Marx, *El Capital*, *op. cit.*, t. 3, pp. 55-56.

bajo familiar y caracterizar la economía de los campesinos como una economía "basada en el trabajo familiar", esconde el rasgo fundamental de la pequeña producción campesina, esto es, elude su carácter mercantil. Dice Lenin: "La economía 'basada en el trabajo' es la cantinela vacía, sentimental, del intelectual. Cualquiera campesino sabe perfectamente bien que es imposible vivir sin comprar y vender. Este simple hecho desparrama al viento todo charla sobre el 'sistema de economía basada en el trabajo'." ³⁹ "La única definición exacta... (es la de)... pequeña agricultura mercantil. No ... agricultura 'basada en el trabajo familiar', como gustan decir el señor Guímmmer, los populistas y todos los economistas burgueses que cantan himnos baratos al 'trabajo'... La expresión 'basada en el trabajo familiar' no tiene ningún sentido político-económico, e indirectamente induce a error. Carece por completo de sentido, pues cualquiera que sea el sistema social de economía, el pequeño agricultor 'trabaja', tanto si vive en la época de la esclavitud, como en la del feudalismo o el capitalismo. 'Basada en el trabajo familiar' es una expresión vacua, pura oratoria, que sirve para encubrir la confusión de formas sociales de organización de la economía totalmente diferentes." ⁴⁰ Bajo el capitalismo, "cualquiera que esté familiarizado con los rudimentos de la economía política sabe que el trabajo familiar es típico de la industria *pequeñoburguesa*". ⁴¹

³⁹ V. I. Lenin, "Los populistas de izquierda", *Obras Completas*, op. cit., t. 21, p. 212.

⁴⁰ V. I. Lenin, "Nuevos datos sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura", *Obras Completas*, op. cit., t. 23, p. 107. En el pasaje citado, Lenin hace la crítica en el sentido de que con la expresión, "basada en el trabajo familiar" Guímmmer no sólo elude el carácter mercantil de la producción sino, incluso, omite el estudio del trabajo asalariado en las pequeñas explotaciones de agricultura intensiva, capitalistas.

⁴¹ V. I. Lenin, "Este es un trudovique", *Obras Completas*, op. cit., t. 20, p. 139.

Por lo demás, resulta de importancia tomar en cuenta que el "modesto prerrequisito" de que parte Chayanov es hoy en día de algún modo aceptado por un gran número de conocidos estudiosos de la "cuestión campesina". Tal es el caso de Eric Wolf ⁴² y Kostas Vergopoulos, entre otros. Vergopoulos, por ejemplo, que sin duda conoce muy bien, lo falaz de esta tesis, pretende resucitarla de entre los muertos y nos la quiere hacer pasar de contrabando; para ello, ha recurrido a la autoridad de Marx. Dice Vergopoulos: "Marx contempla el mismo fenómeno, subrayando que el carácter mercantil de la producción no modifica en nada la *meta* del pequeño productor que consiste siempre en su propia subsistencia." ⁴³ En efecto, Marx ha dicho esto pero refiriéndose específicamente a formaciones económicas precapitalistas, allí donde "en todas partes la producción está subordinada a un consumo presupuesto, la oferta está subordinada a la demanda y se amplía sólo lentamente". El pasaje en cuestión ha sido tomado precisamente del texto "Formaciones económicas precapitalistas", pasaje que hemos citado en páginas anteriores (véase nota 13). Transportada la cita a una formación capitalista no sólo es un grave error sino además, una burda tergiversación.

Otros estudiosos del problema van aún más lejos. Eduardo P. Archetti, por ejemplo, afirma que los planteamientos centrales de la teoría de Chayanov coinciden con algunos hechos por Marx. Según él, muchos autores, con el afán de oponer sistemáticamente a Chayanov y Marx, han "dejado en sombra los puntos en común de ambos". ⁴⁴ ¿Cuáles son esos puntos en común que Archetti se preocupa por sa-

⁴² Esto aparece muy claro en su obra *Los campesinos*, ed. Labor, Barcelona, 1971.

⁴³ Kostas Vergopoulos, op. cit., p. 166.

⁴⁴ Eduardo P. Archetti, "El concepto de econo-

car de la sombra? Uno de estos puntos de coincidencia se da cuando, según Archetti, "tanto Marx como Chayanov van a explicar el problema de la falta de acumulación de capital a partir de mecanismos específicos en el funcionamiento de la economía campesina".⁴⁵

Como vimos en páginas anteriores, Chayanov intenta explicar la ausencia de un proceso de acumulación de capital entre los campesinos mediante su tesis básica: la del equilibrio trabajo/consumo. Este equilibrio —para decirlo ahora con palabras de Archetti—, se logra en el "punto en el que el campesino deja de trabajar, en el que ir más allá significa un grado de explotación de su fuerza de trabajo, que sólo le permite la satisfacción de necesidades que son culturalmente definidas como marginales ... (y esto haya su fundamento en que) ... El principal objetivo de las operaciones y transacciones económicas del campesino es la subsistencia y no la obtención de una tasa normal de ganancia".⁴⁶

Para Archetti el núcleo de la teoría de Chayanov coincide con la de Marx cuando éste afirma que: "El límite de la explotación, para el campesino parcelario, no es, de una parte, la ganancia media del capital, cuando se trata de un pequeño capitalista, ni es tampoco, de otra parte, la necesidad de una renta, cuando se trata de un propietario de tierra. El límite absoluto con que tropieza como pequeño capitalista no es sino el salario que se abona a sí mismo, después de deducir lo que constituye realmente el costo de produc-

mía campesina en Marx y Chayanov", texto que aparece como "Presentación" a la obra de Chayanov. Chayanov, *op. cit.*, 1974, p. 9. Con "algunas modificaciones", una versión se encuentra en la obra conjunta de este autor con Kristi Anne Stólen, *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1975, pp. 111-124.

⁴⁵ Archetti, *op. cit.*, 1974, p. 11.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 10-11.

ción. Mientras el precio del producto lo cubra, cultivará sus tierras, reduciendo no pocas veces su salario hasta el límite estrictamente físico." ⁴⁷

Archetti tiene razón: estamos ante dos tesis que tienen un punto en común, ambas llegan a "la misma conclusión: la falta de acumulación de capital". Pero la habilidad de Archetti es mucho más sorprendente: ha encontrado la manera más adecuada para refutarse, para demostrar precisamente lo contrario de lo que se propone. Nada más absurdo que asimilar dos planteamientos totalmente *contrapuestos*

⁴⁷ Carlos Marx, *El Capital*, *op. cit.*, t. 3, p. 746. (Subrayado nuestro). Se cita aquí el mismo pasaje que Archetti toma de Marx. Cabe aclarar que este pasaje encierra una equivocación pues al pequeño productor no le puede quedar "el salario... después de deducir lo que constituye realmente el costo de producción"; es decir, si del total de lo que produce un pequeño productor se deduce el precio de costo o costo de producción —en lo que se supone ya va incluido el costo de los salarios—, lo que quedará en manos del campesino no sería el salario sino la ganancia y, eventualmente, la renta. Sería absurdo pensar que Marx tiene dos nociones de costos de producción: una para la producción capitalista y otra para la producción mercantil simple. Marx aclara que si bien el precio de costo aparece en su forma más desarrollada y clara en la producción capitalista, hay que tener en cuenta que "el precio de costo de la mercancía no es, ni mucho menos, una rúbrica exclusiva de la contabilidad capitalista; la sustantivación de esta parte del valor se impone prácticamente en todo proceso de producción efectiva de mercancías, pues el proceso de circulación se encarga de hacer revertir constantemente la forma de mercancía que presenta esa parte del valor..." (*op. cit.*, t. 3, p. 46). El equívoco no es de Marx, es un error de traducción pues en la versión francesa dice: "Pour le petit capitaliste qu'il est, la seule limite absolue est constituée par le salaire qu'il s'attribue à lui-même, déduction faite de ses frais proprement dits" (*Le Capital*, libro 3, t. 3, ed. Sociales, París, p. 185). "Para el pequeño capitalista que es, su única limitación absoluta se haya constituida por el salario que se atribuye a sí mismo, una vez hecha la deducción de sus gastos propiamente dichos." Como puede apreciarse no se trata de los costos de producción, en el sentido que le da Marx a este concepto, sino de "gastos propiamente dichos" en los que no están incluidos el precio de la fuerza de trabajo empleada por el propio productor.

en la explicación de *por qué* no se da la acumulación de capital entre los campesinos. Lo que consigue Archetti al compararlos, es ofrecernos la oportunidad de apreciar, con mucha mayor evidencia, el punto de vista subjetivo, ahistórico y asocial de Chayanov.

En efecto, para Chayanov la falta de acumulación se explica porque no están presentes las "motivaciones económicas individuales", porque "el principal objetivo de las operaciones y transacciones económicas del campesino es la subsistencia" y, toda vez que ello se logra, éste "deja de trabajar"; es decir que, "para la unidad de explotación agrícola familiar... la tasa de retribución por unidad doméstica de trabajo se tiene en cuenta en los procesos *subconscientes* e *intuitivos* que establecen, estimativamente, el momento que determina el equilibrio anual".⁴⁸ Para Marx, en cambio, la no acumulación responde a que el campesino, en tanto que productor de mercancías bajo el capitalismo, encuentra un "límite absoluto con que tropieza". Este límite se establece a espaldas del productor e independientemente de su voluntad o de sus "procesos *subconscientes* e *intuitivos*". El límite de la cantidad de mercancías que puede obtener el pequeño productor a cambio de las mercancías que produce depende de y lo fijan las condiciones histórico-sociales de la producción. Por un lado, las fuerzas productivas del trabajo imperantes en la sociedad que van a determinar la magnitud del tiempo de trabajo socialmente necesario que se debe emplear en la producción de X o Y mercancía (valor). Y, por otro lado, la relación de competencia que se establece entre todos los productores de mercancías, dada la magnitud de éstas respecto a las necesidades solventes de la sociedad (oferta y demanda).

⁴⁸ Chayanov, *op. cit.*, p. 82. Subrayado nuestro.

En suma, para Marx el límite de los productos que podrá obtener el campesino a cambio de los que produjo lo fija el regulador de toda la producción social: el mercado a través de los precios comerciales. De ahí que, unos renglones antes del párrafo citado, renglones que Archetti se cuida de no incluir, Marx ponga de manifiesto la razón por la cual el pequeño productor encuentra ese "límite absoluto con que tropieza". La causa se explica porque "el precio comercial regulador del producto sólo en circunstancias extraordinarias alcanzará su valor; pero este valor será por regla general superior al precio de producción por predominar el elemento del trabajo vivo, aunque este exceso del valor sobre el precio de producción se verá, a su vez, limitado por la baja composición que presenta también el capital no agrícola en los países de régimen predominantemente parcelario".⁴⁹ Marx observa además que, bajo determinadas condiciones (por ejemplo: "en países en que predomina la propiedad parcelaria ... (y determinados productos agrícolas se cotizan)... a precio más bajo que en los países en que impera el régimen capitalista de producción"),⁵⁰ los pequeños productores transfieren valor a la clase de los capitalistas;⁵¹ y esto sin incluir lo que le arrebatan usureros y comerciantes. En esos procesos Marx encuentra algunas de "las causas por virtud de las cuales sucumbe" y "señalan su propio límite" a la pequeña producción mercantil bajo el capitalismo; en otras palabras, las causas por las que el campesino no acumula y se ve *obligado* no sólo a reducir "su salario hasta el límite estrictamente físico" sino, incluso,

⁴⁹ Carlos Marx, *El Capital*, *op. cit.*, t. 3, pp. 745-746.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 746.

⁵¹ Un análisis de este proceso se encuentra en la obra de Roger Bartra: *Estructura agraria y clases sociales en México*, ed. Era, México, 1974.

hasta el límite en que ya no "cultivará sus tierras".

Como pudimos ver, en el planteamiento de Marx no hay nada en común con el núcleo de la teoría de Chayanov. Sin embargo, Archetti pretende salvar ese abismo desplazando el problema a otro nivel; aduce que son distintas explicaciones porque Marx "opera desde el punto de vista del sistema económico y Chayanov desde una perspectiva micro".⁵² En este sentido, Archetti confunde mucho más las cosas pues estudiar la realidad desde una "perspectiva micro" no tiene que hacerse necesariamente desde puntos de vista sociales y ahistóricos.

Sin embargo, los argumentos de Archetti tienen, a fin de cuentas, un objetivo muy preciso: hacer una muy extraña mezcla; es decir, "tomar ambas perspectivas como complementarias" para dar cuenta de la situación económico-social de los campesinos pequeño-productores de mercancías bajo el capitalismo: "desde la de Marx a partir de la transferencia de plusvalía y desde la de Chayanov a partir de la ausencia de estímulos para producir un mayor excedente. Ambos mecanismos no son, *a priori*, excluyentes y, por el contrario, uno puede reforzar al otro".⁵³ Para Archetti, pues, son complementarias dos teorías que se oponen, incluso, hasta en el último de sus objetivos: en una está implícita la pretensión de mistificar y oscurecer los procesos de explotación y opresión económico-social (Chayanov), y en la otra es claro el propósito de esclarecer y poner al desnudo esos procesos, y no precisamente con el afán de perpetuar esa situación (Marx).

Si Archetti se empeña en tomar como complementarias esas teorías, a pesar de que encuentra "explicaciones diferentes", no es tanto porque sea un ecléctico, es

⁵² Archetti, *op. cit.*, 1974, p. 13.

⁵³ *Ibid.*, p. 20.

más bien porque en este punto ha entendido de una manera muy peculiar a Marx. Ello se pone de relieve cuando afirma que: "En la teoría de Marx el campesino cede parte de su trabajo excedente y, algunas veces, hasta parte de su trabajo necesario porque no incluye su trabajo y el de su familia como formando parte de los costos de producción. De esta hipótesis se desprende como consecuencia lógica que allí donde impere la economía campesina el precio comercial nunca llega a cubrir el valor de los productos."⁵⁴ Según este razonamiento, que por supuesto no es de Marx, sino que constituye ya una nueva teoría, la teoría de Archetti, bastará con que alguna persona de buen corazón y con suficiente amor al prójimo —que bien puede ser un populista—, enseñe un poco de contabilidad al campesino a la vez que le explique que su miseria se debe a que "no incluye su trabajo y el de su familia como formando parte de los costos de producción". Y, si el campesino no lo toma a broma, acepta el consejo y se decide a cuantificar rigurosamente sus costos de producción, inmediatamente dejará de ser explotado y podrá acumular. Con esto, el pequeño productor no sólo dejará de transferir parte de su trabajo sino que, por obra y gracia de este sabio consejo "se desprende como consecuencia lógica" que se podrá corregir otro pequeño problema: el precio comercial regulador del mercado capitalista podrá ser igual al valor individual que encierran las mercancías producidas por los campesinos.

Por otra parte, si bien es cierto que Chayanov no expuso la teoría del equilibrio trabajo/consumo explícitamente como una de las leyes del funcionamiento interno de la economía mercantil simple entre los campesinos, es un hecho que ello

⁵⁴ Archetti, *op. cit.*, 1975, p. 121. *Op. cit.*, 1974, p. 19.

está implícito a lo largo de toda su obra. Pero como en todo "gran descubrimiento", han sido los seguidores de este autor quienes se han encargado de elevar este planteamiento a la categoría de ley. Así, Marshall Sahlins le da su retoque final bautizándola con el nombre de "Ley de Chayanov" y resumiéndola de la siguiente manera: "en la comunidad de grupos de producción domésticos, cuanto mayor es la capacidad de trabajo de cada grupo, menos trabajan sus miembros, o, dicho de otra manera, la intensidad del trabajo en un sistema de producción doméstico varía de manera inversa a la capacidad relativa de cada unidad de producción."⁵⁵

¿Cuál es en concreto la validez y utilidad de este planteamiento a nivel del análisis del campesinado de economía mercantil bajo el capitalismo? Estamos convencidos de que, para desentrañar las contradicciones socioeconómicas en las que estos están inmersos nos da frutos semejantes a los de la higuera bíblica. Pero, por otra parte, nos muestra otros frutos: los de carácter políticoideológico. En efecto, la teoría del equilibrio trabajo/consumo justifica evidentemente la tesis tecnócrata que sostiene que si el campesino pequeño productor vive de manera miserable, vive así y no de otra manera porque es un soberano perezoso que una vez llena su barriga, abandona el trabajo. Igualmente, en la "ley de Chayanov" encuentra apoyo una de las tesis favoritas de los populistas: la de la "gran viabilidad y estabilidad" de la pequeña producción. El secreto de la supuesta "viabilidad y estabilidad" está en que cualquiera que sean los "ingresos brutos", la "explotación doméstica" logra un equilibrio, incluso en las condiciones más paupérrimas. Esto se pone de relieve cuando Chayanov, en su vano intento por embellecer la explotación y opresión que

pesa sobre los pequeños productores, afirma que: "Frecuentemente, el equilibrio básico interno de la unidad familiar de explotación agrícola hace que sean aceptables remuneraciones muy bajas por unidad doméstica de trabajo, lo cual le permite existir en condiciones que llevarían a la ruina segura a una unidad de explotación capitalista."⁵⁶ Así pues, la tesis del equilibrio trabajo/consumo conduce necesariamente a esas burdas y simples caracterizaciones del problema campesino.

Veámos más de cerca las "conclusiones y construcciones que se siguen en forma estrictamente lógica" de la "ley de Chayanov". Para ello, imaginemos dos campesinos productores de mercancías: Pedro y Pablo. Supongamos, además, que de acuerdo con esta "ley", ambos pueden lograr el equilibrio con seis horas de trabajo diario. Pedro, ignorante de esta "ley" establecida por sus médicos de cabecera —por sus ideólogos—, trabaja durante doce horas. Por su parte, Pablo, buen conocedor de esta "ley", asiduo lector del boletín de la bolsa de valores y, además, maniático de la contabilidad de los costos de producción, no trabaja más que justo las seis horas que le permiten lograr el equilibrio. Cuando ha satisfecho sus necesidades, Pedro se da cuenta de que está en problemas pues tiene en sus manos el producto acumulado de seis horas diarias de trabajo "marginal". ¿Qué hará con el producto de esas horas "marginales"? ¿Qué habrá ganado Pedro con respecto a Pablo? ¿Habrán obtenido un plustrabajo capaz de ser invertido en la compra de medios de producción y/o fuerza de trabajo? No. Pedro tendrá que holgar durante un año para así restablecer el equilibrio. Habrá ganado entonces horas de ocio, pero ninguna ventaja real, porque Pablo, que comenzó trabajando sólo seis

⁵⁵ Citado por Archetti en *op. cit.*, 1975, p. 121.

⁵⁶ Chayanov, *op. cit.*, p. 94.

horas, alcanza mediante un trabajo regular y moderado, "acompañado de un sentimiento de satisfacción", el mismo resultado que Pedro, quien comenzó trabajando con un "esfuerzo de voluntad" excesivo. Cada uno querrá ser Pablo, y se establecerá así una competencia de pereza para lograr su situación.

Con todo, la sociedad de los equilibrados Pedros-Pablos sólo se puede concebir si cesa todo intercambio, toda lucha económica. Así pues, la "ley" del equilibrio esfuerzo/consumo echa por tierra toda afirmación que suponga una sociedad fundada en la división social del trabajo, una

sociedad mercantil comandada por la gran producción capitalista. Al echar por tierra esta suposición Pedro y Pablo se convierten automáticamente en Pedro Shalins Robinson y Pablo Chayanov Crusoe; es decir, Pedros-Pablos participantes de una sociedad de robinsones con todas sus robinsonadas.

Nada sorprendente resulta, pues, que en la ya famosa "ley de Chayanov" converjan y se afiancen dos tendencias ideológicas opuestas: la tecnócrata y la populista; se engarzan porque indudablemente tienen en común un rasgo importante: el ser particularmente reaccionarias.

El concepto de "nación"

Suren Kaltajchian *

Uno de los rasgos característicos del siglo XX es la enorme diversidad de naciones, de las vías que se siguieron para su formación y la complejidad de sus relaciones recíprocas. Asia, Africa y América Latina contemplan un agitado proceso de crecimiento de la conciencia nacional en cientos de millones de personas. Para decenas de pueblos, antes dependientes, se abrió un camino para su desarrollo nacional independiente. Muchas naciones se han transformado o se están transformando en socialistas dentro de países que han adoptado este sistema. A raíz de la formación del pueblo soviético como una nueva comunidad histórica más amplia que la de nación, ha surgido el problema concreto-práctico de la interrelación de las comunidades nacionales e internacionales. Debido al surgimiento del sistema socialista mundial se ha planteado el problema de las nuevas relaciones nacionales y nacionales-estatales dentro de este sistema. En el periodo de la construcción del comunismo se vienen desarrollando relaciones sociales comunistas

entre la gente, relaciones a las que también les son inherentes determinadas peculiaridades nacionales. La construcción del comunismo, a su vez, trae consigo cambios cualitativos radicales en la situación y la fisonomía espiritual de las naciones y en sus relaciones recíprocas, acercándolas cada vez más y preparando su confluencia en un todo de una humanidad sin nacionalidad.

Las naciones de un sistema social se diferencian sustancialmente de las naciones de otro sistema. Los problemas de su desarrollo y de las relaciones recíprocas se plantean y resuelven de diferentes maneras. El nacionalismo y la lucha contra él se manifiestan de distintas maneras. Es natural, por consiguiente, que cualquier definición de nación, sea cual fuere su limitación, -lo que es inherente a cualquier definición en general-, puede prestar un buen servicio si es el resultado de una generalización teórica del estudio concreto de las naciones en sus manifestaciones vitales.

En las generalizaciones teóricas de los nuevos fenómenos de la vida nacional, es indispensable utilizar amplia y consecuentemente la teoría marxista-leninista sobre la nación y el material histórico y etnográfico acumulado. La solución de se-

* Candidato a doctor en Ciencias Filosóficas, encargado de la cátedra de Filosofía en la Universidad de Moscú. Autor de la monografía *La lucha de S. T. Shaumian por la teoría y práctica del leninismo* y de una serie de artículos sobre la teoría de la nación y de las relaciones nacionales.

mejante problema, cuyo valor es no sólo científico, sino también político y práctico, exige el esfuerzo coordinado de los representantes de todas las ciencias sociales. Sólo colectivamente se puede investigar desde todos los ángulos la vida concreta de las naciones, hacer generalizaciones teóricas en base de los ricos materiales obtenidos, y analizar las raíces sociales y gnoseológicas de las diferentes interpretaciones de la esencia de una nación.

Ningún problema nacional se puede resolver sin la comprensión previa de la esencia de nación. Por este motivo se han hecho y se siguen haciendo numerosos intentos por separar, entre las variadas características de las naciones, las que son generales, comunes a todas. Desgraciadamente esta separación suele realizarse por la vía lógico-formal, basada en estadísticas, en la confrontación de ejemplos del fenómeno estudiado, en la selección de casos que contradicen la generalización. Por esa vía, es claro, siempre se podrán separar y unir determinados rasgos generales de uno u otro fenómeno, pero siguiéndola no se llegará a la esencia del fenómeno. Y no sólo se trata de que las excepciones sean posibles y se encuentren siempre, sino de que el análisis anatómico de los fenómenos es incapaz de comprender las relaciones vitales, impidiendo llegar a captar su verdadera esencia.

Así, por ejemplo, los autores del artículo *Sobre el concepto de nación*, P. Rogachiov y M. Sverdlin, abordan el concepto de "nación" partiendo del análisis de su esencia. Nos parece, sin embargo, que los citados autores se equivocan al asegurar que "antes que nada hay que dar una definición del concepto de nación en toda su amplitud", pues "sólo partiendo de tal concepto, al concretar, se puede ir más allá y revelar los rasgos específicos de tipos diferentes de nacio-

nes". A nuestro juicio, ocurre al revés. El estudio de tipos de naciones, de las condiciones de su formación y desarrollo, nos dará la clave tanto para la definición de cada uno de ellos como para la diferenciación de los aspectos generales, inherentes a todos los tipos. Resultará, además, que la definición más general será la más estrecha (y no la más amplia). Por ello no es casual que V. I. Lenin, quien investigó profundamente la teoría de la nación y de las relaciones nacionales, incluyó en el concepto general "nación" sólo las comunidades económicas, territoriales y lingüísticas de los hombres.¹

M. Dzhunúsov, autor del artículo *La nación como comunidad social y étnica*, tiene razón cuando alude a la relatividad de las definiciones científicas, a la objeción de Lenin al afán ecléctico de enumerar de manera completa todos los rasgos, y presta atención a la necesidad de la distinción de los rasgos sustanciales de los no sustanciales. Pero al contradecir Dzhunúsov a otros autores, no da una solución multilateral y positiva al problema, no considera que lograr una solución de esta índole es resultado de un esfuerzo colectivo, y que no se trata de una modificación de la definición existente sino de la comprensión profunda de la esencia de nación.

Se puede también polemizar con la definición de nación propuesta por M. Dzhunúsov. Difícilmente se puede asegurar, por ejemplo, que uno de los signos distintivos de nación es la comunidad estable de la conciencia nacional que se desarrolla a medida que se establecen las relaciones capitalistas. Las nuevas definiciones propuestas, y en este conjunto incluimos la de Dzhunúsov, no pretenden evidentemente resolver la cuestión en forma

¹ Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. 24, p. 388 (ed. rusa).

definitiva. En todo caso son útiles como hipótesis científicas, como enfoque para intentar la solución del problema.

En el ejemplo del uso del término "nación burguesa" se puede apreciar en qué medida las discusiones ayudan a evaluar nuestros conceptos. M. Dzhunúsov polemiza con algunos compañeros que excluyen la razón de ser de este término para caracterizar a la nación en su conjunto, pero él mismo ha renunciado a usarlo, lo que es absolutamente justo. El tipo burgués de organización de nación tiene su lugar, por supuesto, pero el término "nación burguesa" se emplea entre nosotros para caracterizar la fisonomía política o social de una nación de la sociedad capitalista en su conjunto. Los clásicos del marxismo-leninismo han utilizado el término "nación burguesa" y "nación capitalista" en condiciones concretas históricas, señalando las condiciones de formación de la nación ("relaciones burguesas"), pero sin aludir de manera alguna a la comunidad de intereses y la fisonomía espiritual de la burguesía y del proletariado.

P. Rogachiov y M. Sverdlin, contrariamente al criterio difundido ampliamente, excluyen de la definición de nación a las categorías de comunidad de mentalidad, de un carácter nacional y de cultura nacional. Al hablar de comunidad, estos autores se refieren a "ciertas peculiaridades de la psicología, las tradiciones, la vida, la cultura..." En los últimos años, tal punto de vista ha empezado a predominar en las publicaciones didácticas. Sin embargo, esto es correcto sólo con relación a las naciones capitalistas. Cuando se consideran las naciones socialistas no se puede hablar de elementos de la comunidad espiritual de los hombres, sino de una auténtica comunidad de la cultura y del carácter nacional que crece simultáneamente con sus rasgos internacionales. Los

autores explican la exclusión del concepto "comunidad espiritual" de la definición de nación, por la necesidad de dejar sólo aquellos rasgos distintivos con relación a los cuales nos podríamos "abstraer de las contradicciones de clase dentro de la nación". Esto es correcto, pero sólo con relación a los propios rasgos y no a la nación en su conjunto. La única manera de comprender la esencia de nación es mediante el análisis de las particularidades de cada una de las clases que forman una nación determinada. Lenin señaló en repetidas ocasiones que es inadmisibles examinar lo que es nación, deducir su concepto sin aclarar la influencia de las clases en la aparición y evolución de esa.²

En los trabajos de Marx y Engels el término "nación" se usa a veces en relación a los pueblos de las sociedades esclavista y feudal.³ Semejante uso del término no se puede considerar como un error o como una confusión del concepto de "nación" con el de "nacionalidad". Marx y Engels distinguen claramente ambos conceptos. Ellos, incluso, hablan de la nacionalidad de la nación.⁴ En situaciones semejantes, Marx y Engels tenían en cuenta que las naciones como comunidad étnica existían mucho antes de que aparecieran las naciones modernas, y que la particularidad más importante de las naciones era su nacionalidad. Las peculiaridades nacionales aparecen antes de que aparezca la nación, en la interpretación moderna de la palabra. Cuando se da la definición de las naciones modernas, la atención se centra no sólo en el hecho de que la nación es una entidad étnica nueva, sino también en que representa una nueva comunidad socio-económica y política de personas o, como

² Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1960, t. 2, pp. 217, 452.

³ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras*, 2a. ed. t. 6, p. 182.

⁴ *Idem*, p. 516 (en ruso), t. 8, pp. 83-84.

dice Dzhunúsov, es una compleja unidad de formación económicosocial y étnica. Esta es una importante tesis de principio, sin la cual no se puede comprender la verdadera esencia de las naciones modernas.

Engels señalaba que ya a principios de nuestra era "existían en todas partes elementos de nuevas naciones; los dialectos latinos de las diversas provincias fueron diferenciándose cada vez más; las fronteras naturales que habían determinado la existencia como territorios independientes de Italia, las Galias, España y África, subsistían y se hacían sentir aún. Pero en ninguna parte existía la fuerza necesaria para formar con esos elementos naciones nuevas".⁵ De esta manera Engels, al constatar la presencia de los principales elementos de la nación en la lengua y territorio, destacó la ausencia de la condición más importante: la comunidad económica de las diferentes regiones en los países feudales desmembrados.

En una serie de países (Francia, Inglaterra, Rusia y otros), el poder real, en unión con los "burguers" cada vez más influyentes, desempeñó un papel decisivo en la centralización política y económica de los principados feudales. Esta unión, según Engels, data del siglo X. Como resultado de conflictos, la unión se quebrantaba a menudo. Pese a ello la importancia de los "burguers" crecía más que la de la nobleza. Ya en el siglo XV vinieron a ser necesarios para el desarrollo sucesivo de la sociedad. "Mucho antes que las murallas de los castillos caballerescos fueran atravesadas por las balas de las nuevas armas —escribía Engels—, sus cimientos habían sido minados por el dinero."⁶ Apoyándose en esta nueva fuer-

za, el poder real se transformó en un elemento progresista: actuaba contra la desmembración feudal y unía los principados rebeldes bajo su dominio. "En Francia, después de la caída del Estado intermedio de Borgoña, Luis XI logró, por fin, incluso en el aún desmembrado territorio francés, restablecer en tal medida la unidad nacional, cuyo representante era el poder real, que... esta unidad fue puesta en tela de juicio sólo una vez, como consecuencia de reformas y por un periodo breve... Los países escandinavos habían sido unidos desde mucho antes. Polonia, cuyo poder real aún no decaía, se acercaba al periodo de su esplendor al unificarse con Lituania, e inclusive en Rusia el sometimiento de los príncipes feudales marchó de la mano con la liberación del yugo tártaro, lo que fue definitivamente afianzado por Iván III. En toda Europa quedaban sólo dos países en los que no existía ni el poder real, ni la unidad nacional, inconcebible por aquel entonces sin dicho poder, o existían sólo en el papel: estos dos países eran Italia y Alemania."⁷

De esa manera, el surgimiento de las naciones centralizadas en lo económico y político está ligado con la aparición de las relaciones capitalistas anteriores a la consolidación del capitalismo. El fortalecimiento definitivo de las naciones se realiza gracias al desarrollo del capitalismo, cuando el campo se incorpora a las relaciones económicas permanentes con otras partes del país. Por un lado, mediante el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y la constante simplificación de los medios de comunicación, la burguesía incorpora a la civilización las naciones ya existentes, "inclusive las naciones más bárbaras", como se indica en el *Manifiesto del Partido Comunista*; por

⁵ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, t. 2, p. 315 (ed. en español).

⁶ C. Marx, F. Engels, *Obras*, op. cit., t. 21, p. 408.

⁷ *Ibid.*, pp. 415-416.

otra parte, al eliminar la dispersión de los medios de producción, de la propiedad y de la población, la burguesía cohesiona las regiones antes independientes... "en una sola nación, bajo un solo gobierno, una sola ley, un solo interés nacional y una sola línea aduanera".⁸ Cada una de las clases fundamentales —la burguesía y el proletariado— se consolida en escala nacional, cada una de las clases tiene ahora su propio interés nacional, de clase. La burguesía está interesada en asegurar a todos los ciudadanos del país el libre comercio, en una sola legislación productivo-comercial y, en último término, en la posibilidad de explotación masiva e ilimitada de la mano de obra nacional. Decía Engels, "todo esto no eran fantasías patrióticas de estudiantes exaltados, sino una condición indispensable para la existencia de la industria".⁹ En esto reside precisamente el interés nacional de la burguesía. Precisamente sobre esta base se levanta todo su patriotismo, toda su ideología nacionalista.

El proletariado también es nacional, pero de ninguna manera en el sentido burgués. Subjetivamente siente de modo inconsciente, espontáneo, intuitivamente, que asegura mejor sus intereses consolidándose en una sola patria nacional. Objetivamente, la clase obrera es nacional por cuanto, "para poder luchar, tiene que organizarse como clase en su propio país, ya que ésta es la palestra inmediata de sus luchas";¹⁰ su lucha de clase no es "nacional" por su contenido, sino "por su forma".

En diferentes etapas de la historia aparecen definidos intereses nacionales generales. Pero éstos surgen en las diversas

clases de distintas maneras. Por ello, Marx y Engels destacan en primer plano no la comunidad nacional general, sino la comunidad nacional de clase, subrayando no el carácter nacional general, sino el carácter nacional de la burguesía y del proletariado de uno u otro país. El proletariado aspira a la patria nacional no porque sienta el parentesco espiritual con la burguesía nacional sino primero siente, y después adquiere conciencia de ello, la necesidad de organizarse a nivel nacional para luchar con éxito por sus intereses. Precisamente en esto reside el sentido fundamental y principal de la afirmación del *Manifiesto del Partido Comunista* sobre la necesidad de unión "en una sola nación..." con "...un solo interés nacional".¹¹ Como escribía Engels, "la aspiración a la 'patria' única tenía un fundamento bastante materialista".¹²

En su larga lucha por la independencia nacional contra los ingleses, los irlandeses crearon su conciencia nacional, sus tradiciones, pero es posible que se hubieran mantenido unidos a Inglaterra, como los escoceses y los galeses, si la inaudita política antirlandesa de los ingleses no hubiera convertido el problema nacional irlandés en un problema de tierra y de sobrevivencia. Los alsacianos y lorenos, subrayaban Marx y Engels, movidos por determinadas causas sociales, prefirieron la existencia nacional en el extranjero y no en su patria alemana. Al desencadenarse la revolución burguesa francesa, Alsacia y Lorena —como anotaba Engels— recibieron de Francia como un don lo que ellas no podían esperar de Alemania. Así se libraron de las cadenas del feudalismo, del patriciado y de los privilegios gremiales en las ciudades. Parte de los alsacianos y lorenos, siguiendo el ejemplo de los

⁸ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, op. cit., Moscú, t. 1, p. 23.

⁹ C. Marx, F. Engels, *Obras*, op. cit., t. 4, p. 423.

¹⁰ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, op. cit., t. 2, p. 20.

¹¹ *Idem*, t. 1, p. 25.

¹² C. Marx, F. Engels, *Obras*, op. cit., t. 21, p. 424.

franceses, arrojaron a los nobles, barones y príncipes, y se declararon franceses libres. Y cuando el imperio alemán declaró la guerra a la revolución, "entonces los alsacianos y lorenos —escribía Engels— dejaron de pertenecer a la nación alemana. Fue entonces cuando aprendieron a odiar y a despreciar a los alemanes, fue entonces cuando en Estrasburgo se le puso música y los alsacianos entonaron, por primera vez, 'La Marsellesa', y los franceses alemanes, no obstante el idioma y el pasado, se fundieron en un solo pueblo con los franceses en los campos de cientos de batallas libradas por la revolución. ¿Acaso la gran revolución no obró el mismo milagro con los flamencos de Dunquerque, con los celtas de Bretaña, con los italianos de Córcega?... Durante el avance de los aliados en 1814, éstos recibieron en Alsacia y en la Lorena alemana el trato más adverso, la más fuerte oposición de parte del propio pueblo, ya que su gente sentía el peligro de que se le pudiera hacer de nuevo ciudadanos alemanes. Hay que agregar que en esas regiones todavía se hablaba casi exclusivamente alemán. Cuando el peligro de desanexión de Francia pasó, vieron la necesidad de una fusión más estrecha con Francia también en lo que se refiere al idioma, y desde entonces comenzó el afrancesamiento de las escuelas, análogo al que aplicaron en su país, por su propia voluntad, los luxemburgueses".¹³

El sentimiento y la conciencia nacionales, pues, no son innatos. A veces ocurre que durante largo tiempo, grupos étnicos viven en medio de otras naciones, compartiendo los rasgos específicos nacionales y no los sentimientos de sus excompatriotas. Los profundos sentimientos nacionales hacia la antigua patria se conservan durante largo tiempo, especialmente en las

dos primeras generaciones de emigrantes, pero, como regla general, estos sentimientos declinan ante los intereses económicos y políticos. Los viejos sentimientos nacionales, el orgullo nacional, pueden encenderse con nuevas fuerzas cuando la ex patria inicia una etapa de desarrollo progresista o se encuentra amenazada por una fuerza agresora extranjera. Engels apuntó en repetidas ocasiones este fenómeno en que grupos enteros de una u otra nación, al ligar su suerte con la otra nación acababan por ser parte de la última. En su artículo *La lucha en Hungría*, de 1849, escribía: "...los alemanes húngaros, a pesar de que conservan la lengua alemana, se transformaron por el espíritu, el carácter y las costumbres, en verdaderos húngaros."¹⁴ Asimismo, cuando los alemanes polacos, en 1848, después del nuevo reparto de Polonia, recordaron de pronto que eran alemanes y manifestaron el deseo de unir los territorios polacos poblados por ellos a Alemania, Engels reveló la base material de estas artimañas y demostró que estos descendientes de inmigrantes, que habían abandonado su patria por motivo de persecuciones religiosas y que por siglos habían compartido la suerte del Estado polaco, estaban muy lejos de ser alemanes. Lo único que pretendían, era aprovechar la difícil situación de Polonia en ese momento para lograr un papel preponderante.¹⁵

La historia demuestra que de una raíz pueden, bajo condiciones diferentes, desarrollarse diferentes naciones, del mismo modo que diversas nacionalidades pueden, al mezclarse, formar una sola nación. Marx y Engels consideraban necesario subrayar el papel decisivo de los intereses materiales para la consolidación de una nación. Cuando el capitalismo se afir-

¹⁴ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras*, op. cit., t. 6, p. 181.

¹⁵ *Idem*, t. 5, p. 55.

¹³ *Idem*, pp. 461-462.

ma, las relaciones económicas actúan ya no sólo como condición de la formación de la nación, sino también como su síntoma. Este síntoma se formula a menudo como "una comunidad de vida económica de personas". En esta formulación, sin embargo, se velan las contradicciones de los intereses económicos de la gente en una nación socialmente heterogénea, lo que da motivo para pensar que en el capitalismo existe una cierta "comunidad de vida económica" entre los explotadores y los explotados. Por eso es conveniente hablar no de "comunidad de vida económica", sino de "comunidad de relaciones económicas" refiriéndose al establecimiento de amplias y sólidas relaciones económicas entre las diversas clases y capas de la población de un país dado, entre las regiones y zonas por separado, entre la ciudad y el campo, etc.

La economía, entendida como el conjunto de relaciones de producción, significa por sí misma que para los representantes de las clases antagónicas existe no una "comunidad de vida económica", sino solamente una "comunidad de relaciones económicas". Y estas relaciones aparecen porque la gente, independientemente de su voluntad, entra en relaciones de producción capitalista. Los autores del artículo *Sobre el concepto de nación*, señalan que hay que considerar también el "sentido economicogeográfico" de este concepto, pero, me parece que eso debe tomarse con algunas reservas. La geografía económica analiza las relaciones económicas debidas a la división territorial del trabajo. Pero esto no quiere decir que cada nación posea un perfil determinado en la especialización de su economía y particularidades definidas de las condiciones economicosociales y naturales. Estas últimas pueden asemejarse mucho a las existentes en varios países, y, por el contrario, en el interior de un solo país,

poblado incluso por una sola nación, pueden existir diferentes regiones economicogeográficas, partes del país históricamente formadas que se diferencian entre sí no sólo por sus condiciones naturales, sino también por el grado de asimilación y por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Esto hay que tomarlo necesariamente en cuenta toda vez que la distribución de las fuerzas productivas y la formación de regiones económicas tienen en el capitalismo carácter espontáneo, que refleja la anarquía de la producción. El desarrollo de unas regiones en un país tiene lugar en desmedro de otras. Así por ejemplo, el norte industrial de Estados Unidos prosperó a costa de la explotación y el estancamiento del antiguo sur esclavista. Esta es la razón por la que los factores economicogeográficos pueden explicar sólo en parte la aparición y afianzamiento de relaciones nacionales.

Marx y Engels consideraban la comunidad de territorio como un importantísimo elemento de la existencia de una nación. A su vez, la concentración de dialectos en una sola lengua, como señalaban Marx y Engels, era el resultado de la concentración económica y política (que había comenzado bajo el absolutismo monárquico). Los grupos lingüísticos surgidos de la separación de la población fueron el fundamento de la formación de los Estados. "Las nacionalidades —escribió Engels— empezaron a transformarse en naciones."¹⁶ En la época del feudalismo, las fronteras del idioma estaban lejos de coincidir con las fronteras de los Estados, pero la tendencia a formar Estados nacionales actuaba con fuerza creciente y se la reconocía cada vez más. Marx y Engels relacionaban estrechamente el establecimiento de fronteras nacionales (co-

¹⁶ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras*, op. cit., t. 21, p. 410.

munidad de territorio) con el afianzamiento de una conciencia nacional. Engels, al denunciar la teoría reaccionaria de las "fronteras naturales" que servía para justificar la política agresiva, señalaba que las fronteras efectivamente naturales son aquéllas "que se definen por la lengua y por la comunidad de simpatías".¹⁷ Sin embargo, tal conciencia nacional no es sólo una conciencia de su pertenencia étnica. Como se demostró más arriba, las simpatías de la población o sus sentimientos no siempre coinciden con su origen nacional.

Los sentimientos nacionales engendrados por la opresión de fuerzas nacionales ajenas, o por la amenaza a su existencia, desempeñan un papel positivo en el desarrollo y afianzamiento de cada nación. Estos sentimientos adquieren carácter consciente en situaciones concretas de lucha de los pueblos por su libertad e independencia. En los movimientos de liberación nacional la conciencia nacional se afianza y desarrolla, transformándose en uno de los rasgos característicos de la nación. La conciencia nacional consolida, en determinados periodos de la vida, todas las fuerzas nacionales, sin que por ello cada una de las clases revele su individualidad —incluso en las luchas a muerte contra los opresores extranjeros— conforme a su esencia de clase.

Al subrayar las condiciones históricas, geográficas (territoriales) y políticas del surgimiento y desarrollo de una nación, Marx y Engels nunca hicieron referencia a la comunidad de mentalidad como rasgo de nación en la sociedad capitalista, lo que, como veremos más adelante, no es casual. En lo que respecta al término "carácter nacional", éste se encuentra en distintos trabajos de Marx y Engels, pero no con el significado de rasgo de nación. La vida por un tiempo muy prolongado

en comunidad y en un medio igual, crea en la gente costumbres iguales, determinados rasgos psicológicos, facilita el surgimiento de tradiciones semejantes. Marx y Engels consideraban todo esto como elementos importantes y aconsejaban observarlos rígidamente en las interrelaciones de las naciones, así, por ejemplo, de ingleses e irlandeses. Sin embargo, al explicar el carácter nacional por la existencia de determinadas condiciones, ellos no consideraban posible definir la esencia de la nación con el carácter nacional, no lo admitían como uno de los rasgos decisivos. Cuando, por ejemplo, Engels escribía en sus notas de viaje *De París a Berna* sobre "la alegría francesa" o sobre "la despreocupada ligereza de los burgundos", por supuesto que no consideraba tales rasgos, que se revelan en la superficie de los fenómenos, como determinantes del carácter de nación. Marx y Engels utilizaban la expresión "carácter nacional" en el sentido científico de la misma, con relación a diversas clases de una misma nación.

De este modo, Marx y Engels consideraban la comunidad de relaciones y vínculos económicos de un gran grupo de personas, la integridad territorial, como base de acción de esa gente, como terreno para el establecimiento de relaciones económicas comunes; el desarrollo de un lenguaje literario general, como condición decisiva para el surgimiento de una nación y, posteriormente, como indicio de la misma. La conciencia nacional dirigida a la conquista, la defensa y el afianzamiento del Estado nacional se formó en la lucha por una existencia libre e independiente.

Marx y Engels demostraron que al aparecer las nacionalidades y, más tarde, las naciones, las masas populares fueron siempre su fundamento y su médula. "Las nacionalidades modernas —escribía Engels—

¹⁷ *Ibid.*, t. 13, p. 281.

son también el producto de las clases oprimidas.”¹⁸ Precisamente esas clases definen la nación como campo de su actividad y de su lucha por una vida mejor, por el fomento de las riquezas materiales y espirituales. Así puede explicarse que siempre, en todas partes, la principal masa de combate en los movimientos de liberación nacional esté compuesta por trabajadores, aunque los frutos de su victoria las reciban en primer lugar las clases dominantes. Considerando todos estos factores, Marx y Engels veían la consolidación nacional como una de las condiciones importantes para los trabajadores que “están obligados a ser nacionales antes que internacionales”.¹⁹

En nuestra época, los intentos de dar una clasificación psicológica de las naciones y de subdividir las según sus caracteres nacionales no han decrecido, sino que, por el contrario, han aumentado. Así, por ejemplo, E. Barker, uno de los intérpretes burgueses del concepto de nación basado en el carácter nacional, asegura que la nación “no es un hecho físico de una misma sangre, sino un hecho psíquico de una misma tradición”.²⁰ La mayoría de los autores burgueses modernos, que consideran el carácter nacional como factor principal y aún único para definir la esencia de la nación, parten, de una u otra manera, de la teoría psicológica-idealista de nación de O. Bauer. El mismo Bauer hacía pasar la teoría de la percepción nacional desarrollada por él, (percepción especial del mundo por el “yo espiritual” de una nación), como teoría marxista y socialista, de acuerdo con la cual habría tantos socialismos como naciones existiesen, pues cada una com-

prendería el socialismo a su manera individual, y lo adaptaría a su vida nacional. Semejante idea ya servía de fundamento teórico al “comunismo nacional” que Plejanov caracterizó como adaptación del socialismo al nacionalismo. Así, si los apologistas de la civilización occidental ponderan a los cuatro vientos la excepcionalidad de la raza anglosajona, por ejemplo, y desarrollan teorías eurocentristas, los trovadores de los “vientos del oriente” cantan el espíritu revolucionario excepcional de las razas de color y propagan la idea del centrismo oriental.

Durante largos años Lenin combatió denodadamente la concepción psicológica de nación de Bauer, que se había transformado en la base teórica de la “autonomía nacional-cultural”. En 1913, el Partido Bolchevique planteó a los marxistas que estudiaban el problema nacional la tarea de criticar este nacionalismo refinado y, por lo tanto, muy nocivo. Lenin concedió un alto valor al trabajo de Stalin *El marxismo y la cuestión nacional*, publicado en 1913, precisamente por haber alcanzado el fin propuesto. Algunos compañeros son partidarios de hacer extensiva esta apreciación a la definición de nación dada en el citado trabajo. También esto se deja entrever parcialmente en el artículo de M. Dzhunúsov. A nuestro entender, semejante enfoque es equivocado. En primer lugar, se pueden citar muchos ejemplos de casos en que Lenin ponderaba altamente diferentes obras, lo que no excluía, sin embargo, la crítica de sus defectos parciales. Y en segundo lugar —y esto es lo más importante— en la calificación de esos u otros problemas, es indispensable partir directamente de los puntos de vista del propio Lenin sobre ellos. En ese caso, conviene tener en cuenta que Lenin jamás incluyó “la comunidad nacional de la psiquis y la cultura” para caracterizar la nación

¹⁸ *Ibid.*, t. 21, p. 409.

¹⁹ Véase C. Marx, F. Engels, *Obras*, t. 27, 1a. ed., p. 186.

²⁰ Véase E. Barker, *National Character and the Factors in its Formation*, Londres, 1939, p. 12.

en la sociedad capitalista. Unos meses después de aparecer el trabajo de Stalin, Lenin leyó dos veces una conferencia sobre el problema nacional: el 23 de enero de 1914, en París, y el 2 de febrero de 1914, en Lieja. En ambas oportunidades disertó sobre las dos teorías de nación: histórico-económica, de acuerdo con la cual los rasgos de una nación son "la lengua y el territorio... Lo principal (el rasgo económico)... El carácter histórico",²¹ y la teoría psicológica de Bauer, que Lenin definió de la siguiente manera: "teoría idealista de nación; consigna de cultura nacional (burguesa); nacionalismo purificado, refinado, absoluto, hasta el socialismo; olvido completo del internacionalismo."²²

Lenin consideraba que para la comprensión de la esencia de la nación es importante, antes que nada, deslindar claramente las formas nacionales, y las anteriores a las nacionales, las de comunidad entre las personas.²³ La aparición de la nación fue precedida históricamente por la horda humana primitiva, el clan, la tribu, la nacionalidad. La nación no tiene obligatoriamente relación genética directa con estas formas de comunidades anteriores a las nacionales, ni en sentido biológico, ni en sentido psicológico. Todas las formas de comunidades están unidas unas a otras en el plano histórico-social como diferentes etapas en el desarrollo de la humanidad, pero cada una de ellas tiene sus rasgos característicos, explicables por condiciones sociales determinadas. El claro establecimiento de los rasgos específicos de cada comunidad de personas es posible cuando analizamos

las diferentes condiciones sociales que originan una u otra forma de comunidad. Sólo un análisis semejante permite separar lo específico de una nación, como forma singular de comunidad de personas, y hacer objeto de crítica las concepciones erróneas que atribuyen determinados rasgos específicos de clan y de tribu a la nación. Si el medio social de la tribu fue el que formó los rasgos generales del carácter y la cultura de los hombres, al aparecer la sociedad de clases basada en la propiedad privada, cambia esencialmente el carácter de la formación debido a que cambian sus vínculos y relaciones sociales. Las relaciones sociales entre las clases se dejan sentir mucho más en el proceso de formación y desarrollo de la nación.

La nación se constituyó en el curso de la historia como una comunidad étnica nueva y como una colectividad social de personas, simultáneamente con la formación de las relaciones capitalistas. La manera de producción capitalista dio base económica a la existencia de la nación. La desmembración feudal paralizaba el desarrollo del capitalismo, y la burguesía actuó como portaestandarte de la unidad y de las relaciones nacionales. Lenin explicaba la fusión de las regiones, tierras y principados aislados en un todo nacional único en Rusia (siglo XVII), por "haberse intensificado el intercambio entre las regiones, el haber crecido gradualmente la circulación de mercancías y el haberse concentrado los pequeños mercados locales en un solo mercado general para toda Rusia. Y como los dirigentes y amos en este proceso fueron los capitalistas-comerciantes, la formación de estos vínculos nacionales no podía ser otra cosa que la formación de los vínculos burgueses".²⁴ En el trabajo *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin aporta datos que

²⁴ *Ibid.*

²¹ Recopilación leninista, t. 30, pág. 53 (ed. rusa).

²² V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. 24, p. 387 (ed. rusa).

²³ V. I. Lenin, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1960, t. 1, p. 170.

son testimonio del crecimiento inmenso de la circulación de mercancías y de la acumulación del capital, de cómo en todas las ramas de la economía nacional se abrieron nuevos campos para la colocación de capital, de cómo la población campesina fue atraída por las relaciones capitalistas (los trabajos temporales, etc.). La gente unida en clan o tribu también mantenía una comunidad económica cuya existencia estable se remontaba a miles de años. Para unir a la gente de diferentes tribus, de distintas razas y, aún más, de distintas clases sociales en una comunidad de relaciones económicas permanentes, eran necesarias relaciones económicas absolutamente distintas: las capitalistas. Lenin explica la formación y el desarrollo de las comunidades territoriales más amplias, del lenguaje literario y de la conciencia nacional precisamente valiéndose de estas relaciones económicas ("lazos burgueses").

Sería erróneo no considerar los lazos económicos burgueses como rasgos de nación, basándose en el hecho de que a veces, de una comunidad económica se desarrollan varias naciones, como ocurrió en Rusia. En ese sentido anotaremos que algunos pueblos de Rusia no incorporados a las relaciones capitalistas, sólo se transformaron en nación hasta la revolución socialista. Las nacionalidades que se transformaron en naciones desde antes (la rusa, ucraniana, bielorrusa y otras) formaban una comunidad económica no sólo con toda Rusia, sino también constituían una comunidad económica nacional interna. Millones de personas, al incorporarse a las nuevas relaciones económicas de la nación, empezaron a buscar los medios para asegurar mejor sus intereses bajo su bandera. Esta combinación de comunidades económicas nacionales e internacionales se puede observar también en otros Estados multinacionales. Fuera de estos casos, las

naciones surgieron y surgen en tiempos modernos en países en que el capitalismo aún no ha triunfado, pero que están incorporados a la división internacional del trabajo del sistema capitalista. Muchos países de América Latina, por ejemplo, superaron y superan por esta vía los vestigios del feudalismo. V. I. Lenin consideraba naciones también a los pueblos coloniales. "Los europeos olvidan a menudo —decía— que los pueblos coloniales son *también* naciones, pero tolerar esta 'falta de memoria' significa tolerar el chovinismo."²⁵

Finalmente, en nuestro tiempo, sobre la base de otras relaciones económicas, se efectúa la consolidación nacional en los países que se desarrollan por vías no capitalistas. Sean cuales fueren las diferencias de los caminos señalados, un rasgo permanece ineludible en la formación de la nación: la superación del aislamiento de la tribu y la desmembración feudal, el establecimiento de nuevas y amplias relaciones económicas. Por eso, si no se puede considerar la nacionalidad como resultado de la mayor complejidad y generalización de las relaciones gentilicias y tribales, mucho menos, como lo demostró Lenin en su polémica con Mijailovski, se puede hacer extensivo este supuesto al origen de la nación.

La nación es una forma especial de comunidad de personas precisamente porque no sólo se diferencia por principio, de las comunidades tribales, sino que se distingue de las nacionalidades del periodo precapitalista por una precisión mayor de la disposición de las fuerzas de clase, por una polarización mayor de los rasgos políticos sociales y espirituales de estas clases y por una comunidad mayor de la fisonomía espiritual, por la solidez de las uniones de cada una de las clases que

²⁵ V. I. Lenin, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1960, t. 23, p. 61.

integran a la nación. La sociedad capitalista, señalaba V. I. Lenin, "aumenta la necesidad de la población de asociarse, de agruparse, y da a estas agrupaciones un carácter especial en comparación con las agrupaciones de tiempos anteriores. Al romper las uniones estrechas, locales, de estamento de la sociedad medieval... escinde toda la sociedad en grandes grupos de personas, que ocupan una situación distinta en la producción, y da un enorme impulso a la asociación dentro de cada uno de estos grupos... todos los cambios indicados que en el viejo régimen económico origina el capitalismo conducen también inevitablemente a un cambio de la fisonomía espiritual de la población".²⁶

Así, la nación es producto del desarrollo historicosocial. Surge como una comunidad étnica y social que encierra en sí misma los conjuntos que forman las clases opuestas de la época capitalista del desarrollo de la humanidad. Es natural, por esto, como señalaba Lenin, que no se pueda entender la esencia de la nación considerándola como un cierto fenómeno que se encuentra por encima o fuera de las clases. A la luz de esto se hace comprensible el significado programático de la tesis de Lenin sobre la existencia de dos naciones en cada nación, y de dos culturas en cada cultura nacional.²⁷ Lenin repetía dicha tesis sistemáticamente, pues refleja sus puntos de vista (y también los de Marx y Engels)²⁸ sobre la comprensión de la esencia de nación en la sociedad capitalista.

Entre los rasgos que frecuentemente se le atribuyen a la nación hay algunos que

efectivamente son comunes a todos los individuos que son sus miembros, pero hay otros que se establecen por medio de la situación de clase de cada uno de ellos. He aquí por qué Lenin señalaba como rasgos fundamentales de nación el territorio y el idioma, y como fundamento para la formación de la nación, el surgimiento de las relaciones económicas burguesas. Es natural que estas relaciones, al engendrar la nación, se transformen en su rasgo decisivo. Lenin no incluía en los rasgos fundamentales el carácter y la cultura nacionales y, al revés, subrayaba la oposición del carácter y la cultura nacionales en las clases antagónicas de las naciones capitalistas. Esto tiene una significación principal para comprender la esencia de nación, para la apreciación correcta de los problemas nacionales. "En cada nación moderna... hay dos naciones... En cada cultura nacional hay dos culturas. Hay la cultura gran rusa de los Purishkiévich, de los Guchkov y de los Struve, pero también hay la cultura gran rusa caracterizada por los nombres de Chernishevski y Plejanov. También hay dos culturas como éstas entre los ucranianos, lo mismo que en Alemania, en Francia, en Inglaterra, entre los judíos, etc." ²⁹

Al dividir la cultura nacional en democrática y burguesa, Lenin tenía en cuenta no el hecho de que los creadores de éstas hubieran pertenecido a una u otra clases, sino a qué clases servían. Al señalar la inevitabilidad de la división clasista de la cultura nacional en la sociedad capitalista, Lenin subrayaba decididamente que aquél que en estas condiciones defiende la consigna de cultura nacional, "...no tiene cabida entre los marxistas, su lugar está entre los filisteos nacionalistas".³⁰

²⁶ V. I. Lenin, *Obras Completas*, op. cit., t. 3, p. 596.

²⁷ *Ibid.*, t. 20, pp. 15-18, 23-29, t. 24, pp. 225, 236, ed. rusa; t. 20, pp. 287-289, ed. argentina; t. 41, p. 440, ed. rusa.

²⁸ C. Marx, F. Engels, *Obras*, 2a. ed., t. 2, p. 356.

²⁹ V. I. Lenin, *Obras Completas*, op. cit., t. 20, p. 24.

³⁰ *Ibid.*, t. 20, p. 17.

V. I. Lenin aplica consecuentemente la idea de las dos naciones en todas las etapas del desarrollo de la nación hasta la revolución socialista. Buscar el nihilismo nacional en la negación de la "comunidad" de cultura y de carácter de la gente de naciones socialmente heterogéneas es, por lo menos, extraño. Especialmente si se considera que estos elementos comunes los comparten una mayoría aplastante de las naciones y que se revelan en toda su integridad en las naciones socialistas. Aquí se presentan, por supuesto, algunas dificultades, por cuanto que hay países donde la burguesía desempeña aún un papel progresista, lucha por la independencia nacional, participa en la fundación de la cultura nacional. Y hay países donde la burguesía, aunque ya dejó de ser nacional, continúa dirigiendo a los trabajadores. Para comprender correctamente estas situaciones es indispensable recordar la indicación de Lenin en el sentido de que debe tenerse en cuenta la fase en que se halla una determinada nación en el camino que va de la Edad Media a la democracia burguesa, y de ésta a la proletaria, y no olvidar "las grandes dificultades ni el camino tan sinuoso que recorre el proceso de diferenciación de las clases en el seno de las naciones".³¹

Lenin planteaba el problema de esta manera: hay que promover la diferenciación de la nación, facilitar ese proceso, pero no adelantarse, no remplazar, por ejemplo, el derecho de la nación a la autodeterminación por la consigna de la autodeterminación de los trabajadores. En general, en la política hace falta tomar en consideración no sólo las cosas reales existentes, sino, además, las creencias verdaderamente existentes de las cosas inexistentes. Es del dominio general, por ejemplo, que hay muchos que creen en la

³¹ *Ibid.*, t. 29, p. 167.

existencia "del alma nacional" (no se trata del uso metafórico de esta expresión) y muchos convencidos de que es suficiente señalar la diferencia entre las naciones (los ingleses, los daneses, los franceses, etcétera), para que sea evidente para todos la existencia de una "mentalidad nacional especial". Ni esta "evidencia", ni el análisis del arte, de los usos, de cualquier actividad de una u otra nación son una demostración científica sobre la existencia de "un alma nacional especial". Sin embargo, hay que considerar la creencia en una psiquis nacional especial, en un alma nacional. Es indispensable tomar en cuenta las convicciones, cualesquiera que ellas sean, realmente formadas en la gente. Tanto más hay que considerar la acción de la propaganda nacionalista, la influencia real de la burguesía, de su cultura e ideología sobre la masa trabajadora. No obstante, al tener en cuenta los prejuicios nacionales o los hechos de la influencia burguesa no hay que actuar de tal modo que esta influencia y prejuicios se fortalezcan, sino de manera que los fetiches nacionales se vayan desapareciendo.

Así, está claro que la tesis expuesta por Lenin sobre "dos naciones en cada nación, dos culturas en cada cultura nacional", no tiene nada de común con el nihilismo nacional. Pero, al mismo tiempo, esta tesis no es ninguna simple "expresión figurada". Tiene un significado programático para el análisis de la esencia de nación en la sociedad capitalista y para la elaboración de una política, estrategia y táctica correctas en la solución tanto de los problemas nacionales, como de las sociales y de clase. Si los tres primeros rasgos en la definición de J. V. Stalin se desprenden de una interpretación historicomaterialista de la nación, el cuarto rasgo: "la comunidad de mentalidad que se manifiesta en la comunidad de cultura", a nuestro parecer, no refleja

la esencia de nación en la sociedad capitalista.

En último término, Stalin identificó incorrectamente la mentalidad con el carácter nacional. El carácter es sólo un componente de la mentalidad, que es la suma de las propiedades psíquicas más estables y de los rasgos del carácter, de las capacidades y del temperamento. Si las condiciones naturales son decisivas en relación a este último, el carácter y las capacidades dependen principalmente de las condiciones historicosociales. El carácter de la persona, y en éste se incluye su carácter nacional, se define por el lugar que ocupa en el sistema de relaciones sociales. Se puede hablar de diferentes caracteres nacionales de las clases, por ejemplo, del proletariado o de la burguesía de diferentes naciones. Sabemos, *verbi gratia*, que de la burguesía inglesa formaron parte "los nuevos nobles", lo que condicionó muchos rasgos específicos del burgués inglés: su conservadurismo, su respeto por las tradiciones, por la genealogía y por los títulos, su esnobismo y el "respeto por los compromisos". Se pueden citar otras particularidades del burgués de otras naciones. Mas cuando la gente se encuentra dentro de relaciones de clases antagónicas su factor nacional común puede ser el idioma, el territorio, las relaciones económicas, o la conciencia étnica de pertenecer a un mismo país. Pero en ese caso, la comunidad espiritual no puede actuar como factor determinante de la nación.

La consolidación de las distintas clases de una nación se realiza en determinadas etapas del desarrollo histórico de uno u otro país no porque aparezca una comunidad espiritual, sino porque así lo exigen los intereses de la nación y las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. Lenin subrayaba que en condiciones de predominio de un yugo extranjero, los

pueblos llegaron a la idea nacional, "hasta tomar conciencia de los vínculos internos que deben existir entre el Estado y la nación".³² La idea nacional que se transformó en la bandera de lucha de casi todas las guerras del siglo XIX comprende, además de la conciencia étnica de pertenecer a una u otra nación, la conciencia de la soberanía nacional relacionada con la soberanía del Estado. La idea nacional en este amplio sentido, es la que inspira actualmente casi todas las luchas Africa, Asia y América Latina, o sea están estrechamente ligados con la aspiración a la independencia política y estatal, a la formación de Estados nacionales.

Por supuesto que no todos los países (Estados) son por su composición nacional "puros", ya que las relaciones capitalistas comunes y la comunidad territorial y lingüística, sirven como condiciones suficientes para la formación de la nación como una nueva entidad étnica de personas, más amplia y compleja que las precedentes. El ejemplo de los Estados Unidos de América demuestra qué inmenso significado tiene la comunidad de vida económica y política en la formación de nuevas naciones. Aquí ocurre, decía Lenin "...como en ninguna otra parte del mundo una fusión rápida y radical de las enormes diferencias raciales para formar una sola nación norteamericana".³³ Ejemplos semejantes los ofrecen también las naciones latinoamericanas que se consolidaron y se consolidan por diferentes nacionalidades e incluso por diferentes razas. De esa manera, el carácter nacional que se forma en la gente, depende no de su procedencia nacional, sino de aquellas condiciones históricas concretas en que se ha desarrollado por largo tiempo. Entre

³² V. I. Lenin, *Obras Completas, op. cit.*, t. 39, vol. II, p. 623.

³³ V. I. Lenin, *Obras Completas, op. cit.*, t. 23, p. 278.

estas condiciones son decisivas las de clases.

Las clases explotadoras dominantes exageran el significado de la comunidad de diversos rasgos psicológicos entre los representantes de diferentes clases de una sola nación, lo cual significa especular con los sentimientos nacionales de los trabajadores. Existe un determinado colorido nacional de la vida, pero éste es percibido de forma diferente por el pobre que por su explotador. Existe un colorido nacional de los sentimientos y de las tradiciones, pero su contenido puede ser diametralmente opuesto. Y, sobre todo, esta diversificación se refleja en la forma de pensar y de actuar de las clases.

Lo que hay de común en la mentalidad de las clases antagónicas de una sola nación se define principalmente por las condiciones naturales comunes y por los grandes acontecimientos históricos que conmovieron a toda la nación en general. En lo que se refiere a esos acontecimientos, que estampan su sello en la psicología de la gente de una nación dada, hay que tener en cuenta, sin embargo, que ellos en último término se reflejan de modo distinto en los sentimientos, en el pensamiento y en la acción de las clases antagónicas. Determinados puntos de contacto son temporales y no siempre son tan sustanciales como para que sobre esa base se pueda hablar de la comunidad de percepción psicológica y de reflejo de los hechos históricos en la vida de la nación. En la historia universal abundan los ejemplos de traición de los intereses nacionales por parte de la burguesía. Así ha ocurrido también en las luchas de liberación nacional. En 1853 Marx escribía: "Así, pues, para el partido de Mazzini es un gran progreso el hecho de que por fin se convenciera de que incluso en los levantamientos nacionales contra el despotismo extranjero tiene lugar cosas tales como las dife-

rencias de clases."³⁴ Lenin concedía gran importancia al análisis de estas diferencias en las revoluciones de carácter nacional general. "El concepto 'revolución de toda la nación' —escribió— debe indicar a un marxista la necesidad de analizar con precisión los diversos intereses de diferentes clases, que coinciden en ciertos objetivos comunes, definidos y limitados."³⁵ La burguesía, como regla, no se opone a la defensa de la independencia nacional o a participar en los movimientos de liberación nacional, pero a condición de que sus intereses de clase no sufran menoscabo en ventaja del pueblo, de que los resultados de los movimientos de liberación nacional, coincidan con sus propios intereses. Esto no le impide a la burguesía (como antes no le impedía a los príncipes, duques y marqueses) tomar para sí la representación de la nación e incluso de la clase obrera. En efecto, como lo señalaba Engels, en la existencia nacional "están mucho más interesados los socialistas que los burgueses".³⁶ Lenin, al subrayar este pensamiento, escribía: "Y la clase obrera no podía fortalecerse, alcanzar su madurez y formarse sin 'organizarse en el marco de la nación', sin ser 'nacional' (aunque de ningún modo en el sentido burgués)."³⁷ Los trabajadores aprecian y defienden su patria, su independencia nacional como el campo en que se libra la batalla por su desarrollo personal, por su bienestar material y crecimiento espiritual.

Llama la atención el hecho de que los adictos a considerar el carácter nacional como uno de los rasgos de nación coinci-

³⁴ C. Marx, F. Engels, *Obras*, t. 8, p. 573 (ed. rusa).

³⁵ V. I. Lenin, *Obras Completas*, op. cit., t. 12, p. 383.

³⁶ C. Marx, F. Engels, *Obras*, t. 22, p. 558 (ed. rusa).

³⁷ V. I. Lenin, *Obras Completas*, op. cit., t. 21, p. 68.

dan con admirable unanimidad al señalar su "imperceptibilidad", "lo difícil de definirlo". Los intentos de captar las manifestaciones del carácter nacional en la cultura arrojan el mismo resultado: en "dos" culturas se revelan también dos caracteres nacionales. La consideración histórico-materialista de la nación permite ver con claridad los caminos de su formación y evolución. Mientras que la base económica del surgimiento de la nación en la sociedad burguesa fue el modo capitalista de producción, para la constitución de las naciones socialistas, con su fisonomía espiritual única, es necesaria la victoria del modo socialista de producción.

De esta manera, para caracterizar una nación en general, es decir una nación de cualquier tipo, es suficiente enumerar los rasgos más generales: las bases económicas de su vida, la integridad de su territorio, la homogeneidad del idioma y la conciencia de pertenencia étnica. A su vez, para definir correctamente los tipos de naciones es necesario partir de un exacto análisis político-social de las clases que componen una u otra nación. En nuestros tiempos se pueden distinguir las naciones de la sociedad capitalista compuestas de clases antagónicas con intereses económicos, ideología y costumbres contrarios; las naciones socialistas que se componen de clases no antagónicas y que se hacen cada vez más homogéneas en el aspecto social; y, finalmente, las naciones de tipo social transitorio, cuya fisonomía se está formando en dependencia del camino que finalmente elegirán: capitalista o no capitalista.

Definir un tipo de nación por analogía con otro implicaría de nuevo confundir el concepto de "nación" y "nacionalidad". Cuando una nación se transforma en socialista, la nacionalidad de la gente no cambia, pero la esencia de la nación sufre profundos cambios cualitativos. Lo más

importante en las naciones socialistas es la comunidad internacional de vida económica, cultural y político-social, los rasgos internacionales del carácter de la gente que marcha, a través del progreso y acercamiento de los pueblos, hacia la humanidad sin naciones. En este proceso, los rasgos nacionales anteriores cambian cualitativamente. Por ejemplo, la comunidad nacional de intereses económicos y políticos de ésta o aquella nación soviética se conjuga con la comunidad económica y política internacional de todo el pueblo soviético. Cambia, asimismo, el carácter nacional de la gente. Al asimilar todo lo progresivo que existía en el pasado histórico de la nación, el carácter se forma y desarrolla en la lucha contra el régimen de explotación y en el proceso de construcción de la sociedad socialista. La economía y la ideología socialistas condicionan la unidad de cultura socialista. Esta, socialista por su contenido, nacional por su forma, se hace también internacional. En el periodo de la construcción del comunismo, la gente de diferentes naciones socialistas se caracteriza por una comunidad de rasgos cada vez mayor.

La comunidad de territorio como indicio de nación adquiere asimismo una nueva calidad. Las naciones socialistas tienen su territorio con fronteras históricamente formadas. Lenin permanentemente destacaba el significado de las fronteras estatales incluso para las naciones socialistas, sin lo cual el derecho de las naciones a la autodeterminación se transforma en una mera ficción y se suplanta por un "grupo cultural socialista", una "autonomía nacional cultural", etc. A los opositores de la autodeterminación política de las naciones, Lenin los llamaba "economistas imperialistas" y, al denunciar su actitud hostil frente a las fronteras estatales, demostraba que "al transformar el capitalismo en socialismo, el proletariado crea la posi-

bilidad de eliminar totalmente la opresión nacional; esta posibilidad se convertirá en realidad "sólo" —"¡sólo!"— con la aplicación integral de la democracia en todas las esferas, incluyendo la determinación, de las fronteras de acuerdo con las "simpatías" de la población, incluyendo la plena libertad de separación. Sobre esta base, a su vez, se desarrollará en la práctica la eliminación absoluta de los menores rozamientos nacionales, de la menor desconfianza nacional, se acelerará la amistad y la fusión de las naciones, que culminará en la extinción del Estado.⁸⁸

La historia del desarrollo de todas las naciones de la URSS ha demostrado la justicia del pensamiento de Lenin. Las repúblicas soviéticas independientes se fundieron por su propia voluntad en una unión federativa; una serie de naciones y de nacionalidades han formado sus Estados sobre la base de la autonomía soviética. De año en año se han ido fortaleciendo la amistad de los pueblos y sus múltiples lazos; sus intereses y fines comunes han ido uniendo cada vez más a la gente de todas las nacionalidades. Las fronteras, que fueron establecidas de acuerdo con las "simpatías" de la población, son indispensables también en el presente para el desarrollo de los Estados nacionales pero están perdiendo su antigua importancia. En la URSS se observa un contacto permanente y multilateral entre las naciones, una aspiración a utilizar racionalmente todo el territorio del país como un patrimonio común del pueblo soviético. Lenin, que repetidamente señalaba el significado que tenía la consideración de las "simpatías" de la población cuando se trataba de definir las fronteras, subrayó que estas "simpatías" dependen de la composición nacional. Ade-

⁸⁸ V. I. Lenin, *Obras Completas*, op. cit., t. 22, p. 341.

más, señalaba que el asunto no depende tanto de la composición nacional como de otros factores, entre los cuales los intereses del desarrollo económico juegan un papel decisivo: "la composición nacional de la población es uno de los factores económicos más importantes, pero no el único ni el más importante... Por eso los marxistas no deben atenerse íntegra y exclusivamente al principio 'nacional territorialista'."⁸⁹

La construcción del comunismo demuestra fehacientemente que el crecimiento de la población multinacional en todas las regiones de la URSS es una ley objetiva. Este fenómeno es, sin duda, progresivo, y las medidas artificiales que se adoptaron para asegurar la homogeneidad nacional en contradicción con los procesos objetivos del desarrollo económico y social irán desapareciendo. En la comunidad soviética se acumulan los éxitos y los valiosos rasgos de todas las naciones y nacionalidades. A la par con la comunidad nacional, los soviéticos tienen otra superior: la comunidad internacional soviética. En el carácter soviético, lo nacional y lo internacional actúan al unísono, en una sola unidad. Además, en la fisonomía espiritual de las naciones socialistas se desarrollan cada vez más los rasgos internacionales, comunistas, inherentes a toda la humanidad. De esta manera resulta que la nación socialista es una comunidad de personas, surgida como resultado de la victoria del socialismo, que tienen de común un solo lenguaje, territorio, comunidad de intereses económicos, de Estado, de cultura y de fisonomía moral, rasgos que se conjugan con su concepción internacionalista del mundo.

La formación del pueblo soviético como nueva comunidad internacional de personas, la ampliación y la profundización multilateral de la colaboración política,

⁸⁹ *Ibid.*, t. 20, p. 41-42.

económica y cultural de las naciones socialistas que forman el sistema mundial del socialismo, refutan las "profecías" de los nacionalistas sobre la perpetuidad e inevitabilidad del crecimiento de las di-

ferencias nacionales y confirman la previsión del marxismo-leninismo sobre el acercamiento de las naciones y su futura confluencia en una sociedad comunista madura.

Poder del discurso o discurso del poder

Saber y relaciones de poder en M. Foucault

Cesáreo Morales

La entrada al discurso de Foucault será aquí construida según la forma de dos interrogaciones. La primera: ¿desde qué lugar se da este discurso? La segunda: ¿desde qué discurso se arregla este lugar?

No se trata de un interrogatorio. No hay aquí intento alguno de proceso penal del discurso o de investigación policiaca acerca del mismo. La pregunta no pregunta sobre el derecho de hablar, ni sobre la estructura del discurso de Foucault: no es ni control de identidad, ni control del permiso de hablar. La pregunta pregunta por el lugar en el que Foucault ha colocado su hablar, el lugar desde el cual había, lugar incómodo, difícilmente situable, tratándose precisamente del lugar de la transformación, del cambio, y necesariamente, de la búsqueda de identidad: transformación de la locura en locura y de la razón en razón después de su larga indiferenciación, transformación del hospital de asistencia en hospital instrumento de observación, en mirada clínica, transformación del aprender-enseñar en pedagogía escolar, transformación del sistema de castigos en sistema de prisiones, transformación de la sociedad-espectáculo en mundo carcelario, transformación, finalmente, del ejercicio del poder como fuerza en ejercicio del poder como saber.

La segunda pregunta forma sistema con la primera: ¿desde qué discurso se arregla este lugar? ¿Qué discursos nos hace oír Foucault? ¿Y qué puede ser el oír estos discursos? Doble preguntar que no busca respuesta. No que el preguntar pregunte distraídamente, como el policía de la esquina que al controlar la documentación, espera, con la distracción como táctica, la mordida, sino que este preguntar sin respuesta, al hacer desaparecer al preguntar mismo, lanza, ahora sin *representación*, sin la representación de la pregunta, al lugar de las exclusiones y de lo inestable: la rebelión obrero-campesina, su política organizada, las rebeliones estudiantiles, las revueltas de las prisiones y, en general, a lo que el *discurso del poder* llama lo *anormal*.

I

Foucault acude a los diversos lugares donde se dan los comienzos del discurso del saber que domina nuestra época. Es una ida al *más acá* del discurso del saber, a su todavía no ser dicho, al punto de su indiferenciación. En cada región del saber se da una represión específica, sin la cual este saber no hubiera podido encontrar su propia identidad, su salida de la

indiferenciación. Más todavía, el discurso de la razón, en general, como discurso de una cierta racionalidad, surge, se da, se dice, no como simple discurso, sino principalmente como orden de confinamiento, de detención, como orden de formal prisión, órdenes dictadas todas contra la locura. El discurso de la razón se articula como tal en este *ordenamiento* específico de la locura, en el confinamiento de la misma: el discurso de la razón es el cordón sanitario y policiaco hecho discurso, que impide todo tipo de circulación entre la Sinrazón y la Razón.

En la *Historia de la locura en la época clásica*, Foucault trata de alcanzar lo que él mismo llama el "grado cero de la historia de la locura", el punto en el cual ésta es todavía "experiencia indiferenciada, experiencia que no participa aún en la división consigo misma".¹

Hasta el siglo XVI hay una experiencia familiar de una "Razón no razonable y de una razonable Sinrazón", hasta esta época "la locura traza uno de los caminos más frecuentes de la duda", a tal punto que se puede decir que "nunca se está seguro de no estar loco".²

Entre el siglo XVI y XVII se da "el gran confinamiento" de la locura, su reducción al silencio. Por una extraña violencia, de pronto, la locura no tiene ya nada que ver con la razón, con el hombre de razón como se le empieza a llamar ahora al hombre cuerdo. La locura es desterrada, colocada "fuera del dominio de las pertenencias en que el sujeto posee sus derechos a la verdad".³

En este destierro, o más precisamente, en este gran encarcelamiento, se produce una doble mutación: la primera en las relaciones de la locura con la razón y el proyecto racional de alcanzar la verdad;

la segunda en las relaciones de la locura con el sueño y el error, que se dan también como obstáculos al proyecto racional.

Así, en el siglo XVII el peligro está conjurado: la locura es encerrada en ella misma y, por lo tanto, es ajena al proyecto de verdad. "Sería extravagante suponer que se es extravagante." La prueba está en la primera de las *Meditaciones*, en la que Descartes se asigna como tarea la de deshacerse de todas las opiniones a las que hasta entonces había concedido crédito, y comenzar todo de nuevo desde los fundamentos. Uno de esos frágiles fundamentos del conocimiento, el más naturalmente aparente, es la sensibilidad. "Todo lo que he recibido hasta el presente como lo más verdadero y seguro, lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos. Ahora bien, he experimentado algunas veces que esos sentidos eran engañosos, y es prudente no fiarse completamente de los que nos han engañado alguna vez." ⁴ Sin embargo, habría conocimientos de origen sensible de los cuales no sería razonable dudar. "Por ejemplo, prosigue Descartes, que esté aquí, sentado cerca del fuego, vestido con una bata, teniendo este papel entre las manos, y otras cosas de esta naturaleza. ¿Cómo podría negar que estas manos y este cuerpo me pertenecen? Únicamente quizás si me comparo a esos insensatos cuyo cerebro se encuentra turbado en tal forma y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que aseguran constantemente que son reyes estando totalmente desnudos, que van pobres, o se imaginan ser cántaros o tener un cuerpo de vidrio... ¡Pero qué, son locos!" ⁵ La razón se amuralla así en ella vestidos de oro y de púrpura siendo muy misma, en una plena posesión de sí; el discurso de la razón encierra, arroja le-

¹ *Histoire de la folie*, Ed. 10/18, París, 1964, p. 8

² *Histoire de la folie*, Ed. Plon, París, 1961, p. 57.

³ *Ibid.*, p. 57.

⁴ *Meditationum de prima philosophia*, Urin, Paris, 1949, p. 19.

⁵ *Ibid.*, p. 19.

jos, a la prisión, a las cosas de internamiento, al calabozo, a su sombra, a ese "carcaje nocturno" que le había hecho compañía hasta entonces; la locura.

El siglo XVII creó grandes casas de internamiento. Entre los habitantes de París, más de uno por cada cien, fueron a parar ahí, encerrados. El poder político dictó medidas severas, y durante siglo y medio los locos se encontraron en los calabozos de las prisiones, en las *Workhouses* de Inglaterra o en las "casas de disciplina" de Alemania. "Nunca se precisó claramente cuál era el estatuto de la locura en estos lugares, ni qué sentido tenía esta vecindad que parecía asignar una misma patria a los pobres, a los desempleados, a los prisioneros y a los locos."⁶ Una cosa, sin embargo, aparece clara: el discurso de la razón funciona en el interior de la gran operación policiaca que encierra a la locura. El discurso de la razón opera en el interior del ejercicio del poder: el poder encierra, el discurso de la razón descubre a los culpables; el poder aísla, el discurso de la razón se amuralla en sí mismo y obtiene su propia identidad en su delimitación con la locura; el poder encarga a su policía la operación del confinamiento de la locura, el discurso de la razón funciona como discurso policiaco, siempre atento a que ninguna locura venga a poner en peligro la racionalidad. Así, el discurso de la razón se muestra sobre todo como un saber sobre la locura, como un muro de contención que le impide la entrada al dominio de la razón, como orden de confinamiento de la locura y como discurso de conjuración de la misma. De aquí una tesis central: *todo saber se da en el campo delimitado por las relaciones de poder, y más específicamente, por las relaciones del poder político.*

⁶ *Histoire de la folie*, Ed. 10/18, op. cit., pp. 54-55.

II

Esto es precisamente lo que aparece en el momento del nacimiento de la medicina clínica. A fines del siglo XVIII, todo el espacio visionario de la medicina anterior en el que comunicaban médicos y enfermos, fisiólogos y practicantes, "nervios tensos y retorcidos, sequedad ardiente, órganos endurecidos o quemados, nuevo nacimiento del cuerpo en el elemento benéfico de la frescura y de las aguas",⁷ no ha desaparecido, sino que se ha desplazado y singularizado en el enfermo que se convierte así en objeto de conocimiento. El dolor y la enfermedad no son conjurados por un conocimiento neutral, sino que son instalados en el espacio configurado por el entrecruzamiento de cuerpos y miradas: los cuerpos enfermos están ante la mirada clínica. La relación del lenguaje cambia: no son ya dos hablantes, sino un médico que habla y un cuerpo enfermo del que se habla, un cuerpo enfermo que es *observado y controlado*.⁸

La experiencia médica a mediados del siglo XVIII muestra, al inquietarse por las ingerencias de extraños en el mundo de los cuerpos, por las intromisiones de particulares no calificados, que se trata de un problema de poder y, por lo tanto, de control. De ahí la exigencia de un estatuto político de la medicina y de la constitución, a nivel de Estado, de una conciencia médica que tendrá como tareas constantes la información, el control, la coerción, tareas que "comprenden en tal forma cosas propias de la policía que algunas de ellas son propiamente de la incumbencia de la medicina", como escribe Le Brun en su *Traité historique sur les maladies épidémiques* (París, 1776).⁹

La medicina, así, se sitúa en el interior

⁷ *Naissance de la clinique*, P.U.F., París, 1972, VI.

⁸ Cf., *Ibid.*, p. 25.

⁹ *Ibid.*, p. 26.

del funcionamiento policiaco, integrada a las relaciones de poder. La unidad de la mirada médica no le es dada por el saber, sino por su inserción totalizante en una historia, en una geografía, en un Estado.

Por otra parte, la medicina no es solamente un conjunto de técnicas de curación, es también un saber acerca del hombre sano, del no-enfermo, y, en el límite, un saber acerca del *hombre modelo*. Por esta razón, la medicina es normativa pues no sólo da consejos sino que ordena y controla las relaciones físicas y morales de los individuos en la sociedad. La medicina delimita así esa zona soberana para el hombre moderno "en donde una cierta felicidad orgánica, achatada, sin pasión y musculosa, se inserta con pleno derecho en el *orden* de una nación, el vigor de sus soldados, la fecundidad de su pueblo y la marcha paciente de su trabajo".¹⁰

Además, una de las condiciones fundamentales del despegue epistemológico de la medicina a fines del siglo XVIII fue precisamente la reorganización del espacio hospitalario. El hospital como lugar de asistencia se convierte ahora en aparato de observación: lugar en donde se tiene constantemente a la disposición un conjunto de objetos, un conjunto de cuerpos, sometidos, controlados, intervenidos. Una relación de poder constituye un saber: el sometimiento de los cuerpos saca a la medicina de su situación libresca y esto muestra que los cambios en las disposiciones del saber comprometen algo más de lo que el *positivismo* piensa: comprometen las relaciones de poder.¹¹

III

Las relaciones de poder funcionan siempre en el interior de todo lo que ordena:

¹⁰ *Ibid.*, p. 35.

¹¹ *Cf. Ibid.*, p. 203.

relaciones de poder que se dan como orden y en el orden mismo. El ordenamiento es un efecto de poder y el poder es un ordenamiento. Relaciones de poder que entran en juego en las codificaciones fundamentales de una cultura: lenguaje, esquemas perceptivos, intercambios, técnicas, valores, jerarquía de las prácticas diversas. Estas codificaciones, trabajadas por las relaciones de poder, "son las órdenes empíricas"¹² a las que todo deberá someterse y gracias a las cuales todo encontrará su lugar: desde el principio para cada hombre y para cada cosa están asignadas las reglas del juego.

En otro lugar de esta cultura, y en cierta forma, al otro extremo, se encuentran las teorías científicas. ¿Qué son éstas en realidad? Explicaciones, en última instancia, acerca de "por qué hay en general un orden", explicaciones acerca de la ley general que este orden obedece, del "principio que puede dar cuenta del mismo" y de "por qué razón se estableció este orden y no otro".¹³

Entre las dos regiones anteriores hay una *intermedia*, más confusa, más oscura, menos fácil de analizar. Desde esta región una cultura puede producir una especie de distanciamiento con respecto a ella misma, y desde éste puede entonces señalar la *empiricidad* de las órdenes que le son prescritas por las diversas codificaciones primarias, constatar que éstas no son "las únicas posibles ni las mejores".¹⁴ Esta región intermedia desde la cual es posible este distanciamiento y que permite así el cuestionamiento del orden impuesto, es lo que Foucault llama *episteme* o *campo epistemológico*. Desde este lugar se derriba la puerta que los distintos conocimientos positivos mantenían cerra-

¹² *Les mots et les choses*, Gallimard, Paris, 1966, p. 11.

¹³ *Ibid.*, p. 12.

¹⁴ *Ibid.*, p. 16.

da, apareciendo las condiciones de posibilidad de los mismos y, sobre todo, el orden que los gobierna o el orden que imponen.

Al respecto puede formularse toda una serie de preguntas, que el *Círculo de Epistemología* de la Escuela Normal hizo a su debido tiempo a Foucault. ¿Cuál es el criterio de selección de los rasgos de una *episteme*? ¿Qué es lo que la define? ¿Cuál es la relación de la configuración epistémica con los conflictos que se dan en la superficie entre los diversos conocimientos? ¿Cuál es el motor que transforma una configuración epistémica en otra? ¿A partir de qué se configura o se construye una *episteme*?¹⁵

Cada una de estas preguntas plantea un problema de importancia. Por el momento, todas ellas sólo quedan así, como planteamientos de problemas. Lo que interesa aquí es subrayar la indicación de Foucault: los mismos conocimientos científicos no sólo obedecen a un orden, *orden empírico* impuesto por lo tanto por una compleja relación de fuerzas, sino que ellos mismos se constituyen como discursos del orden, y en ese ordenamiento son conocimiento. Los cambios en la economía de los conceptos, los desplazamientos de los análisis y de las demostraciones, se dan en un campo complejo de relaciones de fuerzas. Como se ve con toda claridad en la psiquiatría, cuya aparición se da dentro del juego de relaciones entre la hospitalización como confinamiento, las condiciones y los procedimientos de exclusión social, la jurisprudencia, las normas del trabajo en la fábrica y de la moral burguesa. El discurso del conocimiento está trabajado por todas estas relaciones que son relaciones de poder, y por lo tanto, de orden. La práctica discursiva forma sus

¹⁵ Cf. "A Michel Foucault" en: *Cahiers pour l'Analyse* 9, pp. 5-8.

enunciados bajo la vigilancia de este orden.¹⁶

IV

La producción del discurso es, así, producción de un orden preciso. Como tal, como encargado de implantar un orden, el discurso funciona al mismo tiempo como una policía: vigila, confina, condena, excluye.¹⁷ Dicho en otra forma, la "voluntad de saber" que trabaja estos discursos, la "voluntad de verdad" de los mismos, se presenta como "sistema de exclusión, sistema histórico, modificable, institucionalmente coactivo".¹⁸ Voluntad de verdad, voluntad de saber, sistema de exclusión, por lo tanto, ejercicio de poder, no sólo como conocimiento en cuanto tal, sino también en cuanto a la forma en que ese conocimiento es puesto en práctica en una sociedad: la forma de su valorización, de su atribución y de su distribución.

V

La "voluntad de verdad" sostenida por el poder y por la distribución institucional del mismo ejerce sobre todos los discursos "una especie de presión y como un poder de coacción".¹⁹ Todos los discursos acerca de las diversas prácticas o todas las prácticas discursivas han de apoyarse "sobre lo natural, lo verosímil, sobre la sinceridad, y también sobre la ciencia, en resumen, sobre el discurso verdadero".²⁰

Esto aparece en forma específica en la transformación del sistema penal. La práctica penal, de una búsqueda de justificación y de verdad a partir del derecho,

¹⁶ Cf. *L'archéologie du savoir*, Gallimard, París, 1969, p. 233.

¹⁷ Cf. *El orden del discurso*, trad. de A. González Troyano, Cuadernos marginales no. 36, Tusquets edit., Barcelona, 1973, p. 11.

¹⁸ *Ibid.*, p. 16.

¹⁹ *Ibid.*, p. 18.

²⁰ *Ibid.*, p. 18.

pasa desde el siglo XIX a convertirse en un saber diversificado: sociológico, psicológico, médico, psiquiátrico.

Hasta mediados del siglo XVIII el sistema penal consideró al cuerpo como blanco principal del castigo penitenciario: la pena se da como un espectáculo del cuerpo castigado. A partir de esta fecha, y en una rápida transformación, se avanza hacia la desaparición del castigo como espectáculo y la penalidad se transforma en una penalidad incorporal.²¹

Esta ausencia del cuerpo en el castigo, esta “descorporización”, es interna al gran proyecto de la generalización del castigo. Se trata específicamente del “proyecto político de cuadrillar exactamente todos los ilegalismos”.²² Se alude por una parte de la exclusión o del confinamiento de todo lo *anormal*: el crimen, la maldad, lo monstruoso, la locura, la enfermedad. Todo esto no tiene cabida en la “civilización”, es “como un fragmento salvaje de naturaleza”.²³ Y para que esto sea posible es necesario generalizar la vigilancia, mantener el ojo punitivo constantemente abierto, sin falla, sin parpadeo alguno, pues se trata precisamente de la neutralización de todo conato de anormalidad. Así, la vigilancia preventiva es la producción del efecto de asepsia sobre el espacio social.

Pero, por otra parte, no basta esta vigilancia, omnipresencia de la ley del poder y del poder de la ley. Hay que organizar un *saber* acerca del crimen y de los criminales, no sólo del crimen y de los criminales actuales, sino también, y sobre todo, del crimen y de los criminales eventuales. Hay que organizar un saber que sea un conjunto de “tácticas de intervención” sobre todos los criminales; organi-

zación de un campo preventivo, de un cálculo de intereses; organización de un saber que dé *seguridad y verdad* al discurso sobre lo anormal.

Cuadrillaje de vigilancia y saber acerca de lo anormal, se trata en ambos casos de nuevas tácticas de poder, de una verdadera tecnología de esos “poderes sutiles, eficaces y económicos” que son los “poderes ideológicos”. A los “gastos suntuarios”, demasiado encombrantes de la antigua economía punitiva, sucede ahora un sistema de signos del castigo: una “semiótica de los castigos”, un sistema de signos-obstáculos que se convierte en el “nuevo arsenal de penas”.²⁴

El castigo debe significar su *signo*, su idea, y el signo ha de significar en forma inmediata al castigo. Se trata de obtener una transparencia significante entre el castigo y su signo. Al mismo tiempo se establece otra relación igualmente importante: la del castigo con el crimen. El castigo ha de poder deducirse del crimen: la muerte para el asesinato, la confiscación o la multa para el robo, la privación de la libertad civil a los que han abusado de ella. Hay que hacer que el castigo aparezca unido al crimen según un orden instaurado por la naturaleza. Se da así un doble juego entre la socialidad y la naturaleza. Por una parte, en tanto que una sociedad define sus propios intereses y, a partir de los mismos, lo que es crimen, de lo que resulta que este no es natural. Por otra parte, en la búsqueda de una relación simétrica, necesaria entre crimen y castigo, se trata precisamente de reintroducir la naturaleza y su orden: que el castigo se deduzca naturalmente del crimen. Este doble juego de la socialidad y de la naturaleza es presidido por la mirada vigilante del poder que aparece entonces como lo que asegura el funcionamiento

²¹ Cf. *Surveiller et punir*, Gallimard, París, 1975, p. 17.

²² *Ibid.*, p. 104.

²³ *Ibid.*, p. 104.

²⁴ *Ibid.*, p. 106.

de la naturaleza, lo que impide que ésta se salga de su normalidad. El ejercicio del poder aparece así como interno al funcionamiento de lo natural. En esta naturalización el poder encuentra su propia justificación, que como todo lo natural, se da por el simple hecho de su existencia: el poder es poder porque es poder.

Así, la semiótica penal, sistema de signos-castigos, de signos-leyes, de signos-obstáculos, reemplaza el uso desnudo de la fuerza, lo que no quiere decir que ella no incida sobre lo físico, sobre los cuerpos, sólo que ahora se ha encontrado una técnica nueva: una incidencia sobre los cuerpos desde el lugar de la significancia, un control de los mismos desde el lugar del discurso. Además, no se trata únicamente de una operación negativa, sino también de alcanzar efectos positivos, de reinstalar en su validez los sentimientos perdidos o desgastados: el del respeto a la propiedad, al honor, a la patria, al cuerpo. Según esta lógica, el sistema de castigos, en tanto que sistema de signos generador de discursos, debió funcionar como libro abierto, como lectura pública de un código.

Sin embargo, ya en 1810 en Francia, este sistema de signos-obstáculos, esta semiótica penal, se redujo al confinamiento carcelario en sus diversas formas: trabajos forzados, reclusión, prisión correctiva, detención preventiva. La semiótica de signos-obstáculos aparece según otra forma de transcripción: las cárceles. Lo notable de esto, como lo hace resaltar Foucault, es la casi instantaneidad con que apareció en toda Europa este mundo carcelario. Así, en cuanto a la penalidad, "la diversidad prometida tan solemnemente se reduce al final a esta penalidad uniforme y gris".²⁵ El espacio social se convierte entonces en espacio penitenciario. Desde las "casas de policía municipal", hasta los campos de

²⁵ *Ibid.*, p. 119.

trabajos forzados, la penalidad muestra "otra materialidad, una física distinta del poder, una manera totalmente distinta de aplicar el poder sobre el cuerpo de los hombres":²⁶ edificios penitenciarios programados, arquitectura cerrada, jerarquizada, que muestra en la construcción misma el movimiento cerrado y jerarquizado del poder. Dentro de la prisión la vida es cuadrillada según un estricto empleo del tiempo y bajo vigilancia rigurosa. Cada momento del día está perfectamente modulado por la disciplina que prescribe el tipo de actividad que se ha de desarrollar al mismo tiempo que toda una serie de obligaciones y prohibiciones. La organización y la disciplina se conciben como "máquina para modificar los espíritus".²⁷

Lo más importante es que este control y este proceso de transformación son acompañados de un saber acerca de los individuos; saber sobre el cuerpo, sobre los principios del comportamiento, sobre los hábitos y las costumbres. "La prisión funciona aquí como un aparato de saber."²⁸ En este saber el aparato de la penalidad se transforma en una manipulación bien estudiada del individuo. Se trata de reconstruir, de rehacer, de modelar o remodelar al *sujeto obediente*. Modelamiento del cuerpo, de las energías del mismo, de todas sus actividades, control que se ejerce según la doble relación que hay que conseguir como efecto: *utilidad-docilidad*. Se trata de obtener el máximo de utilidad, en términos de una economía de la utilidad, al mismo tiempo que un máximo de docilidad y de obediencia.

Es aquí donde intervienen las diversas "disciplinas": sociología, psicología del niño, psicología del trabajo, pedagogía, psiquiatría, organización del trabajo. Como tales, en su estricta definición, estas dis-

²⁶ *Ibid.*, p. 120.

²⁷ *Ibid.*, p. 123.

²⁸ *Ibid.*, p. 129.

ciplinas buscan la maximización de la utilidad y de la sujeción; disciplinas como "política de coerción"²⁹ ejercida sobre el cuerpo; disciplinas como desarticulación corporal y como rearticulación nueva del mismo; disciplinas como "mecánica del poder", como "anatomía política" que han de producir cuerpos sometidos, amaestrados, ejercitados, en una palabra, "cuerpos dóciles".³⁰

Esta "tecnología política del cuerpo" opera no sólo sobre aquéllos que el poder castiga, sino también sobre los que el poder vigila, educa o corrige: los locos, los niños, los estudiantes, los colonizados, los trabajadores atados a un aparato de producción; "tecnología política del cuerpo" que construye sus propios niveles de análisis: psique, subjetividad, personalidad, conciencia, conducta. El "saber-poder", como "tecnología" del cuerpo, primero clasifica, elabora cuadros, asigna lugares: clasificación en la escuela, por grados, por saber, por riqueza. "Los pobres con los pobres, los ricos con los ricos, para que los pobres no pasen los piojos a los ricos," como escribe San Juan Bautista de Lasalle. Jerarquización en la fábrica, en el cuartel y hasta en los hospitales.

Estas disciplinas establecen al mismo tiempo un control de la actividad. Se dicta el empleo del tiempo, se da una seriación del mismo: ocupaciones determinadas en cada segmento, división estricta del tiempo en periodos, regulación de los ciclos de repetición, regulación que es a la vez vigilancia y control que asegura un tiempo "integralmente útil". Todo acto es programado, temporalizado: temporalización del comportamiento, temporalización del cuerpo, disciplina del gesto al que todo cuerpo debe someterse, del gesto de trabajo en la fábrica a los ejercicios de escritura o lectura en la escuela. La disci-

²⁸ *Ibid.*, p. 139.

³⁰ *Ibid.*, p. 140.

plina o el saber como disciplina es la gran táctica de articulación cuerpo-objeto: manejo de la máquina en la fábrica, pedagogía del aprendizaje en la escuela. En esta economía que une el gesto y el cuerpo se trata de una "codificación instrumental del cuerpo",³¹ en ella el poder disciplinario se confunde con el mismo aparato de producción.

Para obtener el efecto anterior, es necesaria toda una tecnología específica de la vigilancia que forma parte de este saber nuevo sobre el hombre. La novedad de tal saber radica en que se constituye como "microscopio de la conducta", que funciona en las fábricas, escuelas, cárceles, hospitales, pero también en la urbanización del espacio y en el funcionamiento general del todo social. Gracias a este saber, las distintas instituciones funcionan como "máquinas para observar",³² que operan no del exterior, sino dentro del proceso de producción, como parte integrante del mismo: es la vigilancia hecha institución, o la institución convertida en aparato de vigilancia, en tanto que el proceso de producción en la fábrica, o el de aprendizaje en la escuela, son en ellos mismos aparatos-proceso de organización de los gestos, de los movimientos, de las actividades, es decir, programación y tecnología del cuerpo. La enseñanza por *módulos*, por ejemplo, se encuentra de lleno en este funcionamiento. En forma general, la vigilancia así considerada se convierte en "operador económico" decisivo.

Dentro de esta *tecnología de la vigilancia* ocupan un lugar estratégico las llamadas "técnicas de investigación" de las "ciencias humanas". Se trata de una serie de pequeñas técnicas, observaciones, preguntas, anotaciones, encuestas, "historias de vida" que permiten emitir un dictamen: resultado en el examen escolar,

³¹ *Ibid.*, p. 155.

³² *Ibid.*, p. 175.

diagnóstico de la enfermedad, selección de la mano de obra. El dictamen se da aquí como *saber*, pero éste no es posible sino como *poder* de intervención. En todas las técnicas anteriores se aplican al mismo tiempo el saber y el poder o, más exactamente, se trata en ellas de ciertas relaciones de poder que constituyen un saber. Si, por ejemplo, el hospital organizado como instrumento de observación permitió el "despegue" epistemológico de la medicina, la escuela y la universidad organizadas como "examinadoras", permitieron y permiten eso que se llama "pedagogía". En los dos casos las relaciones de poder posibilitan el saber. Todas estas "técnicas" o todas estas "disciplinas" constituyen una verdadera *microfísica* del poder: tablas de clasificación, control de las actividades del cuerpo, temporalización del mismo, tácticas objetuales, poder disciplinario con sus aparatos de observación y sus mecanismos de control, estrategias de vigilancia. Y esta microfísica, en el juego de todos sus dispositivos, produce al *individuo*, objeto de tests, encuestas, interrogatorios, observaciones dirigidas, consultas; vigilado en todos sus gestos; controlado en todas sus actividades. "El individuo es sin duda el átomo ficticio de una representación 'ideológica' de la sociedad, pero es también una realidad fabricada por esta tecnología específica de poder que se llama disciplina." ³³

Gracias a este nuevo saber se puede expulsar la violencia en sus formas más visibles, en su ejercicio espectacular, lo que no quiere decir que no se recurra a ella en determinados momentos. Ahora la violencia ha sido integrada a los procesos mismos, a los diversos aparatos (fábrica, escuela, etc.), en forma suave, *natural*. Se trata de una estrategia nueva del poder: modulación de los cuerpos, regulación de

³³ *Ibid.*, p. 196

las actividades y los gestos de los mismos. Un nuevo principio rige el ejercicio del poder: "suavidad - producción - beneficio." ³⁴

Hay hasta aquí, dos conclusiones:

1) En forma global, se puede decir que a fines del siglo XIX la justicia ha sido recalificada por el saber: saber del psiquiatra, del sociólogo, del psicólogo, del educador.

2) A partir de la recalificación anterior, las "ciencias humanas" muestran una *matriz común* con el derecho penal: en uno y en otro caso se trata de "un mismo proceso de formación *epistemológico-jurídico*". ³⁵

Las "ciencias humanas" aparecen, así, en la perspectiva de la táctica política, como "procedimientos de poder" y más específicamente, como "procedimientos de poder" de intervención sobre el cuerpo. Este trabajo del poder sobre el cuerpo se articula en forma compleja en la utilización económica del mismo. Por una parte, el capitalismo ejerce el poder sobre el cuerpo principalmente en tanto que éste es *fuerza de trabajo explotada*. Pero al mismo tiempo, el cuerpo no puede constituirse en fuerza de trabajo explotada sino en la medida en que está encerrado en un círculo de sujeción. "El cuerpo no llega a ser fuerza útil sino en la medida en que es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sujetado." ³⁶

Se trata pues, en estas disciplinas, de un trabajo del poder como saber sobre el cuerpo. Un saber que no es de ninguna manera la ciencia de su funcionamiento, sino saber sobre el control del cuerpo, sobre su amaestramiento, sobre su sujeción. A través del saber se trata de un control físico del cuerpo de los *sujetos*, de un control directo que muestra uno de los fun-

³⁴ *Ibid.*, p. 221.

³⁵ *Ibid.*, p. 28.

³⁶ *Ibid.*, pp. 30-31.

cionamientos específicos de la *ideología* en el modo de producción capitalista; se trata de un control físico del cuerpo, sin utilizar, empero, instrumentos materiales: es un saber-violencia que esconde la dominación de la violencia, un saber-terror que esconde la dominación del terror, es la "tecnología política del cuerpo". El saber funciona así dentro de la economía del poder, según las exigencias de éste, de acuerdo con sus intereses. "El poder produce el saber,"³⁷ es decir, el poder constituye un campo de saber: "los objetos que han de ser conocidos, las modalidades del conocimiento, son efectos de estas implicaciones fundamentales del poder-saber y de sus transformaciones históricas."³⁸

El saber se produce, pues, dentro de la economía general del poder con sus mecanismos múltiples y complejos. Esta economía general del poder aparece más entretrejida por los diversos elementos que articula de lo que inicialmente parecía. Si Marx y Engels elaboraron la teoría general del poder del Estado y de la clase dominante, y si Lenin analizó en forma más general qué es el poder burgués y en qué consiste el *poder proletario*, en tanto que forma distinta del funcionamiento del poder, fue la Revolución Cultural Proletaria China la que reveló las raíces profundas del poder burgués, sus resistencias, las formas nuevas que toma, "revelación" que se dio precisamente en la lucha de los proletarios chinos por ejercer efectivamente el poder proletario. Foucault muestra que el saber se da en el interior del funcionamiento general de la economía del poder. Pero precisamente aquí, y como conclusión, hay que hacer dos críticas al proyecto de Foucault: la primera se refiere a su teoría de las formaciones discursivas, la segunda, a su análisis de

³⁷ *Ibid.*, p. 32.

³⁸ *Ibid.*, p. 32.

las relaciones de poder. Como se ve, se trata de dos puntos estratégicos en la empresa general de Foucault.

1. Con respecto a las formaciones discursivas Foucault intenta:

- * Definir el "régimen de materialidad" del discurso, su categoría y su historia.
- * Definir el discurso como *práctica*. No porque se tratase en él de una actividad del sujeto, sino porque el discurso no puede darse sino mediante la sumisión a un cierto número de reglas objetivas y materiales.
- * Definir las *relaciones discursivas* que "no caracterizan la lengua que utiliza el discurso, ni las circunstancias en las cuales éste se despliega, sino al discurso mismo como *práctica*".³⁹
- * Definir el lugar de existencia de las *relaciones discursivas*, lugar que sería el de las *instituciones* en tanto que éstas son los soportes materiales que producen y reproducen estas relaciones.⁴⁰

Sin embargo, a pesar de los anteriores intentos, hay que reconocer que los mismos se quedan a un nivel puramente *descriptivo*.⁴¹ ¿Cuál es el estatuto del discurso? ¿Qué estatuto poseen las *relaciones discursivas* que ordenan toda práctica discursiva? ¿A partir de qué se estructuran estas relaciones discursivas? ¿Qué es lo que mantiene su regularidad? ¿Qué es lo que las hace cambiar? ¿Qué son las prácticas no-discursivas?⁴² ¿Cómo se articulan entre sí las prácticas discursivas y las no-discursivas (formas sociales, instituciones)?

Preguntas diversas que en la empresa de Foucault no tienen respuesta. Lo que falta es un principio de determinación de las relaciones que gobiernan el discurso,

³⁹ *L'archéologie du savoir*, *op. cit.*, p. 63.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 136.

⁴¹ D. Lecourt, *Pour une critique de l'épistémologie*, Maspero, París, 1972, p. 113.

⁴² *L'archéologie du savoir*, *op. cit.*, p. 20.

de las regularidades discursivas, principio que señalaría al mismo tiempo la forma de articulación de las prácticas discursivas con las no-discursivas. Al fin de cuentas, lo que falta aquí es el concepto de *ideología*, el de *relaciones de producción*, el de *determinación en última instancia* por la estructura. Y todos estos conceptos pertenecen a la teoría de la historia, al *materialismo histórico*.

2. La ausencia anterior es la responsable de la *ambigüedad* que acompaña el análisis de las *relaciones de poder* llevado a cabo por Foucault.

Aquí, las dos preguntas que construyeron la aproximación al discurso de Foucault, pueden funcionar con cierta pertinencia. Preguntaba así la primera: ¿desde qué lugar se da este discurso? Desde el lugar de la locura, desde la enfermedad, desde la prisión y desde el "cuerpo codificado", respondería Foucault. Preguntaba así la segunda: ¿desde qué discurso se arregla este lugar? ¿Qué discurso es éste? Si se trata de *oír* a la locura, de dejarla hablar, y de dejar que hablen la enfermedad, el cuerpo disciplinado del trabajador o del prisionero, ¿en qué lenguaje hablarán si el lenguaje es desde luego el lenguaje de la *razón en general* y, por lo tanto, el lenguaje del poder y del orden? O si se trata, como escribe Foucault, de la "arqueología de un silencio",⁴³ se puede todavía preguntar con toda pertinencia, como lo hace J. Derrida: "La arqueología, aun la del silencio, ¿no es ya una lógica, es decir, un lenguaje organizado, un proyecto, un orden, una sintaxis, una 'obra'?"⁴⁴

⁴³ *Histoire de la folie*, 10/18, op. cit., p. 9.

⁴⁴ "Cogito et histoire de la folie" en: *L'écriture et la différence*, Seuil, París, 1967, p. 57.

¿Cuál es pues el estatuto del discurso de Foucault? ¿En dónde se sitúa la lógica de esta arqueología? ¿Desde qué discurso se denuncia al *discurso del poder y del orden*? Si toda historia, aun la de la locura o la de las prisiones, es la historia de la racionalidad, la del *sentido* en general y, por lo tanto, la historia del poder, "el orden es entonces denunciado en el orden".⁴⁵

Foucault permanece así encerrado, al final de cuentas, en el discurso de la razón (en general). Se trata, entonces, de un discurso que, a pesar suyo, funciona según una posición hegeliana. "No pudiendo operar sino en el *interior* de la razón desde que ésta se profiere, la revolución contra la razón tiene pues siempre la limitada extensión de lo que se llama, precisamente en el lenguaje del Ministerio del Interior, una agitación."⁴⁶

¿Desde qué lugar es entonces posible otra estrategia discursiva? ¿Desde qué lugar es posible otro discurso que funcione según una economía de poder *distinta*? Sólo desde el lugar del punto de vista de clase, sólo desde la *posición política proletaria* es posible un funcionamiento *distinto* del poder, y así, otra estrategia discursiva. El proletariado lucha por el poder no para apropiárselo tal cual, sino para transformarlo, para modificar las reglas del juego del mismo. "El proletariado lucha por el poder para poder transformar así la vida", como dicen los maoístas en China.

⁴⁵ "Si el Orden de que hablamos es tan poderoso, si su poder es único en su género, es precisamente por su carácter sobredeterminante y por la universal, la estructural, la infinita complicidad con la que compromete a todos aquéllos que lo oyen en su lenguaje, aun cuando éste les procure la forma de su denuncia. El orden es entonces denunciado en el orden." *Ibid.*, p. 58.

⁴⁶ "Ministerio del Interior" es en Francia lo que en México la Secretaría de Gobernación.





Las revoluciones en la historia de México

Enrique Semo

“La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos se disponen precisamente a revolucionarse y a revolucionar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionarias es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio el espíritu del pasado...”

Carlos Marx, *El Dieciocho*
Brumario de Luis Bona-
parte.

En los primeros ciento veinte años de vida independiente, México fue para Latinoamérica lo que Francia para la Europa del siglo XIX. Es aquí donde las luchas de clases adoptaron sus formas más precisas y clásicas, donde las contradicciones peculiares de las sociedades latinoamericanas se manifestaron en grandes explosiones revolucionarias. Al menos en su primera etapa, la gesta mexicana de independencia fue una verdadera revolución. La Reforma, iniciada como movimiento moderado, se transfiguró cuando, para hacer frente al invasor extranjero, tuvo que levantar en armas al pueblo. La Revolución “Mexicana” de 1910, no sólo fue la

primera del siglo XX, sino también la conmoción social más profunda que haya conocido América Latina antes de la Revolución Cubana. A pesar de que los resultados de esas revoluciones no siempre correspondieron a su violencia, y que al menos una de ellas puede considerarse como inconclusa, han sido el motor de la historia mexicana y constituyen, a la vez, su clave. De ahí el interés universal por ellas, la polémica ideológica que las rodea (sobre todo, la última) y la mistificación apasionada de la que han sido objeto.

Para comenzar, no existe acuerdo alguno acerca de cuántas y cuáles han sido las revoluciones mexicanas. Un aficionado a la estadística política ha contado no menos de ciento quince “revoluciones” exitosas en América Latina desde la consumación de la independencia hasta la Primera Guerra Mundial, a las cuales México aportó supuestamente una generosa contribución.¹ Aceptar esta concepción sería confundir todo golpe de Estado, insurrección o cambio político violento, con una revolución. Algunos autores se colocan en el extremo opuesto. Para no hablar de una *Revolución de Independencia*, insisten

¹ Edwin Liuwen, *Arms and Politic in Latin America*, Nueva York, 1961.

en una Guerra de Independencia.² Otros consideran ese movimiento como una *guerra civil*,³ o bien como una reacción conservadora de las capas dominantes criollas frente a las reformas del despotismo ilustrado y de la revolución liberal en España.⁴

La negación más extrema del carácter revolucionario del movimiento de 1810 la ha estampado José Vasconcelos. "La independencia de los pueblos americanos —afirma este autor— es el resultado de la desintegración del imperio español. Ninguna de las naciones de América había llegado a las condiciones de madurez que determinan la emancipación como proceso de crecimiento natural. Nuestra emancipación fue forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella, ni la deseábamos."⁵

El carácter revolucionario del movimiento de Reforma ha sido ignorado con más frecuencia aún. Es usual que sea tratado no como una ruptura histórica, sino como una sucesión de eventos planos, carentes de significado cualitativo de conjunto: *La Rebelión de Ayutla*, *la Guerra de Tres Años*, *el Imperio de Maximiliano*, *el Triunfo de la República*, etc.⁶ Vasconce-

los ha llegado a afirmar que el movimiento de Juan Álvarez y el de Reforma en general, no fueron sino conspiraciones promovidas por los norteamericanos.⁷

Otros autores que confieren expresamente un carácter revolucionario a los sucesos desde 1910 hasta nuestros días, se lo niegan a la Independencia y a la Reforma. Así, después de un siglo sin revoluciones, tenemos una revolución de casi un siglo.⁸

Opuesta a esas dos concepciones, la primera muy común entre los autores de los inicios de la era independiente,⁹ que veían una revolución en cada pronunciamiento y la segunda —compartida por los historiadores conservadores contemporáneos— de negarle el carácter revolucionario a las luchas de Independencia y la Reforma, es la de Justo Sierra. Probablemente él fue uno de los primeros que definió esos movimientos como revoluciones verdaderas, las dos únicas que conoció México en el siglo XIX y las concibió como etapas de un mismo proceso: "México, escribió Sierra, no ha tenido más que dos revoluciones... La primera fue la Independencia... La segunda fue la Reforma... En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de

² Véase José Vasconcelos, *Breve historia de México*, 18a. edición. Cía. Editorial Continental, México, 1975; Mariano Cuevas, *Historia de la nación mexicana*, Editorial Porrúa, S. A., México, 1967; José Bravo Ugarte, en su *Historia de México*, t. 3., Edit. Luz, México, 1962, ha estampado las denominaciones *guerra insurgente* para el periodo 1810-19 y *guerra nacional* para el de 1821. El periodo de la reforma lo denomina la *guerra cívico-extranjera*.

³ Pierre Chaunu, "Interpretation de l'indépendance de l'Amérique Latine" en: *Bulletin de la Faculté des lettres de Strasbourg*, 1963, no. 8, pp. 403-421.

⁴ Véase Salvador de Madariaga, *The Fall of the Spanish American Empire*, Londres, 1947 y Richard Konezke, "Die Revolution und die Unabhangigkeitskampfe in Latin Amerika", en: *Historia Mundial*, t. 9, Berna, 1960.

⁵ Vasconcelos, *op. cit.*, p. 235.

⁶ Véase Joseph H. L. Schlarman, *México, tierra de volcanes*. De Hernán Cortés a Luis Echeverría

Álvarez, Edit. Porrúa, México, 1973, Víctor Alba, en: *Las ideas sociales contemporáneas en México*, Edit. F.C.E., México-Buenos Aires, 1960, p. 29, afirma que "se habla de la reforma, cuyo desarrollo, fracasos, éxitos y progresos ocupa casi todo el lapso que va de 1842 a 1910. Para desembocar en la gran reforma general conocida con el nombre de revolución mexicana".

⁷ Vasconcelos, *op. cit.*, p. 359 y ss.

⁸ El número de historiadores que adoptan esta posición es muy crecido. Un ejemplo es José C. Valdés, en: *Historia del pueblo de México desde sus orígenes hasta nuestros días*, Editores Mexicanos Unidos, S. A., México, 1967. En esta obra la independencia y la reforma no son tratados como revoluciones, en cambio, la que se inicia en 1910, termina con Díaz Ordaz en 1967.

⁹ Recuérdese el título de la obra de José María Luis Mora, *México y sus revoluciones (1836)* y Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México (1831-32)*.

un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; fue la segunda emanciparse del régimen colonial, dos etapas de una misma obra de creación en una persona nacional dueña de sí misma.”¹⁰

Por su parte, Andrés Molina Enríquez comprendió que las diferentes etapas de la Reforma, incluyendo la lucha contra el Imperio, forman un proceso revolucionario único, cualitativamente diferente de las luchas que lo precedieron y el porfiriato. “En efecto —escribía— aunque parecen separarse por completo los hechos de la Reforma propiamente dicha, de los de la intervención extranjera, nosotros entendemos que éstos no son, en conjunto, sino un episodio brillante y teatral pero secundario, de los que en conjunto hicieron a aquélla. En nuestra opinión, la dictadura de Comonfort fue una parte de la Reforma; la Guerra de Tres Años fue una parte también de la Reforma; y la intervención fue, igualmente, otra parte de la Reforma. Las tres son inseparables.”¹¹

A diferencia de las dos revoluciones del siglo XIX, el carácter revolucionario de los sucesos de 1910 no ha sido *directamente* cuestionado.¹² En cambio, es extendido el criterio que minimiza la profundidad del fenómeno, le niega el carácter social o bien ignora el elemento de

ruptura y sólo ve los epítomes de continuidad que encierra.

¿Qué es una revolución?

La resistencia a concebir los sucesos de 1810-1821, 1854-1867 y 1910-1917 como verdaderas revoluciones sociales proviene, entre otros, de dos criterios erróneos que conviene examinar brevemente aquí.

1. *Toda revolución verdadera transforma profundamente la estructura social, económica y política de la nación.* Por lo tanto, el movimiento de 1810-1821, no debe ser considerado dentro de esta categoría, puesto que su único logro fue la consecución de la independencia, mientras que la estructura de la sociedad colonial se mantenía prácticamente intacta. Aparte de que esa apreciación del movimiento de independencia es discutible, la teoría olvida las revoluciones *derrotadas* o *inconclusas*, como la Revolución Alemana de 1848 y la Rusa de 1905. Toda revolución es una profunda sacudida social que altera la relación de fuerzas entre las diferentes clases de la sociedad, cambia la ideología y el ambiente político del país y plantea una serie de transformaciones para las cuales la sociedad está ya madura. Pero no todas las revoluciones son victoriosas. A veces la reacción triunfa parcial o totalmente, logra parar el reloj de la historia y restaurar momentáneamente el orden anterior. Pero, incluso las revoluciones derrotadas son motores del desarrollo social: “Es el desarrollo rápido y apasionado del antagonismo de clase en organismos sociales viejos y complicados —escribía Engels— el que hace de la revolución un agente de cambio social y político tan poderoso; es ese incesante y rápido surgimiento de partidos que se suceden unos a otros en el poder, el que, durante estas violentas conmociones, hace que las naciones cubran en cinco años más

¹⁰ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, F.C.E., 1950, p. 185.

¹¹ Andrés Molina Enríquez, *Juárez y la reforma*, Libro Mex., México, 1961, cuarta edición, p. 147.

¹² Una excepción es el libro de Juan Ortega Arenas, *México a la luz del pensamiento obrero*, Historia Contemporánea 1910... México, 1959, en el cual se sostiene que “resulta patente que la llamada ‘Revolución Mexicana’, no es otra cosa que el reflejo negativo en nuestro país, de las luchas de los imperialismos yanqui y británico, servidos entre nosotros por facciones capitalistas que actúan simultáneamente, como servidores de terratenientes nativos y de agentes intermedios de capitalistas del exterior”, p. 65.

terreno que en un siglo bajo condiciones ordinarias." ¹³

Además, las derrotas revolucionarias son siempre temporales, actos de un drama que no puede terminar sino con la victoria de lo nuevo sobre lo viejo. Comentando el resultado de las revoluciones de 1848, Engels escribía: "Una derrota más señalada que la sufrida por el partido revolucionario continental —o mejor dicho, partidos— en todos los frentes de batalla, no puede ser imaginada. ¿Y qué? ¿Acaso la lucha de las clases medias inglesas por su supremacía política no cubrieron cuarenta y ocho y la de las clases medias francesas cuarenta años de esfuerzos paralelos? ¿Acaso su triunfo no estaba más cerca precisamente en el instante en que la monarquía restaurada se consideraba más firmemente establecida que nunca?" ¹⁴

Por eso, el éxito o fracaso no puede ser el criterio para calificar un movimiento social revolucionario.

2. *Una revolución social es aquélla que marca el paso de una formación socioeconómica a otra, el cambio de un régimen de propiedad a otro nuevo.* Como la revolución de 1910 no abolió el sistema de propiedad existente, sino que le introdujo reformas; como no expropió a los terratenientes como clase, sino solamente algunos de ellos por razones políticas, "resulta claro que la Revolución Mexicana estuvo muy lejos de ser una revolución social... podría ser caracterizada simplemente como una revolución política". ¹⁵

Ante todo, cabe recordar que no todas las revoluciones burguesas tienen un sentido antifeudal como la Revolución Francesa de 1789. Existen también revolucio-

nes burguesas que se producen en el marco de una sociedad capitalista bastante desarrollada y cuyo objetivo es el paso de una fase a otra del capitalismo, como las de 1830 y las de 1848 en Francia. En este sentido, la dependencia excesiva del modelo de 1789, impide estudiar y comprender una serie de revoluciones en las cuales el elemento antifeudal se encuentra entrelazado o incluso supeditado a las tendencias que pugnan por superar una fase del desarrollo capitalista y abrir cauces para otra superior o para sustituir una vía del desarrollo del capitalismo por otra. Tal es el caso de la Revolución Mexicana de 1910.

En segundo lugar, debe tenerse en mente que las revoluciones burguesas son rara vez radicales y definitivas. Es decir, cada una de ellas se abroga tareas parciales, limitadas y frecuentemente terminan en contubernios y concesiones a las clases reaccionarias. A ese respecto conviene evocar la concepción de Lenin acerca del ciclo de las revoluciones burguesas: "En términos generales, esta fórmula (la culminación de la revolución democrático-burguesa) puede ser entendida de dos maneras: Si se le emplea en un sentido amplio puede comprender la solución de los problemas históricos objetivos de la revolución burguesa, 'su culminación', es decir, la eliminación del terreno mismo capaz de generar una revolución burguesa... en cambio, cuando se emplea la expresión en un sentido estricto, se hace referencia a una revolución determinada, a una de las revoluciones burguesas, a una de las 'olas', si se quiere, que golpea el viejo régimen, pero no logra terminar con él, no elimina el terreno para las posteriores revoluciones burguesas." ¹⁶

Por eso no puede aplicarse el criterio

¹³ F. Engels, "Revolución y contrarrevolución en Alemania", en: *Marx, Engels Werke*, t. 8, p. 36.

¹⁴ *Ibid.*, p. 5.

¹⁵ Arnaldo Córdoba, *La ideología de la revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*. México, 1974, tercera edición, p. 12.

¹⁶ V. I. Lenin, *Obras Completas*, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1959, t. 16, p. 196.

de culminación en su sentido "amplio" para juzgar cada revolución burguesa sin ignorar la esencia misma de éstas. Es más, puede decirse que existen revoluciones burguesas más o menos profundas, más o menos victoriosas, pero ninguna de ellas ha podido, por sí misma, resolver radicalmente todos los problemas planteados por las necesidades del desarrollo capitalista de una nación. Vista en ese contexto, con todas sus limitaciones, la Revolución Mexicana de 1910 aparece como una de las revoluciones democrático-burguesas más significativas en la historia de finales del siglo XIX y principios del XX.

En México se ha abusado hasta la saciedad del concepto revolución. La ideología oficial ha llevado la mistificación hasta incluir en la "Revolución Mexicana" regímenes francamente conservadores y otorga el título de "revolucionarios" a los miembros enriquecidos de la burguesía dominante que jamás participaron en una revolución. Esto exige un esfuerzo teórico de definición, de precisión. La idea de revolución social debe ser claramente deslindada de las de evolución, reforma, contrarrevolución, rebelión, golpe de Estado, etcétera. Pero no se puede combatir la mistificación negando o minimizando el carácter revolucionario de las grandes gestas nacionales. Estas se encuentran profundamente enraizadas en la conciencia del pueblo que participó en ellas sin escatimar sacrificios, muchas veces no en función de sus propios intereses, pero siempre para impulsar el desarrollo de la nación. Sustituir el abuso ideológico por la negación nihilista equivale a reemplazar una mistificación acientífica por otra del mismo corte.

Partiendo de las exigencias de la transición del feudalismo al capitalismo, la Independencia fue una revolución inconclusa. La mayoría de los cambios planteados por los revolucionarios en los años de

1810-1815, necesarios para la transformación capitalista del país, tuvieron que esperar muchas décadas para convertirse en realidades. Si separamos la revolución de 1910-1917 del proceso de los años 20 y 30 —procedimiento que consideramos incorrecto— podríamos llegar respecto a ella, a la misma conclusión. Es además obvio que ninguna de las tres revoluciones logró por sí misma, "culminar" la transformación burguesa de México. Pero esto no permite cuestionar el carácter revolucionario de los sucesos de 1810-1821, 1854-1867 y 1910-1917.

Las revoluciones sociales son fenómenos históricos, inseparables de la época y la formación socioeconómica en la cual se producen. Intentar una definición de las revoluciones "en general" o "en sí mismas", sería estéril. Tratemos más bien de preguntarnos cuáles son los elementos *esenciales* o "*mínimos*" comunes a las revoluciones modernas y contemporáneas no socialistas, es decir, las que se han venido sucediendo desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días.

Consideramos que para que un suceso histórico adquiriera el carácter de revolución social debe, *al menos*, reunir las siguientes condiciones:

1. Que represente una aceleración de la lucha de clases, una ruptura en el proceso evolutivo, una reorientación cualitativa en la historia de una nación (algunas revoluciones adquieren trascendencia mundial o regional) afectando no tal o cual aspecto de la vida social, sino la sociedad en su conjunto.

2. Que las masas participen activamente y en gran escala en el proceso, impulsando la transformación social, ya sea con sus propias demandas o supeditadas a las banderas de la clase revolucionaria, que impone su hegemonía.

3. Que exista en el campo revolucionario una clase o fracción de clase que pue-

da plantear el problema del poder estatal; es decir, de la sustitución de la clase o fracción de la clase reaccionaria o conservadora por otra más avanzada, "capaz de modelar —como decía Engels— la sociedad a su imagen y semejanza".

Función histórica de las revoluciones mexicanas

Durante mucho tiempo predominó una opinión extraordinariamente pesimista acerca de los resultados de la Independencia. En *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz se hace eco de ella: "La novedad de las nuevas naciones hispanoamericanas es engañosa; en verdad se trata de sociedades en decadencia o en forzada inmovilidad, supervivencias y fragmentos de un todo deshecho... La imagen del dictador hispanoamericano aparece ya en embrión, en la del 'libertador'. Así, las nuevas repúblicas fueron inventadas por necesidades políticas y militares del momento, no porque expresasen una real peculiaridad histórica. Los 'rasgos nacionales' se fueron formando más tarde; en muchos casos no son sino consecuencia de la práctica nacionalista de los gobiernos."¹⁷

Y sin embargo, la revolución de independencia liberó a México de los lazos coloniales de explotación que lo unían con España. La *independencia política* alcanzada despejó el terreno a la lucha de clases interna. Se inició el proceso de constitución de un Estado nacional. Se liquidaron algunas de las formas más atrasadas de explotación precapitalista (el despotismo tributario). La supresión del tributo que marcaba a todos los campesinos indios; de los repartimientos que afectaban a numerosas comunidades agrarias; la abolición de la esclavitud que pesaba como un estigma sobre cientos de

¹⁷ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, F.C.E. México, 1973, segunda edición, p. 11.

miles de descendientes mulatos de los esclavos negros; de la dependencia directa de las comunidades del Estado; el cuestionamiento de la obligatoriedad del diezmo, fueron productos importantes de la revolución de independencia.

Sus luchas fueron una gran escuela para las nacientes burguesías y pequeña burguesía, las clases revolucionarias *par excellence* de los siguientes cien años. De ellas salieron con una conciencia más clara de sus objetivos y de los intereses que los separaban tanto de la Iglesia como de las masas trabajadoras del campo y de la ciudad.

La revolución de 1854-67 destruyó la mayor de todas las corporaciones económicas existentes, la Iglesia, despejando así el camino para la acumulación capitalista. Los bienes rurales y urbanos del clero, lanzados al mercado por la desamortización, contribuyeron en forma decisiva al fortalecimiento de la burguesía comercial y los terratenientes aburguesados. Se privó al ejército de su papel determinante y se consolidó definitivamente la autoridad del Estado burgués-terrateniente. Se derrotó un intento peligroso de transformar a México en colonia o protectorado de las potencias europeas.

"En suma, México emergió de la lucha de la Reforma y el Imperio con la fachada de un país republicano, federal, liberal y democrático. En lo económico, la consagración del derecho absoluto de propiedad, de trabajo, de usura, de empresa, el interés individual como el motor exclusivo de la economía y el anhelo de producción ilimitada..."¹⁸

Todo esto aceleró el desarrollo del capitalismo en el país y permitió que su inserción en el sistema imperialista a partir de la década de los 80 en el siglo XIX

¹⁸ Moisés González Navarro, *México: El capitalismo nacionalista*, Costa Amic editor, México, 1970, p. 59.

se hiciera en condiciones más favorables.

Muchos de los resultados de la Revolución de 1910 se dejaron sentir lentamente. La mayor parte se materializó sólo 15 o 20 años más tarde. En realidad, sin el periodo de Cárdenas, la historia de la revolución hubiera sido completamente diferente. Pero éste no es un caso único;¹⁹ incluso la gran Revolución Socialista Rusa tardó 11 años en producir sus primeros efectos transformadores importantes.

El periodo que conocemos con el nombre de *porfiriato* no fue de retroceso o estancamiento. Una vez más se equivocó Octavio Paz cuando sostiene que la "dictadura de Porfirio Díaz es el regreso al pasado", que "el porfirismo es el heredero del feudalismo colonial" y que "enmascarado, ataviado con los ropajes del progreso, la ciencia y la legalidad republicana, el pasado vuelve, pero ya desprovisto de la fecundidad".²⁰ Al contrario, esas tres décadas conocieron un desarrollo capitalista notable, una transformación limitada pero ascendente de la economía y la sociedad. Se tendió una importante red de vías férreas. Aparecieron nuevos sectores en la economía orientados hacia la exportación en la agricultura y la minería. El comercio exterior creció rápidamente. La industria de transformación conoció un auge. En algunos lugares se produjo en la agricultura una modernización de los sistemas de producción y una mayor mercantilización del producto. Pero ese desarrollo capitalista no se realiza por una vía revolucionaria, sino por la más reaccionaria de las vías. Los latifundios tradicionales no son abolidos sino sirven de base para la eclosión zigza-

gueante de la producción capitalista. Los peones no son liberados para transformarse en asalariados, sino que sobre sus viejas cargas vienen a sumarse nuevas exigencias de productividad y eficiencia que sólo agravan su situación. La industria nace bajo la égida del capital extranjero, circunscrita a enclaves, con tendencias monopolistas muy marcadas.

La revolución de 1910 es una rebelión contra ese modelo de desarrollo capitalista. Se trata de implantar una reforma agraria que destruya los latifundios y el poder de los terratenientes; crear un capitalismo de Estado capaz de actuar como contrapeso al capitalismo extranjero y promover el desarrollo de la burguesía mexicana; colocar en el poder nuevas capas de la burguesía, interesadas en una vía de desarrollo más revolucionaria del capitalismo en la agricultura y la industria; modificar el dominio del imperialismo sobre la economía del país, o bien, restringirlo. La revolución de 1910 no logró sustituir el desarrollo "desde arriba", por la vía revolucionaria de instauración del capitalismo, pero su resultado fue un híbrido, una amalgama muy peculiar de soluciones revolucionarias y reaccionarias.

Este balance de las secuelas positivas de las revoluciones mexicanas de ninguna manera constituye una evaluación de éstas. Sólo demuestra que fueron virajes auténticos en la vida de la nación. Se ha insistido mucho —y con razón— en que la *continuidad* entre el "antes" y el "después" de cada revolución es persistente. ¿Pero qué revolución burguesa no ha conocido en mayor o menor grado la dialéctica entre continuidad y ruptura? ¿Cuál de ellas ha dejado de conciliar con las fuerzas del pasado? Los fracasos y limitaciones de las tres revoluciones son, en última instancia, los fracasos y limitaciones de la burguesía mexicana.

¹⁹ Véase a este respecto la ponencia de Hobsbawm, *Revolution*, en el XIV Congreso de las ciencias históricas, p. 27-30.

²⁰ Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 117 y 118.

Las masas populares en la revolución

La segunda característica de toda revolución es la participación intensa de las masas populares. La presencia de éstas en la revolución burguesa se expresa en la acción de fuerzas específicas: la campesina (destacamento principal); la pequeñoburguesa (que frecuentemente dirige el ala radical de "izquierda") y la plebeya-urbana (más tarde proletaria) de la revolución.²¹

Los campesinos participaron masivamente en las luchas de los primeros cinco años de la Revolución de Independencia. Su presencia armada influyó en forma decisiva la constitución de un bloque radical. Aun cuando el movimiento de Reforma no contó con una base campesina semejante, fue precedida y acompañada por una serie de rebeliones de origen agrario que la historiografía conservadora ignora insistentemente y que contribuyeron a aumentar el fermento social. Durante algunos periodos de la revolución de 1910, las huestes campesinas armadas se transformaron en factores decisivos de la lucha e incluso aspiraron a jugar un papel hegemónico.

Las ciudades de México estaban poco desarrolladas en el siglo XIX y —a diferencia de la función que tuvo París en las revoluciones francesas o San Petersburgo en las rusas— la capital mexicana jugó casi siempre el papel de baluarte de la reacción. Por eso, en las dos primeras revoluciones, la participación de las masas plebeyas de las ciudades fue modesta. Sin embargo, en la Revolución de Independencia se sumaron a las tropas de Hidalgo los mineros y artesanos de Guana-

²¹ M. Kossok y W. Markow, "Zur methodologie der vergleichenden Revolutionsgeschichte der Neuzeit", en *Studien sur vergleichenden Revolutionsgeschichte 1500-1917*, Akademie Verlag, Berlin, 1974, p. 23.

juato sin lograr imprimirle ningún sello especial. En la revolución de 1910 aparece, por primera vez, el proletariado con su fisonomía propia, separado de las demás clases; sin embargo, en ningún momento logra aspirar a la dirección del proceso.

Hasta ahora en las revoluciones mexicanas, las masas campesinas han ocupado un lugar más destacado que las plebeyas de las ciudades. La pequeña burguesía jugó un papel muy importante en las tres revoluciones. Frecuentemente se adjudicó las tareas que una burguesía débil aún no podía ejecutar. Luchó siempre por colocarse a la cabeza de la revolución y, en ciertos momentos, lo logró.

La participación de las masas en la Revolución de Independencia impulsó la constitución de la nación mexicana. Hombres de diferentes partes del país y etnias distintas combatieron juntos por la solución de tareas nacionales.²² A raíz de eso se produjeron cambios profundos e irreversibles en la psicología de las masas y la cultura popular que debilitaron el sistema de castas.²³ Aun cuando después de la revolución persistieron formas de discriminación, se consolidó una nueva relación, que permitió el acceso a las clases medias y a puestos de dirección política, a indios y mestizos (entre otros, Morelos y Guerrero).

Durante el periodo revolucionario de 1810-15, la irrupción de las masas campesinas urbanas en la lucha permitió la elaboración de un programa democrático-popular de transformaciones sociales, que incluye importantes planteamientos agra-

²² M. S. Alperovich, *Historia de la independencia de México (1810-1824)*, Editorial Grijalbo, México, 1967.

²³ Morelos fue particularmente activo en la lucha contra los prejuicios raciales que amenazaban dividir sus abigarradas tropas. Proscribió el uso de términos como criollo o mestizo e insistió que los americanos no podrían triunfar mientras estuvieran divididos.

rios. Las fuerzas campesinas y populares de la independencia fueron derrotadas, pero su programa revivió en todos los auténticos movimientos populares —bastante esporádicos— del siglo XIX, pese al olvido al que lo condenó la burguesía liberal. Actualizado y reformado volvió a renacer en las demandas campesinas de 1910-20.

La pequeña burguesía de provincia participó en masa en las luchas de Reforma. De sus filas salieron miles de agitadores y periodistas, oficiales y políticos revolucionarios. En cambio, los liberales nunca contaron con el apoyo de un verdadero movimiento campesino. Durante más de tres décadas, las masas trabajadoras participaron poco en el conflicto entre conservadores y liberales, pero hacia los cincuenta la situación comenzó lentamente a cambiar. Las nefastas consecuencias de la guerra con los Estados Unidos habían minado la posición de los conservadores y su apoyo a la intervención francesa y al Imperio culminó su desprestigio nacional. Además, la Iglesia era uno de los principales terratenientes del país, una corporación que imponía su peso sobre los hombros de los campesinos a través de múltiples exacciones y sus aliados eran los grandes hacendados de "manos muertas" y el ejército regular. Las mayorías se fueron inclinando hacia el partido de Juárez tanto por motivos nacionales como por razones sociales. Pero los liberales nunca hicieron lo necesario para que el apoyo se transformara en una revolución campesina. Su programa agrario —y no es verdad que carecieran de uno— era profundamente conservador. Querían que el capitalismo penetrara en la agricultura sin que los terratenientes se vieran afectados. Las pequeñas propiedades campesinas —símbolos de la iniciativa privada y el individualismo— debían surgir a cos-

ta de la destrucción de las comunidades y no de las haciendas.²⁴

Los diputados como José María Castillo Velasco, Ponciano Arriaga e Isidro Olvera, que en el Congreso Constituyente de 1856 levantaron su voz para exigir la limitación de los latifundios y el respeto a los sistemas de propiedad de los pueblos indígenas, no fueron oídos. Con frecuencia los campesinos se opusieron violentamente a la aplicación de las leyes de desamortización que afectaban directamente a las tierras comunales y los liberales reprimieron sus protestas en forma sangrienta.²⁵ La ausencia de una participación decidida y masiva de los campesinos en el movimiento liberal no es, por lo tanto, casual. Tampoco se debe a "errores" u "omisiones" de los liberales. Debido a la participación de numerosos terratenientes aburguesados en sus filas, los liberales propugnaban el desarrollo del capitalismo en la agricultura por la vía "junker", una vía contraria a los intereses de los campesinos.²⁶

Sin embargo, la Reforma no transcurrió en medio de la pasividad campesina. El periodo estuvo marcado por una serie de importantes movimientos de gran contenido agrario, como fueron la guerra de castas en Yucatán, el de Sierra Gorda en el centro de la república y los de la Costa Chica en el Sur.²⁷

Justo Sierra, contemporáneo de la Reforma, comprendió los profundos cambios

²⁴ Véase a este respecto Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, UNAM, México, 1957-61, 3 vols.; y Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853, Siglo XXI*, México, 1973.

²⁵ Véase T. G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850 a 1876)*, SepSetentas, México, 1974, cap. III.

²⁶ *Ibid.*, y N. Salomon, "Feodalité et capitalisme au Mexique de 1856 a 1910", en: *Recherches Internationales*, París, no. 32, 1962, pp. 180-197.

²⁷ Jean Meyer, *Problemas agrarios y revueltas y revueltas agrarias (1821-1910)*, SepSetentas, México, 1973.

que se estaban registrando en la conciencia popular y los describió brillantemente. Cuando el ejército regular y pretoriano se pasó con armas y bagaje a la causa de la reacción, comienza a formarse un nuevo ejército liberal, al cual acudieron por miles los jóvenes de la pequeña burguesía, pese a las constantes derrotas que marcaron su nacimiento. Así se desmoronó el grupo de poder que había regido los destinos políticos del país en los primeros 35 años de vida independiente. "El ejército reaccionario —escribe Justo Sierra— estaba sentenciado a la victoria; el primer gran desastre que sufriese lo condenaba a la muerte; el constitucionalista, por lo contrario, se iba formando de derrota en derrota, se iba enseñando a combatir, iba sintiendo la necesidad de la disciplina y el arte, se iba la milicia cívica transformando en tropa de línea; el viejo ejército formaba al nuevo combatiéndolo sin tregua y venciendo-lo..."²⁸

El uso que hizo la Iglesia de los dogmas de la religión en su lucha contra la desamortización de sus bienes, produjo cambios profundos en la conciencia popular, que Sierra describe en los siguientes términos: "La inmensa transformación de la conciencia necesaria para llevar al pueblo al combate directo contra fuerzas apoyadas por la Iglesia es descrita en los siguientes términos.

"Para defender sus propiedades, el clero había convertido la última guerra civil en una contienda religiosa, y toda la organización eclesiástica, con el supremo jerarca a su cabeza y todos los dogmas hasta el fundamental de la existencia de Dios fueron hacinados en formidable bastilla para reparo del tesoro de la Iglesia... Y la imprudencia inde-

²⁸ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, F.C.E., México-Buenos Aires, 1950, p. 240.

cible de vincular los bienes terrenales a los espirituales, había hecho de la revolución un cataclismo... y un estimulante para que el grupo reformista joven... acometiese la empresa de desactolizar al pueblo.

"La verdad es que en tres años de lucha espantosa se había verificado una transformación... furtivamente, ese pueblo informe apenas consciente levantaba los ojos a los ideales nuevos..."²⁹

Y en cuanto al impacto de la lucha contra el invasor extranjero, el desarrollo de la conciencia nacional y el patriotismo:

"El 5 de mayo, por el número de combatientes y por el resultado puramente militar de la acción (una retirada en orden estricto para esperar refuerzos) no es una batalla de primer orden, ni de segundo; no es platea, es maratón por sus inmensos resultados morales y políticos: la nación entera vibró de entusiasmo... no hubo aldea de indígenas en que no relampaguera la electricidad del patriotismo; ...el partido reformista, que era la mayoría, comenzó a ser la totalidad política del país, comenzó su transformación en entidad nacional..."³⁰

La participación de los campesinos en la revolución de 1910 ha sido ampliamente estudiada y se han escrito varias obras importantes sobre su destacamento más avanzado, el ejército campesino de Zapata. La presencia de un movimiento campesino de envergadura inusitada en esa revolución es un hecho que está fuera de toda discusión.

Pero a principios del siglo XX, la estructura social de México era muy diferente a la de un siglo antes. Se había producido un proceso de diferenciación tanto en las clases dominantes como en las masas populares. Desde mediados del

²⁹ *Op. cit.*, p. 219.

³⁰ *Op. cit.*, p. 240.

siglo XIX venía constituyéndose una clase obrera que hacia 1910 alcanzaba probablemente la cifra de 250 ó 350 mil personas, de las cuales 200 mil o más estaban en la industria y el resto en los servicios, el comercio y los transportes. De esa manera, un 6 a 8% de la fuerza de trabajo estaba constituida por una incipiente clase obrera que comenzaba a definirse con respecto al resto de las masas urbanas.³¹

Debido a la dispersión de la industria extractiva y la textil no existían grandes concentraciones obreras y la composición de la clase era extraordinariamente heterogénea y reciente.

"Su corto número y la relativa inmadurez de la clase obrera mexicana, con la excepción de algunos centros manufactureros y mineros tradicionales, fue su mayor impedimento. En esas condiciones los grupos obreros concentraron su atención en problemas inmediatos y en demandas para la mejoría de los salarios y condiciones de trabajo. Al mismo tiempo no lograron generar una ideología claramente hegemónica, capaz de atraer a otros grupos sociales a su particular visión del futuro."³²

Este juicio resume correctamente el papel de la clase obrera. El joven proletario mexicano no logró constituir una alternativa a las corrientes burguesas y pe-

³¹ No existen estadísticas que permitan calcular con exactitud el número de proletariados existentes en esa época. La más importante es *Estadísticas económicas del porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, El Colegio de México, México, 1964, que nos ilustra acerca del tamaño y las características de las empresas. Incluye a los sectores artesanales junto con los obreros. Utilizando otras fuentes sobre ese tema, hemos obtenido los datos cuyo margen de error no alteran significativamente el dato de participación de la clase obrera en la fuerza de trabajo.

³² Barry Carr, *Labour and Politics in Mexico, 1910-1929*, tesis presentada en la Universidad de Oxford, p. 49.

queñoburguesas que actuaban en la revolución. En sus huestes reinaba una gran confusión respecto a los diferentes grupos y caudillos que se disputaban la hegemonía. El predominio del anarcosindicalismo y la ausencia de una concepción revolucionaria de corte proletario dividió sus filas en momentos decisivos. En 1914 y 1915, cuando se iniciaban la confrontación entre los ejércitos campesinos y el carrancismo, algunos sectores obreros favorecían a los zapatistas, mientras otros se empeñaban en mantenerse neutrales.³³ Pero los dirigentes de mayor influencia de la Casa del Obrero Mundial cometieron el error —o la traición— fatal de apoyar a los sectores más radicales del campo carrancista contra las huestes campesinas. Algunos sindicatos los siguieron, otros no.³⁴ Ocho mil obreros lucharon en los "batallones rojos" de Obregón.

Varios autores han querido reducir a ese fenómeno la participación obrera en la Revolución. Esto es unilateral y falso. Los años de 1906-1920 marcan un ascenso extraordinario, cualitativo, de la actividad proletaria y de las contribuciones de la clase al movimiento revolucionario.

Durante esos años la clase obrera maduró más rápidamente que en el medio siglo anterior. Las huelgas de todo tipo se sucedían y se multiplicaban y extendían las organizaciones sindicales pese a la represión a la cual tuvieron que hacer frente.³⁵

La lucha de los campesinos y los obreros, durante la revolución de 1910-1920, a pesar de sus derrotas, limitaciones y graves errores, no fue vana. En el porfiriato las organizaciones campesinas y obreras casi no existían. Su peso político

³³ Véase *ibid.*, pp. 88-91.

³⁴ Marcela de Neymet, "El movimiento obrero y la revolución mexicana, en *Historia y Sociedad*. 1era. época, México, 1967, no. 9, pp. 57-73 y p. 65.

³⁵ Carr, *op. cit.*, p. 99.

era prácticamente nulo. Después de 1917, éstas se constituyeron en poderosas fuerzas políticas que influían en la vida del país y que ningún grupo político o caudillo podía ignorar. Y una vez más, la debilidad de la influencia marxista, el predominio del oportunismo, la influencia burguesa y la corrupción, impidieron a estos sectores populares hacer uso adecuado de su poderío.

La participación de las masas en las revoluciones mexicanas —comprendiendo también la de Independencia, que fue una revolución inconclusa— excluye toda posibilidad de considerarlas *revoluciones políticas* mas no *sociales*. En realidad, toda revolución es política y social a la vez o no es revolución.³⁶

Si una revolución transforma o intenta transformar (en el caso de las revoluciones derrotadas) el régimen social, la revolución es social; si altera (o intenta alterar) el carácter de clase del Estado, es política. Ahora bien, la revolución social es imposible sin la mutación del Estado y esta última no tiene sentido si no cambia la sociedad.

³⁶ En los primeros escritos de Marx la idea de *revolución política* se asociaba a la revolución burguesa y la de *revolución social* a la socialista. (Véase J. S. Drabkin, *Las revoluciones sociales* E.C.P., México, 1975.) Sin embargo, ya en 1844, Marx había llegado a una concepción más profunda de la relación entre lo social y lo político en la revolución: "Una revolución social con un alma política es un absurdo si por revolución 'social' el 'Prusiano' infiere 'social' como opuesto a la revolución política y a pesar de ello dota a la revolución social con un alma política en lugar de una social; o bien 'una revolución social con alma política' es sólo una paráfrasis por lo que era usualmente llamado una 'revolución política' o 'simplemente revolución'. Cada revolución derroca el viejo poder y en esa medida es política." *Kritische Randglossen zu dem artikel "Der König von Preussen und die Sozialreform"*. Von einem Preussen en: *Marx-Engels Werke*, t. 1, pp. 408-409.

Las clases revolucionarias y el poder

En la Independencia el problema del poder se planteaba de la siguiente manera: La Nueva España era una colonia y todas las fuerzas anticolonialistas coincidieron en el objetivo primordial: sustituir el dominio del Estado español por un Estado mexicano. En este renglón triunfaron: después de la derrota del último intento de restauración española en 1829, la independencia del nuevo Estado quedó definitivamente consumada. Las capas que durante la colonia detentaban el poder, la burocracia virreinal y los comerciantes compradores españoles, no sólo perdieron el poder, sino que desaparecieron como grupos sociales. Pero el bloque anticolonial era muy heterogéneo, comprendía clases revolucionarias y también fuerzas contrarrevolucionarias. A partir de 1820, en él participaban la Iglesia, los grandes terratenientes de manos muertas, los terratenientes liberales, la burguesía no compradora y la pequeña burguesía. Después de la derrota del movimiento popular de 1810-1815, las dos últimas no tenían ya ninguna posibilidad de ascender al poder. Consumada la independencia, el bloque se dividió: la Iglesia y los grandes terratenientes de manos muertas, apoyados en el nuevo ejército, se convirtieron en fuerza hegemónica. Los liberales iniciaron la lucha contra ellos. Durante treinta años el nuevo Estado no logró consolidarse. El poder político pasaba de mano en mano. El bonapartismo reaccionario que a veces ejercía Santa Anna fue el árbitro político del país.

En la Reforma, el bloque revolucionario era más definitivamente burgués, pero no dejaba de ser muy heterogéneo. La hegemonía pertenecía no a la burguesía, sino a los terratenientes liberales. Fueron ellos quienes confirieron al programa

agrario su carácter conservador al cual ya nos referimos. En esa etapa, la pusilanimidad de la burguesía se expresó en su incapacidad de elaborar un proyecto revolucionario para el desarrollo del capitalismo y ganar a las masas para éste.

La imagen que presenta la revolución de 1910 es más complicada. Sin embargo, también en ella existen señales incontables de un cambio de poder significativo. Para abordar el problema del Estado en la revolución de 1910 debe recordarse que la burguesía rara vez ejerce el poder en su conjunto y que la sustitución de una capa por otra adquiere a veces formas muy violentas.³⁷

³⁷ Véase a este respecto Kossok y Markov, *op. cit.*, p. 3.

El aparato estatal del porfiriato quedó totalmente destruido durante la revolución de 1910. La Constitución de 1917 representa una nueva correlación de fuerzas entre las clases sociales que tenía que imprimir su sello en el Estado. La subida al poder del "grupo de Sonora" en 1920 inicia un periodo de *bonapartismo pequeñoburgués* muy distinto, en su composición, a las capas terratenientes y burguesas que detentaban el poder durante el porfiriato. En la lucha de clases de los años siguientes se afirman las nuevas características del Estado, tan burgués en esencia como el porfiriato y sin embargo tan diferente a él.

Los años oscuros del comunismo italiano*

E. J. Hobsbawm

El Partido Comunista Italiano constituye el gran éxito en la historia del comunismo del mundo occidental, o al menos de la parte de éste donde tales partidos no están en el poder. La historia de los partidos comunistas ha sido variada, pero en el medio siglo que ha transcurrido desde que la mayoría de los partidos europeos fueron fundados, muy pocos han ganado o perdido importancia internacional, o lo que es casi lo mismo, han transformado el carácter de la influencia que ejercen en su propio país. Hay unos pocos que han cobrado un mayor rango político, como puede ser el Partido Comunista de España, que era relativamente insignificante hasta antes de la Guerra Civil¹ y algunos casos obvios de relegamiento como el de Alemania Occidental, que aún no se ha recobrado de la violenta represión que sufrió bajo Hitler. Pero en general, aunque ha fluctuado su fuerza e influencia, la mayoría de los partidos comunistas de Europa capitalista no ha

pasado a una primera línea de importancia, ni siquiera los que salieron de la última Guerra Mundial con el enorme prestigio que les dio el papel incomparable que jugaron en la lucha de la resistencia. Por otra parte, algunos de ellos, como el de Francia y el de Finlandia, durante toda su existencia han sido fuerzas políticas poderosas, aún en sus peores momentos. Qué tan cierto es esto en el conjunto del mundo capitalista, es difícil de establecer, pero en todo caso es una cuestión que rebasa nuestro tema.

El Partido Comunista Italiano (PCI) es uno de los escasos ejemplos de incuestionable elevación de su importancia política. Antes del fascismo nunca pasó de ser un partido minoritario dentro del movimiento socialista de izquierda. En efecto, en el Congreso de Livorno (1921) tuvo una representación de algo más de un tercio. Cuando la conmoción de la escisión de la que nació el PCI se calmó un poco, quedó claro que representaba una minoría comparativamente modesta, cualquiera que fuesen las posibilidades revolucionarias y la simpatía popular por el movimiento socialista. En 1921 obtuvo menos de la quinta parte del voto de izquierda, y en 1924, pese a la declinación socialista, la proporción fue de 3 a 1 en su con-

* Tomado de *Revolutionaries Contemporary Essays*, Ed. Pantheon Books, Nueva York, 1973, pp. 31-42. Traducción de Sergio de la Peña.

¹ La condición de ilegalidad bajo la que numerosos partidos comunistas han actuado durante la mayor parte de su historia, y la de muchos que aún están en esta situación, hace que la apreciación de su poder político e influencia sea relativamente especulativa.

tra. Su participación en el voto total no alcanzó el 5%. En contraste, desde la guerra se ha convertido en la fuerza principal de izquierda en la oposición efectiva dentro de la estructura política italiana que es bipartidista *de facto*, y además ha ganado poderío constantemente y casi sin interrupción.²

Los cambios que todo esto ha impreso en su orientación política y en su perspectiva es una cuestión que puede discutirse ampliamente. Sin embargo, es indudable que el partido ha logrado una posición incomparablemente más importante en la política nacional desde la posguerra, y además, no sólo la ha mantenido sino que la ha fortalecido.

Los que escriben historia, por extrapolación, pueden estar tentados a proyectar esta tendencia de la influencia comunista hacia atrás, pero esto sería equívoco. Lo que es realmente sorprendente de la historia del PCI es el contraste entre su debilidad extrema durante casi todo el periodo fascista y su notable expansión durante y después de la resistencia. O dicho en otros términos, resalta la notable continuidad de un liderazgo particularmente acertado, cuya calidad ha sido internacionalmente reconocida, en contraste con el cambio que sufrió el partido, que mientras que antes era considerado por la Comintern como notoriamente débil y desilusionante; ya en 1947 era uno de los dos únicos partidos no gubernamentales que fueron invitados a formar parte del Cominform.

La diferencia puede apreciarse ahora en

² Porcentaje del voto comunista para elecciones en la Cámara de Diputados:

1946	18.9
1948	31.0 (allados a socialistas)
1953	22.6
1958	22.7
1963	25.3
1968	26.9

Las elecciones de 1948 casi seguramente reflejaron un retroceso temporal.

base a la obra de Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, escrita con pleno acceso a los archivos del Estado y del PC, pero no a los de la Internacional Comunista, que sólo lentamente se han abierto a investigaciones, y sólo las estrictamente oficiales.³ En mayo de 1934, poco antes del cambio de orientación de la política internacional comunista, el PCI tenía, según la Comintern, 2,400 miembros, o sea menos que los del Partido Comunista Británico en su punto más bajo de esa época. La mayoría de sus cuadros dirigentes estaban encarcelados, lo que parecía ser el destino inevitable de los grupos de valientes y dedicados militantes que fueron enviados a Italia en los siete años anteriores. Sus actividades en el país eran mínimas. El régimen fascista se sentía lo suficientemente seguro al grado de incluir varios cientos de prisioneros comunistas en la amnistía con la que Mussolini celebró el décimo aniversario de la Marcha sobre Roma.

Esta situación catastrófica podía sin duda atribuirse, hasta cierto punto, a las locuras de la política del Comintern durante el célebre "tercer periodo" (1927-1934), cuando el movimiento comunista en Europa cayó en su punto más bajo. Son ampliamente conocidas las líneas consistentes en la obligación de considerar a la socialdemocracia como el enemigo principal ("socialfascismo"), y el ala izquierda de la socialdemocracia como su parte más peligrosa; y la ceguera no sólo frente al surgimiento sino también al triunfo de Hitler. Lograron un clima

³ Hasta ahora se han publicado tres volúmenes de la obra histórica de Spriano, que comprenden hasta 1941 (Turin 1967, 1969, 1970). Los archivos de la Comintern han estado, desafortunadamente cerrados, ya sea por razones políticas o por razones técnicas. A este respecto, hasta la muerte de Stalin parece que todavía no estaban clasificados ni siquiera toscamente, y según fuentes de información confiables, por lo que se tendrán hallazgos sorprendentes en ellos

de realidad durante los 18 meses posteriores a la ascendencia del nascismo al poder. La línea del PC (esto es, del Comintern), sólo cambió en julio de 1934. No ha sido fácil para un historiador comunista asentar el esfuerzo desesperado de los líderes italianos del partido que trataban una y otra vez de retener una chispa de realismo en sus análisis ("No podemos decir que en Italia la socialdemocracia sea la base principal de la burguesía") y que al día siguiente se veían obligados a hacer una rectificación pública. Y todo esto, diez años después de la Marcha sobre Roma.

Sin embargo, aun después de que la Comintern adoptó la línea de unidad antifascista, con el apoyo entusiasta de Togliatti que se unió a Dimitrov en la dirección de la Internacional, el PCI tampoco logró avanzar. Esto fue todavía más sorprendente porque la nueva línea era eminentemente sensata y diseñada para mejorar las posibilidades de los partidos comunistas, por lo que virtualmente todos lograron avances en este periodo. Desde luego también lo lograron los italianos, aunque de manera modesta. Sin embargo siguieron siendo, con mucho, la organización antifascista más activa y seria de las ilegales o emigrantes. En 1936 había en la emigración italiana a Francia entre 4 y 5 mil comunistas organizados, alrededor de 600 miembros del Partido Socialista, y 100 anarquistas. Empero, vale recordar que de acuerdo con la estimación del propio PCI había en Francia cerca de medio millón de trabajadores italianos en ese entonces, de los que la organización de masas más amplia del partido no comprendía más de 1,500.

El logro más genuino y difundido del partido, que fue su participación en la Guerra Civil de España, también demuestra su debilidad. Hubo comunistas italianos que ocuparon puestos de la más alta

responsabilidad en la que fue tal vez la última y más grande gesta de un verdadero movimiento comunista internacional, tales como Togliatti, Longo y Vidali. Las brigadas Garibaldi jugaron un papel notable y heroico no sólo en la defensa de España, sino, como lo señaló *Giustizia e Libertá* mucho antes que el propio PCI, en reconstruir la confianza de la izquierda italiana en sus propias fuerzas.⁴ Empero, el esfuerzo por movilizar la primera fuerza voluntaria italiana agotó la capacidad de la emigración antifascista. De los 3,354 italianos que participaron en las brigadas internacionales se conocen aproximadamente las fechas de llegada a España de 2,000 de ellos. Alrededor de 1,000 llegaron en la segunda mitad de 1936, 400 en la primera mitad de 1937 y 300 en la segunda, y menos de 300 en 1938. Incidentalmente, de los 2,600 cuyo lugar de embarque se puede establecer, 2,000 vinieron de Francia y sólo 223 directamente de Italia.⁵ Por cuanto a las bajas, que eran elevadas, simplemente no podían ser cubiertas a pesar de los esfuerzos del partido para aumentar el reclutamiento. Así, para noviembre de 1937 sólo el 20% de los activos de la Brigada Garibaldi eran italianos. En una palabra, la emigración antifascista se movilizó a sí misma y cuando se agotó no había nadie más a quien enviar.

Este es el trasfondo de otro fenómeno que no había sido suficientemente conoci-

⁴ El pasaje siguiente, escrito por Lussu en *Giustizia e Libertá* el 28 de agosto de 1936, merece reproducirse: "Nuestra necesidad de ir a España es mayor que la necesidad de la República por nosotros. El antifascismo italiano carece de gloria revolucionaria... Debemos reconocer que no sabemos combatir contra el fascismo. La pequeña vanguardia política de la emigración italiana debe sacrificarse en esta empresa. Cobrará experiencia en los campos de batalla. Formará su prestigio en ellos. Se convertirá en el núcleo que reunirá a su alrededor la parte principal de la vanguardia de mañana."

⁵ Spriano, op. cit., vol. 3, pp. 226-227.





Gavilanes
68
C.M.

do hasta que se publicó el trabajo de Spriano, o sea, la campaña constante de la Internacional contra el PCI a lo largo de los años treinta. Como éste es uno de los muchos otros aspectos oscuros de los años finales de la Comintern, por cuanto que la Internacional fue puesta bajo la supervisión directa del aparato de la policía secreta soviética y sus actividades fueron cada vez más nebulosas hasta que se atrofiaron totalmente. El propio Yezhov, encargado de las purgas, se integró al Comité Ejecutivo en su VII Congreso, y Trilisser-Moskvín, otro policía, fue nombrado secretario.⁶ Después de 1936 ya no es posible ni siquiera identificar los comités principales o sus miembros a partir de las fuentes públicas de información. La prominencia de Togliatti en la Internacional y de Longo en las Brigadas Internacionales han desviado la atención del hecho de que la crítica del Comintern fue siendo cada vez más severa. Esto culminó cuando el Comité Central del partido fue disuelto por Moscú en 1938, la ayuda financiera de la que dependía casi totalmente fue reducida en 1939, y se hablaba de reorganizaciones adicionales en la dirección hasta bien entrada la guerra.

Es indudable que las animosidades personales y las bizantinas intrigas cortesanas también influyeron, pero la causa principal de la insatisfacción de la Comintern era razonable: el fracaso total del PCI en establecer contactos efectivos, ya no avances reales, con Italia. Seguía siendo un grupo formado por algunos cientos de emigrados políticos totalmente dependientes del apoyo material de Moscú y de un gran número de presos en las cárceles de Mussolini o bajo residencia forzosa. En algunos aspectos, la situación en los primeros años de la guerra fueron aún más

⁶ G. Berti, "Problemi di storia del PCI e dell'Internazionale Comunista", *Riv. Stor. Italiana*, LXXXII, marzo 1970.

desastrosos que los de 1929-35, ya que en ese entonces había un cuerpo coherente de dirigentes, mientras que ahora la Guerra de España, la caída de Francia y otros eventos habían dispersado más aún este "centro externo".

Este fracaso no podía atribuirse a las "órdenes de Moscú" en un sentido literal, pese a lo plausible que pueda ser esta explicación para el periodo 1927-34 (aun cuando se subestima el apoyo genuino que recibía el ultrasectarismo dentro del PCI, especialmente entre los jóvenes dirigidos por Luigi Longo). Tampoco puede atribuirse este fracaso totalmente a errores del PCI, ya sean los propios o los derivados de la tendencia general entre los comunistas. Los comunistas italianos erraron al no ver el fascismo como un fenómeno general, y aun tendieron a considerarlo como un problema especial de un capitalismo particular y atrasado, cuando no eran forzados a hacer propia la fórmula oficial de Moscú. Y desde luego, a pesar de los intentos de Gramsci de analizar este problema, compartieron la dificultad de todos los comunistas para ajustarse a una situación radicalmente diferente a la de la crisis mundial revolucionaria en la que se habían formado. Sin embargo, las razones principales de la falla del PCI eran probablemente objetivas, y el Comintern las subestimó porque, a pesar de su larga experiencia en la ilegalidad, el fascismo no tenía un precedente real.

Los poderes de un Estado moderno que está dispuesto a suprimir la oposición por encima de la ley y de la Constitución son enormes. Además, los movimientos laborales de masas, que no pueden funcionar sin un grado de legalidad, son altamente vulnerables. El PCI había sido tomado por sorpresa. ¿De qué otra manera explicar que las redadas fascistas de finales de 1926 capturasen a un tercio de los miembros efectivos, incluyendo a su dirigente

Gramsci? Cuaquiera que sea la cobertura ideológica y propagandística, la esencia de la política fascista (y más tarde, de la nazi), hacia los movimientos laborales no era convertirlos sino pulverizarlos. Se trataba de disolver sus organizaciones, de eliminar a sus cuadros dirigentes, aun a los de nivel local, y debían ser reducidos, como Trotsky lo describió más tarde, "a un estado amorfo". Se trataba de eliminar "toda cristalización independiente del proletariado" (o de cualquier otra clase), sin consideraciones a la opinión de los trabajadores.

Pero, ¿qué podía hacer un movimiento ilegal una vez que la decapitación y pulverización se había efectuado? Podía mantener o restablecer el contacto con grupos leales, y tal vez, con buena suerte, formar otros nuevos. Pero esto fue cada vez más difícil de lograr. El Comintern tenía razón en presionar por el establecimiento de un "centro interno" de los partidos ilegales como base esencial para la actividad nacional efectiva, pero el simple intento de contactar a los miembros supervivientes, que estaban amenazados y bajo vigilancia, casi automáticamente conducía a la policía hacia los emisarios del "centro externo". Y en todo caso, ¿qué es lo que podía hacer la organización ilegal? Prácticamente todas las actividades de un movimiento laboral implican algún tipo de presencia pública, lo que precisamente era lo que no podían tener. En los márgenes de la sociedad moderna, o donde el Estado no impone o no puede establecer un control intenso, podían operar mejor. Tal es el caso del universo secreto y oral de las pequeñas villas y pueblos aislados, en comunidades cerradas donde los forasteros, incluyendo los agentes del Estado, pueden identificarse más fácilmente. Probablemente no es accidental que en tanto la organización se derrumbara en el norte industrial, el centro del partido ile-

gal a finales de los años veintes y principios de los treinta se trasladase al centro de Italia, que para entonces tenía el doble de los miembros conocidos que el norte.

Pero en tan corto plazo, ¿qué diferencia había? Cuando cayó el fascismo se conocieron numerosos casos conmovedores de individuos y grupos que estuvieron aislados del partido por largo tiempo que habían guardado cuidadosamente todas las cuotas correspondientes de los largos años del exilio interno del fascismo. Sabemos de militantes de la villa siciliana de Piani degli Albanesi cuyo orgullo era que ningún año dejaron de enviar, por lo menos, una representación el día del trabajo al sitio en las remotas montañas donde el noble Nicola Barbatò, fundador del movimiento socialista en la región, había hecho un histórico discurso en 1893, y donde el bandido Giuliano los habría de masacrar en 1947. Pero estos ejemplos, aunque conmovedores, demuestran solamente la eficacia de la política fascista de desligar al partido aun de sus más persistentes militantes y de bloquear las expresiones efectivas de su lealtad.

¿Qué podía hacer un movimiento ilegal bajo tales circunstancias? Para entonces el terrorismo individual, refugio de la oposición ilegal débil, era inaceptable a los marxistas, habiendo probado plenamente su ineficiencia en la Rusia zarista.⁷ Las formas de propaganda mediante la acción, tales como arrojar volantes desde aeroplanos sobre Milán, que prefería la liberal *Giustizia e Libertà*, tampoco parecía muy efectiva. En esa época la insurrección guerrillera del tipo maoísta o guevarista no estaba aún de moda. En todo caso, la experiencia de tal actividad en el siglo XIX de los seguidores de Mazzini y de los anar-

⁷ Debe resaltarse que los terroristas rusos eran, en la época de mayor efectividad, probablemente no más de 500 personas.

quistas, les parecía poco recomendable a los comunistas. Esperar pasivamente a que se diese un proceso de desintegración interna o algún tipo de crisis (ya fuese económico, o como sucedió, de carácter militar), que aportara las condiciones para poner a las masas en acción, era igualmente inaceptable. Además, los comunistas podían esperar tal crisis y equivocadamente pensar que la depresión económica o que la guerra de Abisinia podía provocarla, pero poco podían hacer para precipitarla. Lo único que se le ocurría a la Comintern era urgir al PCI a regresar a Italia y sumergirse entre las masas a toda costa, y tampoco había mucho más que el PCI podía pensar. Y este propósito parecía imposible.

Podemos ahora ver en retrospectiva que la base de su éxito posterior ya existía, o que estaba siendo construida. En primer lugar, la masa de antifascistas italianos permanecía irreconciliada, es decir, la base de masas del fascismo era más estrecha que la del nazismo. En segundo lugar, el derrumbe del anarquismo y la pasividad del Partido Socialista transfirió un núcleo sustancial de trabajadores que formaban, por lo menos, un soporte potencial al comunismo. En esta medida, la presencia persistente del partido y la propia actitud del fascismo hacia el comunismo, lo convirtió en el centro principal de la oposición antifascista.

El cambio de lealtades que sucedió en Italia no tuvo lugar de igual forma en Alemania, lo que se explica por la diferencia en la estructura del movimiento de izquierda en los dos países. No había en Italia esa fatal polarización del movimiento laboral entre partidos mutuamente hostiles y de diferente estructura. El movimiento "rojo" italiano de principios de los años veintes era un amplio espectro de tendencias y grupos superpuestos. Entre los reformistas unitarios en un extremo,

y comunistas y anarquistas en el otro, estaban los maximalistas cuyo deseo frustrado de afiliarse al Comintern, junto con los planes del PCI de unificarse con ellos, demuestra que tenían elementos en común. Al igual que fue más fácil para los comunistas y socialistas establecer un frente unido operativo en 1934, así fue más fácil para los antiguos socialistas convertirse en comunistas después del fascismo.

En tercer lugar, en algún momento durante los años treintas (entre 1935 y 1938), puede notarse que se reavivó cierta oposición dentro de Italia. Esto es más fácil de establecer en el caso de los jóvenes intelectuales que después se convirtieron en dirigentes del partido (Ingrao, Alicata) y en la base de la hegemonía comunista de la cultura italiana en la posguerra. España jugó sin duda un importante papel en la cristalización de la posición de los viejos antifascistas y en el refuerzo de la nueva generación. En todo caso, los activistas en las pequeñas e incommovibles células del partido parece que fueron principalmente jóvenes.⁸ El impacto inmediato de la Guerra Civil de España se atestigua tanto en las fuentes policíacas como por informantes antifascistas, y esto, significativamente, en un tiempo cuando la propaganda comunista de fuera no prestaba mayor atención a España.⁹ Mientras, *Giustizia e Libertá* se dio cuenta de inmediato de la gran significación de España, es un hecho curioso que hasta finales de septiembre de 1936, tal vez por deficiencias en la comunicación con la Internacional, pero de todas formas para su descrédito, prestó apenas atención al asunto.¹⁰ La victoria inicial de la república sobre el levantamiento militar inspiró no sólo a los viejos antifascistas sino, de acuerdo con un informante de la

⁸ Spriano, *op. cit.*, vol. 3, p. 194.

⁹ *Ibid.*, pp. 81-84.

¹⁰ *Ibid.*, p. 99.

policía de Milán, "aun a algunos sectores que parecían firmemente convertidos al fascismo". Esto demostró que el fascismo no era todopoderoso y, por lo tanto, como dice otro informante en Génova, daba esperanzas de "algún tipo de transformación política que más o menos rápidamente podría traer la capitulación del espíritu autoritario del fascismo".

Además, España no era el único factor. ¿En qué medida el antifascismo entre jóvenes intelectuales, como los estudiantes de Sicilia, Calabria o Sardeña, reunidos en la capital, se debía al deseo de escapar del pesado provincialismo de la cultura fascista hacia el amplio mundo intelectual, cuyas luminarias extranjeras apoyaban tan visiblemente al antifascismo? ¿O tal vez ese deseo se debía, a la incapacidad del fascismo italiano para establecer una hegemonía cultural y una base genuina de masas? El sentido de inferioridad internacional cultural era más intenso en Italia que en Alemania y el sentido de aislamiento cultural más opresivo. Cualesquiera que hayan sido las razones, a finales de los años treinta el antifascismo en Italia no lo sustentaba solamente la generación que había llegado a la madurez política antes de 1924 sino que había empezado a generar disidentes jóvenes.

Curiosamente el PCI parece que interpretó erróneamente la situación, tal vez debido a la sobrestimación de la fuerza popular del fascismo. Su política de 1935 en adelante consistió en establecer una amplia alianza, pero parece que persistentemente, y en línea con las fórmulas internacionales, pensaba en atraer a un sector supuestamente extenso de fascistas "sinceros", desilusionados por la traición del régimen a los ideales fascistas originales. Y sobre todo, se preocupaba por no herir susceptibilidades del nacionalismo italiano, que se había revelado como

fuerza poderosa durante la guerra de Abisinia.¹¹ Pero de hecho, como observaron tanto emigrantes antifascistas no comunistas como algunos de los nuevos fascistas internos, éste no era el problema principal. El efecto más importante del fascismo en Italia, observó el joven Eugenio Curiel, quien finalmente se unió a los comunistas tras mantener contactos con los socialistas y con *Giustizia e Libertá*, no fue el convertir a los italianos al fascismo sino crear: "escepticismo infinito... que mata toda posible fe en cualquier ideal, que desprecia el sacrificio de los individuos por la causa del bienestar de la comunidad. Esta es, en el fondo, la conquista más conspicua del fascismo y permanecerá como su legado más amargo."¹²

De hecho, el mismo escepticismo que aislaba a las pequeñas minorías de antifascistas militantes y que mantenía al núcleo más amplio de los inactivos en estado pasivo, habría de operar contra el régimen fascista cuando Mussolini llevó al pueblo de Italia, pese a su reluctancia y escaso entusiasmo, a sumergirse en la Segunda Guerra Mundial. La derrota habría de dar ocasión a los antifascistas de revivir la esperanza y el autorrespeto humano a través de la acción. Pero las masas que habrían de movilizar para entonces no consistían en fascistas "sinceros" y ni siquiera en los inevitables y numerosos desertores. Habrían de ser jóvenes y viejos antifascistas, y sobre todo de trabajadores ordinarios y campesinos, cuya

¹¹ Un ejemplo curioso: En 1939 el PCI designó uno de sus mejores cuadros, Ilio Barontini, a establecer la acción guerrillera en Etiopía en combinación con las fuerzas leales del emperador. Esta operación fue ejecutada con la usual eficiencia y heroísmo de los comunistas, y se sostuvo hasta mayo-junio de 1940. Esta acción se debe exclusivamente a la iniciativa del Partido, pero hasta la edición de la historia de Spriano (pp. 298-299), casi no se hizo ninguna referencia en las publicaciones oficiales de éste al hecho.

¹² Spriano, op. cit., vol. 3, p. 273.

conversión a la resistencia activa y militante habría de ser dramática.

Sin duda fue la oposición a la guerra lo que de nuevo le aportó al antifascismo sus bases de masas. No es significativo el que en julio de 1941 se hiciese un nuevo intento por restablecer un "centro interno", sino que tuviese éxito. A partir del otoño de 1941 empezó a funcionar el PCI como no había sido capaz de hacerlo desde la primavera de 1932, cuando la última cabeza de un "centro interno" efectivo fue arrestada en Milán. Para la primavera de 1943 se pudieron organizar huelgas de masas en el norte reclamando paz y pan. La invasión de Italia y el armisticio reforzó el nuevo movimiento de masas con la mayoría de los cuadros dirigentes comunistas que regresaban de la cárcel, del exilio o de la resistencia antifascista en otros países, o que emergían a la actuación abierta. Sus tres componentes, esto es, la vieja guardia de dirigentes del partido, los cuadros militares experimentados de la Guerra de España, y los jóvenes antifascistas de la cosecha de los años treinta, formaron en conjunto un núcleo de dirigentes sin comparación en ningún otro grupo antifascista. No sólo tomó este núcleo la iniciativa para formar las unidades de guerrilleros en el norte de Italia sino que también aportó la base principal. Probablemente más del 80% de los guerrilleros actuaban bajo una dirección comunista. Lograron movilizar no solamente un gran cuerpo de antifascistas inactivo hasta entonces, o de comunistas que habían dejado la lucha,¹³ sino grupos sustantivos de nuevos militantes de la clase obrera y de campesinos, como los famosos siete hermanos Cervi de Emilia, hijos de

¹³ Sin embargo, algunos dirigentes guerrilleros eran hombres de izquierda con excepciones, como la de Arrigo Boldrini, oficial del ejército, quien parece que no tuvo contacto alguno con el Partido antes del verano de 1943.

un próspero y moderno agricultor católico. Los resultados fueron dramáticos. Es probable que en 1940 el PCI tuviese menos de 3,000 miembros, además de que la mayoría estaba dispersa por el mundo o en la cárcel. Para el invierno de 1944-45 tenía 400,000 miembros y crecía rápidamente. Había llegado a ser el principal partido de izquierda, posición que ya no ha perdido.

¿Podría haber sucedido así si no fuese por la guerra? La pregunta, ¿que hubiese sucedido si...?, es una cuestión que nunca se puede responder con certeza ni con un alto grado de probabilidad. Lo cierto es que el fascismo italiano era una estructura política más frágil que el nacional socialismo alemán, que la economía italiana era más atrasada y vulnerable que la alemana, y que los italianos eran más pobres y estaban más descontentos. Es muy posible que se hubiese empezado a destruir por dentro, como sucedió con el régimen de Franco en España desde mediados de los años cincuenta, después de mantener un control más o menos estable por quince años. Es seguro que la debilidad del movimiento antifascista organizado que había dentro de Italia era desproporcionada en comparación con la fortaleza del antifascismo potencial, tanto del antiguo como del nuevo. También es probable que el PCI nunca haya perdido su conexión orgánica con el movimiento popular organizado, ya fuese el de los trabajadores industriales sindicalizados o el de los campesinos "rojos", de los que en gran medida carecía el Partido Comunista Alemán. Bajo estas circunstancias, gracias a su actividad ilegal constante y heroica probablemente hubiese cobrado de todas formas gran fuerza después del fascismo. También es seguro que disponía de un núcleo coherente de dirigentes de notable calidad, quienes lograron evitar los peores efectos de las escisiones internas y de las

purgas que fueron tan nefastas sobre la dirección del Partido Comunista Alemán. Pero más allá de estas consideraciones, todo es especulación ociosa. La historia es lo que sucedió, no lo que podría haber sucedido. Lo que pasó es que Mussolini

creó las condiciones que permitieron al Partido Comunista conquistar la dirección de un movimiento masivo de liberación nacional, al menos en el norte y centro de Italia, y salir de ello como el partido de izquierda más poderoso del país.

Y si los campesinos se extinguen...

(Reflexiones sobre la coyuntura política de 1976 en México)

Roger Bartra

La imaginaria política de la independencia del Estado y el "misterio" de la sucesión presidencial.

Para que un sistema de explotación de la mayoría por la minoría pueda reproducirse se requiere —entre otras cosas— la presencia en la sociedad de ciertos fluidos enigmáticos convocados por el aquelarre burocrático de los políticos dominantes: flujos ideológicos que se cuelan hasta en los más íntimos poros de la vida cotidiana con el fin de transformar, para decirlo como metáfora pitagórica, el misterio del número en la realidad del drama. En los países que han alcanzado una democracia burguesa moderna las matemáticas electorales y parlamentarias parecen crear la tragedia política. Otros países que, como en México, viven fuera del mundo pitagórico de la aritmética política occidental tienen formas diversas y originales de alimentar el misterio sobre el que se levanta el edificio de la política. En México el democrático y griego número de votos, gestor de la vida política, ha sido sustituido por una leyenda de corte más bien medieval: es el *tapado* que como nuevo *golem* espera que se le introduzca en la boca la adecuada combinación cabalística de las letras del nombre de Dios para

tomar vida propia e independiente durante seis años exactos; como el *golem* de la vieja tradición judía, el tapado mexicano también destruye a su procreador: pero encuentra su fin en las palabras talmúdicas de "no reelección".

Nadie sabe cómo es elegido el presidente en México; todas las especulaciones de politólogos, periodistas, historiadores y aspirantes a políticos llegan a la misma conclusión banal: el presidente que sale nombra a su sucesor impulsado por una mezcla incomprensible y azarosa de presiones, simpatías, traiciones y compadrazgos. Todos suponen que existe un grupo más o menos reducido de políticos selectos, ubicados en la cumbre del aparato, que participa del "secreto" de la sucesión; pero desde hace 30 ó 40 años todos los "iniciados" han guardado silencio sobre los mecanismos ocultos y se han llevado celosamente su secreto a la tumba. Cada seis años, no obstante, la "opinión pública" se quiebra la cabeza y es mantenida en ascuas ante el misterio de la sucesión presidencial.

Sin embargo, no cabe ninguna duda de que dentro de algún tiempo, digamos a mediados del siglo XXI, los historiadores dirigirán una desapasionada mirada de tedio a la larga sucesión de sucesiones pre-

sidenciales que ojalá no caracterice a toda la historia política de los últimos dos tercios del siglo XX. Tendrán la misma sabia actitud del obrero y del campesino de hoy, que no acaban de entender que una aburrida y burocrática selección de candidato pueda convertirse milagrosamente, para la inteligencia burguesa y pequeñoburguesa, en un emocionante misterio político. Por eso, el primer domingo de julio de cada final de sexenio ha sido para muchos mexicanos un día como cualquier otro, en el que las urnas se llenan de votos como de palabras vacías los discursos que los políticos pronuncian los otros días de cada año de cada sexenio. Es cierto que a veces el aburrido ritual se presenta bañado en sangre; pero ello no afecta el ceremonial esencialmente burocrático de las sucesiones presidenciales. A fin de cuentas, la lucha interna por lograr la presidencia de la república no se diferencia por su forma de los oscuros pleitos que se desencadenan entre oficinistas por alcanzar la jefatura de una húmeda y mohosa oficina subalterna de recaudación de impuestos. No deja de ser inquietante que durante decenios se decida de manera tan baja el puesto político más alto de la nación; y sin embargo, no es posible dejar de reconocer que este mecanismo político forma parte de la maquinaria estatal burguesa posiblemente más perfeccionada de América Latina.

Es justamente este carácter tan avanzado y sofisticado del Estado mexicano el que permite explicar cómo la banalidad en la forma de sucesión presidencial se ha convertido en el misterio principal que la ciencia política en México procura inútilmente develar. Sólo un Estado profundamente burgués, en un país donde la clase capitalista moderna ha tomado el poder por la vía revolucionaria, puede lograr imponer, de manera tan radical y duradera, el conjunto de mitos históricos

y desviaciones ideológicas que en México justifican y apuntalan la hegemonía burguesa. Al mismo tiempo, el mecanismo despótico y enigmático de elección del presidente se forjó en un país agrario y en consecuencia el campesinado constituyó una pieza fundamental del sistema; es probable, incluso, que sean los campesinos los poseedores de la clave del misterio.

El misterio de la sucesión presidencial se reduce, en realidad, al siguiente planteamiento: en México hay un Estado tan autónomo de las luchas de clases, tan bonapartista, tan excepcional, tan revolucionario, tan nacional, tan por encima de la sociedad y tan arbitral que es capaz de autorreproducirse y autoalimentarse sin necesidad de intervención de las fuerzas sociales. El Estado se supone que es el gestor determinante de la sociedad, es quien da vida a las clases sociales y quien ordena y decide la forma del desarrollo económico. ¿A quién —bajo estas condiciones— puede ocurrírsele que el Estado no es más que una superestructura cuyas características dependen finalmente de las condiciones económicas en que vive la sociedad? Esta idea, aunada a una praxis correspondiente, sólo puede ser una tesis proletaria que recoja la tradición marxista de pensamiento. Vale la pena reproducir una frase escrita por Marx muy pocos años antes de morir, y que es poco conocida: "la aparente suprema existencia independiente del Estado es en sí misma sólo una apariencia y... es en todas sus formas una excrecencia de la sociedad; así como su aparición misma surge solamente en una cierta etapa del desarrollo social, desaparece de nuevo tan pronto la sociedad llega a una etapa aún no alcanzada."¹

¹ "Marx Excerpts from Henry Summer Maine. Lectures on the Early History of Institutions" en: *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*, International Institute voor sociale Geschiedenis, Amsterdam, 1974, p. 329.

Es interesante proponer aquí un proyecto alternativo de misterio: ¿qué condiciones provocarán la desaparición del llamado "sistema político mexicano"? ¿Qué tipo de crisis terminará con el ceremonial burocrático de las sucesiones presidenciales? Estas preguntas cancelan el postulado de un Estado enfermizamente autónomo, *Deus ex machina* de la dinámica social; estos interrogantes nos enfrentan bruscamente a lo que en el fondo casi todos sabemos: que carece de importancia histórica la personalidad sexenal del elegido por el PRI para gobernar al país, que el misterio de la sucesión presidencial no es más que el vapor adormecedor de una ideología política destinada a ocultar el hecho histórico *fundamental*: la burguesía tiene el poder en México, para decirlo de una manera escueta que es como a veces hace falta decir las cosas en países donde las vestiduras imaginarias se acumulan farragosamente sobre el cuerpo del rey desnudo. Por cierto que en nuestra historia los campesinos ocupan el lugar del niño que en el cuento descubre la desnudez del rey; la diferencia consiste en que aquí los campesinos pagan con la vida su descubrimiento. Pero antes de seguir con nuestra historia, demos un vistazo a lo que ocultan las vestiduras del rey.

La triple dominación invisible de la oligarquía, los nuevos ricos y la tecnocracia.

Primera. Nadie habrá dejado de reconocer la presencia en México de una tendencia política represiva, autoritaria y despótica; muchos, además, la han sufrido en carne propia. ¿Su existencia es debida sólo al mal humor que se despierta en algunos políticos ante la insurgencia de brotes de oposición? ¿O a la presencia de grupos de presión con ansias fascistas? Por el contrario, es posible ubicar las raíces

de esta tendencia —por cierto la más poderosa pero no totalmente hegemónica— en una fracción de la burguesía que goza de la doble peculiaridad de tener una vieja tradición y de formar parte estructural de la oligarquía financiera. Se trata de una burguesía que nació en el siglo pasado, que tiene su propia historia, su pecado original porfirista y que ha, por lo tanto, conocido diferentes formas de Estado. Es entre otras por esta razón que no se identifica *plenamente* con el Estado "revolucionario" forjado por Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas y que mantiene cierta autonomía frente al gobierno. Justamente es esta relativa independencia la que le permite ejercer un peso decisivo en el aparato político sin que haya logrado, no obstante, una completa hegemonía política. Esta fracción burguesa ha cristalizado en una facción política bastante bien identificada que opera en forma unitaria: las burguesías regionales de Monterrey, Guadalajara, Puebla y Saltillo, son su expresión más evidente y la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX) su instrumento político (no económico) más afilado. Se trata de una fracción burguesa que se ha orientado preferentemente al impulso de grandes empresas de fabricación de bienes intermedios y de capital en estrecha asociación con el capital extranjero; incluye también a la gran burguesía comercial, a los productores de cerveza, a parte de la burguesía agraria y a los grandes ganaderos. De aquí que no vea con buenos ojos la "excesiva" intervención estatal en la economía, que se oponga a una política fiscal que agilice los mecanismos monopólicos estatales y grave a las capas de altos ingresos. La "solución" para esta fracción se encamina a canalizar la acción del Estado hacia el incremento de las exportaciones (de materias primas, de productos maquilados, de manufacturas de las gran-

des empresas transnacionales que tienen un mercado asegurado). El Estado debe, además, a los ojos de esta burguesía, encargarse de las grandes obras de infraestructura (presas, comunicaciones) para abrirle paso al capital privado. Desde el punto de vista de un político moderno y refinado esta posición aparece como el apetito bárbaro de la burguesía por acumular capital por las vías más rápidas, con la ayuda del sistema imperialista; aparece como el interés brutal y descarnado por la ganancia, que quiere para sí los dividendos y deja al Estado las tareas sucias, desprovisto de una cierta sensibilidad moderna que pueda contener y encauzar de manera global y con los menos conflictos posibles el desarrollo del capitalismo en México. La vocación de hegemonía que sin duda tiene esta fracción burguesa encarna de manera tosca en la imagen del burgués ultrarreaccionario y antidemocrático. Sus esfuerzos hacia el logro de la hegemonía son cada día más patentes y amenazadores: ha logrado crear su propio sistema sindical (la Federación de Sindicatos Independientes) que en Monterrey —por ejemplo—, agrupa a más del 70% del proletariado industrial; tiene casi totalmente en sus manos uno de los medios de difusión más importante, la televisión, y varios periódicos de gran tiraje; no hace mucho tiempo intentó comprar una cadena de más de 30 periódicos (los "Soles" de Valseca), lo cual fue frustrado por el Estado (que adquirió la cadena); su hábil trabajo de infiltración y control en la Secretaría de Hacienda, que es uno de sus canales de presión más importantes, se encuentra muy avanzado (es sabido que mediante el obsequio de paquetes de acciones a altos funcionarios logra algo más que simplemente comprarlos: aburguesa a la burocracia). Su cercanía a dos sectores extraordinariamente sensibles de la economía mexicana —la

exportación y el turismo— les coloca en una posición favorable para influir de manera fuerte y a veces determinante en el curso de la política económica del Estado; recientemente esta fracción dio un paso importante en el terreno político: la creación del Consejo Coordinador Empresarial bajo la presidencia de un sagaz teórico y político de la burguesía: el cervecero Sánchez Navarro.

Las fracciones políticas de una clase no coinciden siempre con los estratos económicos en que se divide; es el caso de esta fracción burguesa a que se hace referencia. Esta es probablemente la causa del carácter tosco, brutal e inacabado de las posiciones políticas que postula esta fracción, que no plantean un proyecto o modelo refinado de los intereses *generales* de toda la burguesía. En efecto, esta es una fracción de la *oligarquía monopólica*, pero en ella está ausente un grupo económico clave cuya presencia aquí redondearía los perfiles de un estrato económico completo y permitiría a la oligarquía financiera en su conjunto presentarse con más unidad política. El grupo económico ausente al que se hace referencia es el de los grandes banqueros, que manejan el verdadero sistema nervioso de la economía monopólica y que desde hace años sostienen una posición muy cercana al Estado, mantienen vínculos muy estrechos con el poder ejecutivo y con el sector público de la economía. Este peculiar desprendimiento y la singular ubicación de los grandes banqueros (a la cabeza de los cuales figura el grupo Banamex de Legorreta) significan una barrera de contención a la hegemonía de la oligarquía monopólica; pero, al mismo tiempo, los grandes banqueros se han convertido en los representantes y mejores abogados de la malhumorada burguesía nortea en el interior del bloque hegemónico.

Segunda. ¿Por qué no ha de sentirse

profundamente "revolucionaria" la parte de la burguesía que ha ido surgiendo gracias al apoyo del Estado "revolucionario"? En la existencia ya sólidamente establecida de esta fracción de la burguesía encuentra una base segura y una cierta protección la corriente política que se permite algunas veleidades populistas, que se cree enormemente nacionalista, que se ha ligado con frecuencia a los mecanismos mediadores del aparato político y que apoya diversas formas de intervencionismo estatal en la economía. En la cristalización de esta fracción política también se entrecruzan los elementos históricos y las peculiaridades económicas. Este es un grupo de "nuevos ricos" que creció a la sombra del proteccionismo estatal, de la política de sustitución de importaciones, de las exenciones de impuestos acordadas por el gobierno, y de los subsidios indirectos que reciben (*v.gr.* tarifas especiales de consumo de electricidad). A pesar de que ésta es la fracción burguesa más ligada al poder central, es la menos independiente y la que presenta un perfil político más borroso: se deja representar cómodamente por la burocracia política, la cual al mismo tiempo contribuye permanentemente a engrosar las filas de esta fracción al propiciar las formas de acumulación de capital entre los altos funcionarios. Si bien esta fracción política no es dominante por sí misma, una parte de la burocracia política ejerce la hegemonía en su nombre y en su beneficio. Esta nueva burguesía también tiene un asiento geográfico propio: el Distrito Federal y el estado de México (zona industrial de la ciudad de México y su periferia).

Desde el punto de vista del Estado y de su burocracia política, esta fracción de la burguesía ha resultado ser la más "manipulable" y la que se adapta con mayor facilidad a los modelos de desarrollo económico propuestos por el Estado. Sin em-

bargo, en últimas fechas esta fracción ha propiciado diversas corrientes, desde neocardenistas hasta demócratacristianas, que se resisten a las formas despóticas y represivas y buscan nuevas alternativas de "apertura" a la situación política menos unificada y menos coherente que su hermana la burguesía norteña, pero paradójicamente, junto con los banqueros, está más cerca del poder de decisión. Sus posiciones "neocardenistas" se manifiestan especialmente en materia agraria, donde impulsan reformas que buscan eliminar los obstáculos que la concentración de la propiedad privada de la tierra presenta a la concentración y circulación del capital; medidas tales como los ejidos colectivos (y eficientes), la Ley de Aguas que limita la posesión de tierra a 20 has, etc. son medidas que son bien vistas, o al menos no entorpecidas, por esta fracción.

En el interior de este grupo han surgido algunos débiles brotes políticos que demandan una cierta democratización del sistema. Es el caso de los empresarios que insinúan tímidamente sus deseos de que en México funcione un sistema menos represivo y más parlamentario.

Hoy en día esta fracción alberga ya a una porción importante de la gran burguesía que se orienta hacia la producción de bienes de consumo directo (como efecto del proceso de sustitución de importaciones de este tipo de bienes), pero también contiene a capas de empresarios medios que buscan insistentemente toda clase de medidas protectoras del Estado para acrecentar su riqueza. Durante muchos años la CANACINTRA (Cámara Nacional de la Industria de la Transformación) logró canalizar los intereses de esta fracción de la burguesía protegida y "revolucionaria"; sin embargo, la CANACINTRA nunca logró ser plenamente un órgano de expresión de sus intereses y

siempre fue más una forma de control gubernamental.

Tercera. La enorme y abigarrada burocracia política que controla directamente el aparato estatal contiene en su seno una gran diversidad de grupos y facciones políticas. Pero a medida que ha ido fortaleciéndose el capitalismo monopólico de Estado, se ha desarrollado una tecnocracia moderna que representa y constituye una fracción aún más nueva de la burguesía ligada al capitalismo de Estado. Estos intereses se encuentran aún muy sumergidos en y teñidos por las viejas formas de atraso paternalista que han caracterizado en buena medida a la política económica del Estado. No obstante, hoy en día el conjunto de intereses ligados a las grandes obras de infraestructura, al petróleo, la electricidad, el acero, a la construcción urbana, a la producción ejidal, a la comercialización y financiamiento estatales, etc., constituyen un conglomerado de actividades económicas con un marcado carácter propio. Planificación, organización y eficiencia son los conceptos que orientan a la alta tecnocracia estatal en su lucha por controlar los mecanismos claves del desarrollo económico.

La hegemonía política en el interior del Estado mexicano, hoy en día, se encuentra en manos de una triple alianza entre esta tecnocracia de Estado, los grandes banqueros y la nueva burguesía "revolucionaria". Este bloque de poder, que está rodeado y protegido por infinidad de grupos y fracciones de muy diversa índole, representa al conjunto de los intereses de la burguesía; este bloque no gozaría de una relativa estabilidad si no se hubiese logrado un acuerdo político con la fracción con vocación más oligárquica de la burguesía, en virtud del cual el bloque hegemónico mantiene directamente las riendas del poder pero le permite una

constante e importante ingerencia en los procesos de toma de decisiones.

La descomposición del campesinado y la crisis política.

Durante el sexenio presidido por Luis Echeverría la triple alianza se ha tornado visible en forma de la incierta y desconcertante "apertura democrática"; con este término se ha querido señalar la manera en que los gobernantes han decidido abrir las ventanas para que el pueblo pueda admirar desde lejos el espectáculo de una democracia prometida pero no ejercida, y para que entren aires perfumados que hagan olvidar, entre otras cosas, la masacre de Tlatelolco en 1968. Pero las mieles de la "apertura democrática" sólo han venido a demostrar que el país se está adentrando en una profunda crisis política.

En realidad, la política de apertura ha tenido por base un pequeño reacomodo del bloque dominante; un mayor acercamiento entre algunos de los intereses de la que he denominado nueva burguesía y el modelo político de la tecnocracia estatal, en aras de un intento algo maltrecho y frustrado por controlar las ambiciones de la oligarquía; el objetivo político más importante de este intento fue justamente el de frenar la paulatina destrucción de los tradicionales mecanismos mediadores que permitieron durante mucho tiempo una gran estabilidad al país. Esta degeneración de la legitimidad del Estado es a la vez causa y efecto de las fisuras y grietas que han aparecido en el bloque hegemónico; la erosión de las estructuras de mediación y legitimación del poder burgués no sólo significa la caducidad de ciertas instituciones (CNC, CTM, Secretaría de la Reforma Agraria, etc.), sino que —por lo que se refiera a la agricultura—, implica el dramático proceso de liquidación de una clase social que hasta hace

pocos lustros era la más numerosa y la depositaria de los mitos más caros de la revolución mexicana: el campesinado.

El campesinado mexicano, tal como lo conocemos hoy en día, es en cierta manera una invención de la burguesía, que lo engendró a su imagen y semejanza. La fracción burguesa que consolidó su poder a raíz de la revolución mexicana, después de ahogar en sangre al campesinado revolucionario, inició un proceso de reformas indispensables para abrir libre cauce a las relaciones de producción capitalistas. De esta forma, fruto del miedo, de la astucia y de los sueños pequeñoburgueses socializantes de las clases dominantes —pero también fruto de la lucha popular— nació el campesinado mexicano. En diferentes jalones de la historia, el campesino mexicano fue adquiriendo su carácter actual; Obregón y Calles lo imaginaron como un *farmer* norteamericano; Cárdenas lo consolidó como minifundista atrapado en el mercado capitalista, con algunos toques colectivistas pero uncido al aparato estatal; muchos años después el “agrarismo” de López Mateos generalizó la imagen de un semiproletariado dotado de un trozo de tierra árida o montañosa. Cada gobierno puso su peculiar contribución al proceso de modelar al campesino mexicano. Así pues, resultado de intrigas y alianzas que en su momento expresaron la correlación de fuerzas políticas, sin que jamás los campesinos tuvieran efectiva intervención, fue surgiendo a retazos la masa heterogénea que denominamos ejidatarios, minifundistas, comuneros, etc. Los campesinos mexicanos no son la reminiscencia de un oscuro pasado, sino el subproducto del crecimiento del capitalismo moderno (aunque subdesarrollado, valga la paradoja).

El campesinado mexicano fue ubicado por la lógica capitalista como el polo de atracción intermedio entre las dos clases

antagónicas fundamentales: el proletariado y la burguesía. Su papel había de ser tanto político como económico: factor de equilibrio en los conflictos de clases y elemento de fijación de una fuerza de trabajo que la economía del país no podía emplear en la industria o en los servicios. He aquí la paradoja de nuestro subdesarrollo: el capital ha requerido en México, para crecer, de un tipo histórico de producción —la pequeña economía parcelaria campesina— que está llamado a desaparecer en la sociedad moderna. Como toda paradoja, se trata de una contradicción de la realidad misma; la contradicción consiste en que las relaciones de producción capitalistas requieren y al mismo tiempo destruyen al campesinado parcelario. Pero esta contradicción se expresa de forma diferente en cada coyuntura política; por ejemplo, durante la época de Cárdenas prevaleció la necesidad de crear una economía campesina, aún a costa de sacrificar algunos intereses de la burguesía rural.

Hoy en día la situación es diferente, y esta contradicción se encuentra matizada por la presencia de elementos nuevos: la avanzada descomposición y proletarización del campesinado, y la presencia importante y decisiva del capital monopólico (privado y estatal) en la agricultura. Estas nuevas condiciones (aunadas a la crisis agrícola) han señalado la necesidad de reorganizar al sector reformado (ejidal) de la agricultura. Las posibilidades de reorganización oscilan entre dos alternativas extremas:

a) Permitir la libre circulación y concentración de capital en el sector ejidal; es decir, el fomento abierto de una burguesía agraria en tierras ejidales y la consiguiente expulsión y pauperización de miles de ejidatarios (vía del monopolismo privado).

b) Dirigir la concentración de capital

en forma controlada y financiada por el Estado, bajo la forma de ejidos colectivos, cooperativas y empresas estatales descentralizadas (vía del monopolismo estatal).

Los indicios permiten suponer que durante los últimos cuatro o cinco años ha habido varias escaramuzas entre las diferentes fracciones de la clase dominante para hacer prevalecer una u otra alternativa. Por un lado la nueva Ley de Reforma Agraria permite embozadamente el arrendamiento de tierras ejidales, y no se observa ningún esfuerzo oficial serio por restringir el proceso de concentración de tierra que la renta de parcelas ejidales implica; pero por otro lado la administración actual ha puesto cierto empeño en la organización de ejidos colectivos y cooperativas, empeño que si bien ha ido un poco más allá de la tradicional demagogia, no ha logrado cimentar un sector importante y eficiente de agricultura colectiva. La nueva Ley de Aguas, que legalmente podría impedir la concentración de tierra en los nuevos distritos de riego, tampoco ha sido utilizada por el gobierno. Diríase que se ha creado un equilibrio crítico entre ambas alternativas extremas; es evidente que la disyuntiva no se resolverá durante el sexenio de Luis Echeverría y el futuro presidente ha sido seriamente advertido por una virulenta huelga agrícola patronal en Sinaloa y Sonora, ocurrida recientemente, de que la burguesía rural no está dispuesta a retroceder. El resultado concreto de este paro patronal ha sido muy significativo: el gobierno se ha visto obligado a dar cabida y representación a los empresarios agrícolas en una comisión tripartita del más alto nivel que decidirá sobre asuntos agrarios de la mayor importancia; es muy significativa, por cierto, la ausencia en esta comisión tripartita de representantes de los obreros agrícolas.

Cualquiera que sea la forma que adop-

te el proceso de concentración y acumulación de capital en la agricultura, no cabe duda que se acerca a su fin la época en que la economía campesina parcelaria pueda tener un papel clave en el equilibrio político y económico de la estructura agraria mexicana. Para las clases dominantes el problema consiste en deshacerse del campesinado parcelario sin provocar un caos político y al mismo tiempo encontrar un camino de desarrollo capitalista alternativo. Para las clases explotadas el problema consiste en dirigir el proceso de disolución del campesinado, no hacia un intento por recobrar su estatuto primitivo, sino hacia la consolidación de formas de lucha proletarias enfiladas a combatir las formas capitalistas más modernas de explotación. El proceso será largo y difícil, pues de un lado y otro de la línea de fuego aún quedan rastros del romanticismo populista que no quiere ver desaparecer al viejo campesinado.

¿Qué carácter tiene la crisis que vive la agricultura mexicana? De acuerdo con algunos esperanzados teóricos populistas, se trata de una crisis estructural de la vía capitalista o neolatifundista que abre paso a la revitalización de la pequeña economía campesina. En realidad, la confluencia de dos tipos diferentes de crisis ha confundido mucho el panorama; por un lado, la gran crisis mundial que se inicia abiertamente en 1974 (de la cual la crisis agrícola mundial previa era ya un signo anunciador), se hace sentir en México especialmente en la enorme contracción de las exportaciones de productos agrícolas y de la producción de insumos industriales, y —desde luego— afecta principalmente a las empresas agrícolas capitalistas. Pero por otro lado avanza inexorablemente (desde principios de los años 60) la crisis de la economía campesina, cuyos altos costos resisten cada vez menos los precios de mercado importan-

tes. La simultaneidad de ambas crisis durante los años 1974-75 ha sido verdaderamente catastrófica para la agricultura mexicana. La inflación ha tenido un efecto terriblemente desorganizador para la pequeña economía campesina: por una parte, este tipo de economía no responde automáticamente y positivamente (aumentando la producción) a las alzas de los precios de los productos agrícolas; por otro lado, el alza en el costo de la vida ocasiona simultánea y contradictoriamente un impulso por elevar la producción y por buscar más fuentes de trabajo asalariado fuera de la unidad agrícola familiar.

Hay que advertir que ambas crisis no sólo han sido devastadoras para el pequeño campesino, sino que también han afectado profundamente al sector más atrasado e ineficiente de la burguesía rural, que se sostiene gracias a la renta de la tierra y a la superexplotación de la mano de obra; este sector tiene los vicios económicos combinados del campesino (ineficiencia) y del burgués (rapiña), pero no reúne las cualidades de esfuerzo en el trabajo del primero ni de eficiencia del segundo. De esta manera, la agricultura mexicana está atravesando por una etapa de depuración; a pesar de que en términos generales la burguesía agraria ha tenido dificultades —que ha transferido en buena parte al campesino y al obrero agrícola— durante el próximo período de recuperación de la crisis cíclica el sector moderno de la clase dominante en el campo se encontrará fortalecido y con el camino más despejado. Más despejado y depurado desde el punto de vista *económico*, pues la alternativa monopólica aparecerá con más pureza, pero no será lo mismo desde el punto de vista *político*. Desde el punto de vista económico la crisis es el entrecruzamiento de una crisis de sobreproducción (encadenada a la situación mundial) y una crisis de la economía ineficiente

tradicional; la solución más sencilla parecería ser la salida monopólica (bajo dirección privada y estatal). Pero esta solución está erizada de problemas políticos, pues implica forzosamente la liquidación de gran parte del campesinado parcelario. Y sin embargo, no parece haber otra alternativa, a menos que se piense en el cambio global del sistema.

Quiero adelantarme a una posible crítica a lo dicho aquí, pues con anterioridad no han faltado teóricos del PRI que han pretendido interpretar nuestras tesis de una manera particularmente chusca: imaginan que la interpretación marxista propone que se promueva la organización capitalista de la agricultura con el fin de que la proletarización traiga consigo un nuevo modo de producción, el socialista (y nos acusan de coincidir con la burguesía en este interés por promover el capitalismo). Hasta el marxista más dogmático y esquemático contemplaría con repugnancia una tesis de esta naturaleza. Para empezar, los marxistas no “proponen” formas de desarrollo capitalista y, por otra parte, en México nadie los ha llamado a proponer nada al respecto (no hay que confundir a los marxistas con algunos intelectuales del IEPES del PRI que se hacen la ilusión de que alguien va a hacer caso a lo que proponen). Los marxistas, a partir de una praxis, simplemente constatan y analizan el proceso de acumulación capitalista, y cuando proponen algo lo hacen con una fuerza social y política que busca *derrumbar* al régimen capitalista. Todo marxista sabe que no hay recetas para ubicar el momento revolucionario; nuestros críticos pretenden poner en nuestros labios la idea absurda según la cual conforme haya más capitalismo, habrá más contradicciones sociales y, por lo tanto, más posibilidades revolucionarias; a nuestros críticos les horroriza la violencia del proceso de ruina del campesinado y, en un arranque de ro-

manticismo, no saben "proponer" otra cosa que medidas de protección, que a fin de cuentas protegen más al explotador que al explotado. Los marxistas, en cambio, se dan cuenta del renacimiento del campesino en la figura del obrero, se inscriben en ese proceso y procuran examinar sus consecuencias políticas con el fin de enriquecer la práctica revolucionaria.

Los seis años de "apertura" han demostrado la incapacidad de una alternativa "populista" autónoma de corte neocardeñista, que a nombre de la burguesía "revolucionaria" en alianza con la tecnocracia pueda implementar un modelo que favorezca el desarrollo del capitalismo en el campo y que *al mismo tiempo* impida la proletarianización y pauperización del campesinado. Por el contrario, la aplicación del modelo echeverrista ha demostrado que:

a) La colectivización del ejido llega rápidamente a una encrucijada: o bien se crea un sistema corrupto y paternalista (como los ejidos henequeneros de Yucatán) o bien se generan empresas eficientes que aceleran la proletarianización del campesino y la migración hacia las ciudades (Sinaloa).

b) Las empresas capitalistas con participación ejidal, sean cooperativas o no, crean una polarización y un enfrentamiento entre una minoría de campesinos en proceso de "kulakización" y una mayoría de jornaleros agrícolas.

c) Amplios sectores de la burguesía agraria se oponen violentamente a la colectivización del ejido y no han permitido ser desplazados de los distritos de riego en donde arriendan tierras ejidales en gran escala.

d) El proyecto de nuevas reformas en el campo no ha servido para reconstituir la maltrecha estructura de mediación y legitimación (CNC/PRI/Secretaría de Reforma Agraria, etc.). Por el contrario, la

lucha campesina independiente y casi siempre espontánea se agudizó (invasiones de tierras, guerrillas), se hicieron importantes concesiones a la burguesía (la comisión tripartita), la burocracia "agraria" perdió poder de presión dentro del Estado y tuvo que recurrir a la absorción de grupos populistas corruptos (CAM de Serrano, CCI de Garzón, UGOCEM) para recuperar un poco la imagen perdida (Pacto de Ocampo).

Vale la pena destacar algunos aspectos de los dos últimos puntos enumerados. En primer lugar, el descontento de la burguesía agraria (expresado tanto en el paro patronal como en el asesinato de campesinos) forma parte de la inconformidad de la fracción oligárquica de la burguesía; aunque toleró a regañadientes el aperturismo de Echeverría (estaba demasiado ocupada en salvaguardar sus intereses económicos de los efectos de la crisis), durante el proceso de sucesión presidencial en 1975-76 cobró caro al gobierno sus veleidades democráticas: aceleró directamente una crisis interna del único partido de oposición oficializada verdaderamente importante (de derecha); de esta manera el PAN no logró elegir candidato a la presidencia y al candidato del PRI-gobierno no le quedó más remedio que hacer una ridícula campaña electoral sin opositores legales. Esta situación anómala para un Estado que se pretende democrático significa *un serio golpe a las tendencias que apuntaban a la relativa independencia de la tecnocracia y burocracia políticas*. En efecto, el futuro presidente y su equipo —por llegar al poder en circunstancias tan desfavorables e ilegítimas—, encontrarán estrechadas las proverbialmente muy amplias posibilidades de maniobra del poder ejecutivo.

En segundo lugar, la alta burocracia política ha perdido también independencia debido al hecho de que ya no se encuentra

cómodamente instalada en la cúspide de una pirámide de mediaciones que tiene por base al caciquismo. La modernización del capitalismo agrario y la ruina de la típica base social del caciquismo —las comunidades campesinas— han provocado la necesidad de sustituir a los caciques, los cuales —por lo demás— en su mayor parte ya no ejercen adecuadamente sus tradicionales funciones mediadoras y han degenerado en déspotas locales y regionales. Pero la administración formal —municipal y estatal— no siempre se encuentra en condiciones de tomar el relevo y asegurar sin desequilibrios el *statu quo*. De esta manera, la facción política que quijotesicamente combatió contra los entuertos de los caciques, durante la lucha perdió a su Sancho Panza; es decir, perdió a buena parte del campesinado que le servía de escudero y de colchón amortiguador; de esta manera sentó las bases agrarias de una crisis política.

En resumen, y para los fines de la argumentación que esbozamos en este ensayo, podemos ubicar tres series de factores que pueden modificar a corto plazo las peculiaridades del proceso político en México:

1) Los cambios en la composición social de las masas rurales como resultado de la polarización y descampesinización inherentes a la extensión y concentración del capital en la agricultura.

2) El surgimiento de un nuevo orden de conflictos sociales y políticos en el campo, en los que se comienzan a perfilar como protagonistas principales a una enorme masa de jornaleros y a un creciente proletariado agrícola. Estos problemas, aunados a la crisis económica y a las tensiones que generan las migraciones hacia las ciudades, han contribuido a enervar a importantes sectores de las clases poderosas y a incrementar su desconfianza en los mecanismos políticos gubernamentales usados

para superar los conflictos (ejidos colectivos, ley de aguas, cooperativas, nueva ley de reforma agraria, unificación y centralización del crédito rural, formas de combate contra la violencia rural, bloqueo a la organización sindical, "pacto" de Ocampo, denuncias contra el caciquismo, demagogia sobre la nacionalización de los distritos de riego, etc.).

3) La desaparición paulatina del campesinado como base social del PRI-gobierno, la crisis de las estructuras de mediación (caciquismo, etc.), el fracaso o el carácter limitado de las reformas a la estructura agraria y las fuertes presiones de la burguesía agraria han minado la relativa autonomía de la burocracia política, misma que fue alcanzada gracias a la política agraria de los gobiernos de la revolución mexicana.

En México el proceso de descampesinización afecta al conjunto de la sociedad: la llamada explosión demográfica, el desperdicio de fuerza de trabajo, el crecimiento de los llamados sectores marginales, la violencia contra la propiedad privada de la tierra, el bracerismo, la desbocada migración a las ciudades, la desocupación, los bajos salarios, etc., etc. son fenómenos que se encuentran estrechamente ligados a la desaparición tendencial del campesinado. El sistema político mexicano no se encuentra bien preparado para resistir el alud de conflictos y problemas que van apareciendo en cadena durante el proceso de acumulación de capital en el campo.

La crisis política apunta porque aparecen fisuras y serias discrepancias entre las fracciones del bloque hegemónico. La oligarquía desconfía de la tecnocracia en la medida en que ésta pierde autonomía y legitimidad, y se muestra poco apta para absorber, organizar y mediatizar a las masas proletarizadas del campo. La nueva burguesía, que de nueva cada día tiene

menos, se dispersa en un amplio abanico de facciones políticas, pierde cierta coherencia que le daba la seguridad de ser mimada y protegida por el Estado y pierde también la confianza en los proyectos reformistas que tímidamente habían apoyado; el resultado es que su alianza con la tecnocracia estatal se encuentra debilitada en la misma medida en que se ha ido borrando su ya tradicionalmente escasa unidad política y económica. En consecuencia, el fracaso del populismo tecnocrático auspiciado por un cierto acercamiento entre tecnócratas y nueva burguesía —que fue uno de los signos con que se inició el sexenio de Echeverría— ha hecho cundir la desmoralización o la desorientación en las filas de la burocracia y ha encendido muchos rencores en la pequeña y mediana burguesía urbana.

No se pretende aquí afirmar que la causa fundamental de la crisis política radica en el desmoronamiento de la pequeña economía campesina y la consiguiente proletarianización de las masas rurales; simplemente se intenta subrayar la gran influencia que ejercen estos factores en el cambio de las reglas del juego político. Para enfatizar la importancia de los factores rurales de la crisis, es interesante citar dos aspectos más del problema. En primer lugar basta constatar el hecho de que el eje de la dinámica sociopolítica ha pasado del campo a la ciudad; sin embargo, los gobernantes aún no se han acostumbrado y adaptado totalmente a la idea de que ya no es tan fácil acudir, pongamos por caso, al voto rural para demostrar la legitimidad del sistema frente a la abierta o velada oposición creciente de importantes sectores de obreros o capas medias de las ciudades.

En segundo lugar, y esto es muy importante, es posible advertir la enorme influencia que los recientes conflictos agrarios han provocado en la conforma-

ción del ejército. Desde hace 15 años, periodo en que se ha intensificado considerablemente la lucha campesina (Jaramillo, guerrillas en Guerrero y otras regiones, organización de la CCI —hoy CIOAC—, invasiones de tierras, paros en zonas azucareras, etc.) el ejército ha cumplido una función represiva esencial para mantener el *status quo* en el campo; a raíz de ello, especialmente en los años 60, el ejército se modernizó técnica y logísticamente, preparó cuerpos de élite para la llamada “contrainsurgencia” o “guerra irregular” y para controlar “disturbios civiles”, y adquirió grandes cantidades de armamento moderno a Bélgica, Israel y Estados Unidos para sustituir sus armas anticuadas (sintomáticamente, las grandes compras de armamento y pertrechos ocurren en 1961 y 1968). La administración de Echeverría hereda ya a un ejército relativamente moderno que —conocedor de su importancia política, adquirida en sus enfrentamientos con las luchas populares— presiona al gobierno con el fin de encontrar una ubicación de mayor prestigio e importancia dentro del Estado. Los resultados han sido obvios: mejoría notable en las condiciones de vida de oficiales y soldados, renovación de mandos y —sobre todo— un salto importante en la organización y el nivel de la educación militar (desde 1972) se lleva a cabo el plan de Reforma Educativa Militar que, entre otras cosas, desemboca en la creación de una importante universidad militar). En el aspecto técnico, ha habido una renovación total de la fuerza aérea, que hasta 1974 era prácticamente nula (ese año se compran cerca de 50 aviones y 20 helicópteros, cifras sin precedentes).

Los importantes servicios políticos prestados a la clase dominante por el ejército, sobre todo en las zonas rurales, no sólo lo han modernizado y politizado, sino que han provocado el surgimiento de nuevas

tensiones dentro del instituto armado, que se revelan en ciertas resistencias de un sector más culto de la oficialidad en realizar tareas sanguinarias y represivas, y en una gran polarización entre los cuerpos de élite —bien armados y bien pagados— y en un sector numeroso de soldados que vive pobremente en zonas inhóspitas, condenados a una existencia nómada. Pero al mismo tiempo, detrás de los llamados programas de “acción cívica”, de obvia inspiración norteamericana, se descubre el intento de un sector proimperalista de la oficialidad por ocultar, tras la caricatura del militar bueno que siembra arbolitos, reparte alimentos y restaura escuelas, al verdugo de campesinos descontentos.²

Nuestro sistema político ha sido en cierto sentido una mesa de tres patas; estaba apuntalado por una base trichasista: la burguesía llamada oficialmente clase media, los obreros y los campesinos. La clave de la continuidad “institucional” y “revolucionaria” de un Estado ubicado —aparentemente— por encima de la lucha de clases radicaba en alto grado, aún cuando no exclusivamente, en la base campesina del régimen, hoy en día endeble y tambaleante. Cada vez más claramente la me-

² Cfr. J. L. Piñeyro, *El profesional Ejército Mexicano y la asistencia militar de Estados Unidos: 1965-1975*, Tesis, 1976.

sa va quedando sostenida por dos patas, y aún así cojea visiblemente, pues la clase obrera ha iniciado su movimiento hacia la independencia sindical y en la burguesía aparecen fisuras peligrosas. Ciertamente es que una bota militar podría, transitoriamente, compensar los desequilibrios; pero se arruinaría para siempre el mito del Estado de la revolución mexicana y con él la burocracia que le ha servido. Una alternativa democrática también podría lograr un cierto restablecimiento del equilibrio y, sobre todo, abriría el camino a nuevas opciones. Sin embargo, aun cuando estas dos vías están a la vista, lo más probable es que el gobierno mexicano insista tercamente en vivir de las mediaciones perdidas o cada día más ilusorias de un poder institucional que busca la solución en todos pero que entrega el timón a unos pocos. Será también una vía hacia su ruina, más lenta y menos dolorosa que un golpe militar, menos costosa para algunos sectores de la burguesía que la salida democrática, pero en cambio más dramática por cuanto puede arrastrar a la sociedad hacia esos peligrosos estados de enervamiento que son buenos caldos de cultivo para el fascismo. De cualquier forma, el Estado mexicano ha de resentir seriamente el proceso de extinción del campesinado: una extinción imposible en marcha permanente.

México, 29 de marzo de 1976

Discurso en Dos Ríos

Armando Hart Dávalos

Cuando se produce la caída heroica de Martí, el gran poeta Rubén Darío exclamó: "¡Maestro, qué has hecho!"

No le fue fácil a este genio de la literatura latinoamericana comprender a su maestro. No le fue posible descubrir que detrás del exquisito dominio que Martí tenía en literatura y en el fondo de su magisterio, que ejercía como cuestión de segundo orden, estaba el genio político que constituía la esencia de su vida y de su obra.

Formuló con tal fuerza y belleza literarias su ideario político que no pudo el insigne Rubén Darío encontrar tras los versos o la prosa martianos al organizador de la guerra de independencia de Cuba, al más importante precursor de la lucha antimperialista de América, al más notable ideólogo político y social que ha dado este continente y el que, con Simón Bolívar, figura en la cúspide gloriosa de la gran patria latinoamericana. Si lo hubiera encontrado, no se habría asombrado ni habría hecho reproche alguno ante el holocausto de Dos Ríos.

Admira apreciar cómo escondido en el ropaje hermoso de una literatura que era la mejor de su época en habla española, y que, en ocasiones, resultaba complicada y difícil, y en otras, llana y simple, esta-

ba una de las más completas y variadas descripciones de la vida científica, natural, social y cultural en todos los rincones de la tierra y el más acabado pensamiento político de nuestra América.

Refiriéndose a la doctrina de Marx, Lenin señalaba:

"En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfundada de mentiras y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, 'canonizarlos', por decirlo así, rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria para consolar y engañar a las clases oprimidas, castrando el contenido de su doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de ésta, envileciéndola."¹

No hay palabras mejores para describir exactamente lo que ocurrió con Martí. En vida, todos conocían el radicalismo de su pensamiento. Muerto, la burguesía trató de brindar una imagen angelical, moralista y apostólica de su figura. Se lo presentaba exclusivamente como un mora-

¹ Vladimir Ilich Lenin, *El Estado y la Revolución*, Editorial Progreso, Moscú, 1970, p. 5.

lista y se subraya su carácter inclinado a la heroicidad. Se ocultaba su pensamiento político.

Sin embargo es justo destacar que algunos estudiosos de Martí mantuvieron durante la república mediatizada una tesonera batalla intelectual por mostrar el filo revolucionario de sus ideas. Pero, desde luego, sólo con el triunfo de la revolución pudo situarse el fondo revolucionario de Martí en el lugar que correspondía.

Para describir los objetivos de su ideario revolucionario, baste recordar los bien conocidos párrafos de su memorable carta a Manuel Mercado:

"...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso."²

No es que Martí marchara conscientemente hacia el suicidio, como algunos han podido pensar, es que Martí: ¡quería combatir, creía que debía combatir, estaba obligado a combatir, y no era realmente un guerrero!

El hecho encierra por sí mismo un gran drama humano e histórico. Pero la vida de este hombre excepcional, consagrado a la obra de evitar a tiempo el imperio yanqui, solamente podía terminar de una forma dramática. No había otra alternativa dada las clases sociales que Martí representaba, y las clases sociales que se le oponían. Porque no cabe la menor duda de que Martí se iba a enfrentar en cualquier forma y momento al imperialismo norteamericano.

Hoy, en virtud de los geniales aportes

² José Martí, *Obras Completas*. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, t. 4, p. 167; t. 29, p. 161.

de Lenin con respecto al imperialismo como fase superior del capitalismo, podemos entender mejor la magnitud de aquel problema histórico.

No debemos rehuir el análisis del sentido heroico de la vida de Martí. Esta ha sido una constante muy presente en las grandes figuras de la historia de Cuba y América. Lo que nunca han podido entender los enemigos de la revolución son las razones en virtud de las cuales su heroísmo y su ideario político adquirieron trascendencia social e histórica. Y no lo han entendido porque esto sólo puede ser comprensible partiendo de un análisis revolucionario. El problema consiste en que el ideario político de Martí reflejaba una necesidad objetiva de carácter histórico. La reflejaba tanto en sus predicciones antimperialistas como en la defensa del programa democrático revolucionario: consiste, además, en que dicha necesidad se ha mantenido latente en la América Latina durante estos ochenta años. La vigencia revolucionaria de Martí es cada vez más fuerte en la medida en que la revolución democrática y antimperialista en el continente se hace más actual y necesaria.

Asimismo, el valor de su decisión heroica está en que ella constituía una exigencia de la tarea revolucionaria que se tenía planteada. Vivió un momento en que únicamente de esta forma se podía responder a la gigantesca magnitud de la obra revolucionaria a que había consagrado su vida. Le tocó desempeñar un papel para el cual solamente cabía la sabiduría y la audacia de su pensamiento e imaginación y el sentido heroico de su vida. Fue capaz de entender y prever una realidad social e histórica y plantearse un propósito político para el cual en su tiempo no hubo manera práctica de resolver en forma completa. Sin embargo, si nuestro pueblo no se la planteaba, se hubieran creado

dificultades aún mayores para su solución futura.

Pero si no había manera de resolver en forma integral la tarea que se había propuesto, si había posibilidad de sentar las bases de su solución definitiva. Eso fue lo que hizo cuando organizó la guerra de independencia de Cuba, fundó el Partido Revolucionario Cubano, esbozó su programa y proclamó que debíamos prepararnos para enfrentar al Norte revuelto y brutal que nos desprecia.

La vigencia histórica de su vida heroica está en que fue consagrada a defender los intereses de la población más explotada del país, el objetivo de la independencia nacional, el papel que a Cuba le correspondía desempeñar en América y en el mundo, y el ideario democrático más avanzado de nuestra América en el siglo XIX. Estriba, asimismo, en que desde finales del siglo pasado se planteó, consecuente a su momento y a sus posibilidades máximas, una abierta oposición al fenómeno imperialista norteamericano caracterizándolo en aspectos esenciales cuando aún no estaba estudiado como fase superior del capitalismo.

Fue precisamente el desenlace de la Guerra de Independencia de Cuba y la intervención norteamericana en la misma, uno de los hechos esenciales con los cuales Lenin tipifica el surgimiento del imperialismo moderno.

El imperialismo y, consiguientemente, el neocolonialismo, comenzaron a manifestarse en Cuba. El primer ensayo neocolonial fue la república mediatizada de Cuba, inaugurada en 1902. La primera guerra imperialista moderna fue la intervención yanqui en el proceso revolucionario cubano. A su vez, la primera guerra con carácter antimperialista fue la iniciada en Cuba el 24 de febrero de 1895.

Martí, al denunciar este fenómeno, se coloca en la vanguardia del movimiento

revolucionario mundial. Predijo un gran problema histórico en un momento en que no podía ser entendido ni integralmente resuelto. Porque precisamente en ese momento el problema estaba en gestación.

No existía en nuestro país con fuerza un proletariado, ni un desarrollo ideológico, ni había una correlación de clases en Cuba ni en el mundo para poder resolver el problema que este hombre de estatura universal se planteó desde mucho antes de 1895. Baste decir que vivió en el monstruo, conoció sus entrañas y trató de oponerle el archipiélago libre de las Antillas para evitar su expansión por América. Sólo este hecho lo coloca como uno de los hombres más extraordinarios que ha dado la humanidad. Y baste subrayar el hecho para entender las raíces históricas de la política de la revolución cubana con respecto a los Estados Unidos y la vigencia presente del pensamiento martiano.

Debieron transcurrir más de sesenta años para que el pueblo cubano, con el triunfo de la revolución, el 10 de enero de 1959, contara con fuerza suficiente para completar, en el plano nacional, la tarea que Martí se propuso.

Hace más de sesenta años su meta no se alcanzó. Sin embargo, el ejemplo de su vida y de su obra constituyó objetivamente una fuerza real de carácter ideológico que ayudó de manera decisiva en la lucha del pueblo cubano por su independencia nacional y su liberación social.

Martí forjó en nuestro pueblo una moral política que, no obstante más de cinco décadas de corrupción pública, se mantuvo enraizada en lo más profundo de nuestra conciencia social; y de esta suerte, cuando Fidel en el Moncada proclamó que Martí era el autor intelectual, estaba refiriéndose a lo más querido de la conciencia social cubana. ¡He ahí la fuerza espiritual, moral, ideológica, que su vida material

acabada dramáticamente con el holocausto de Dos Ríos, dejó para la historia!

Con su gesto y con su guerra necesaria, cuya victoria hubo de ser mutilada y escamoteada, dejó para el futuro, es decir, para nosotros, ¡un ejemplo imperecedero que el imperio no pudo jamás sacarnos del corazón a los cubanos!

En épocas en que la política era actividad de gente al servicio de mercaderes, oficio propio de bandidos y traficantes, gestión diligente, demagógica y oportunista de caciquillos locales o, a lo sumo, mera actividad intelectual de los círculos estrechos en que se movía la vieja aristocracia criolla. Martí desarrolló un concepto nuevo —y cabe decir con propiedad—, popular y universal de la política. De este concepto nuevo, popular y universal de la política es del que hay que partir para comprender los más profundos aspectos de su personalidad y las razones de su trascendencia en la historia de Cuba y América.

En ocasiones son los reaccionarios quienes suelen expresar con mayor claridad el fondo del pensamiento político de los revolucionarios. José Ignacio Rodríguez, un anexionista cubano, escribió en 1900, refiriéndose a Martí, lo siguiente:

“A los cubanos que tenía cerca de sí, especialmente a los pobres y más ignorantes, los ayudaba en sus necesidades y les daba clases por las noches enseñándoles gratuitamente a leer, a escribir... etc., a todos y de todos modos, en cuanto estaba a su alcance, les predicaba el odio a España, el odio a los cubanos autonomistas... el odio al hombre rico, cultivado y conservador, introduciendo así en el problema de Cuba un elemento que hasta entonces había sido desconocido, pues todos los movimientos del país habían partido siempre de las clases altas acomodadas; y el odio a los Estados Unidos de América, a quienes acusaba de egoístas, y a quienes miraba como el tipo de una raza insolente,

con quien la que dominaba en los demás países de la América continental, tenía que luchar sin descanso.”³

El instinto de clase de este cultivado “gusano” de 1900 le llevó a las más profundas verdades acerca del hecho histórico de que Martí le dio conciencia de su fuerza a las clases y capas más pobres de la sociedad cubana. Lo que no sabía este escritor reaccionario era hasta dónde las generaciones subsiguientes lo iban a continuar, inspirados “en buscar las raíces viejas y echar las raíces nuevas”.

Apasionado con sus ideas y preocupaciones del futuro, con sensibilidad literaria y alma artística, debió parecerle a muchos de sus contemporáneos como un iluso y fuera de la realidad, como sucede a menudo en el caso de los grandes revolucionarios de la historia, que son acusados de románticos por quienes por estar inmersos en la realidad inmediata, no aciertan a comprender la realidad misma. Fuera de la realidad estaban los impugnadores de Martí. El *apóstol*, por el contrario, llevaba más realismo en sus versos, en su prosa literaria, en su ferviente batallar por la independencia, en su culto a la dignidad plena del hombre, en sus predicciones antimperialistas, en sus análisis de los problemas de América, en su descripción de las costumbres, la vida de los Estados Unidos y otros países del mundo, que el más documentado estudio que hubiera hecho cualquier autonomista.

Nadie en América vio tanto como vio él. Nadie comprendió mejor que él las raíces de la revolución cubana, el presente que le tocó vivir y el futuro de Cuba y América. Porque nadie como él penetró en la esencia popular de la revolución cubana. A ochenta años de distancia, un

³ José Ignacio Rodríguez, “Martí y el Partido Revolucionario Cubano” en: revista *Casa de las Américas*, La Habana, no. 76, enero-febrero 1973, p. 99.

pueblo entero le recuerda como el *maestro*. Sin embargo, los "sensatos" de su época no tienen ninguna realidad entre nosotros. Hoy podemos decir: ¡Aquí venimos, *maestro*, con el genuino sentimiento humano que tú nos impregnaste, a decir que tu idea y tu obra se mantienen vivas y más fuertes que nunca entre nosotros, y que, sin embargo, la de tus detractores han quedado como mero lugar de referencia. ¡Así castiga la historia a quienes no aciertan a entenderla!

El realismo de Martí se deriva de su temperamento político. La política, como el arte o el modo de organizar y dirigir a los hombres y a los pueblos para la realización de fines determinados, fue su más extraordinaria virtud. Quizá haya sido esta virtud la que más lo identifica con el temperamento de su pueblo.

El pueblo cubano ha tenido siempre un temperamento político. Tal virtud exaltada en la inteligencia privilegiada de Martí, le llevó a expresar la síntesis de la conciencia política de América.

Su pensamiento y vigencia política eran resultado del desarrollo histórico: representan la culminación del movimiento democrático en la América Latina en el siglo XIX. De la misma forma en que Cuba cierra el ciclo de las guerras por la independencia contra el colonialismo europeo, Martí culmina una etapa decisiva en la evolución del pensamiento democrático abierto en América a principios de siglo por Simón Bolívar.

Nuestros pueblos latinoamericanos, sometidos al colonialismo (que es equivalente a la barbarie de la civilización europea, medio feudal y medio capitalista de los siglos anteriores), y a su vez, influidos por las corrientes más progresistas y revolucionarias del movimiento democrático burgués, expresaron en lenguaje literario y en los hechos heroicos, un mensaje de redención social y humano que

sitúa la epopeya por la independencia latinoamericana entre los más grandes acontecimientos revolucionarios de la humanidad.

Si las revoluciones burguesas europeas traen a la mente nombres como los de Mirabeau, Saint Just, Danton, Napoleón y el más revolucionario de todos, Robespierre, la lucha independentista de nuestra América hace emerger figuras como Bolívar, Martí, Sucre, San Martín, Juárez, O'Higgins y otros cuya gigantesca talla histórica adquiere carácter universal. En moral, en política, en proyección histórica, en el arte militar, nuestros pueblos en el siglo XIX dieron un tipo de dirigente que en muchos aspectos rebasa a los surgidos en el movimiento burgués europeo. Y esto fue así porque las ideas de libertad, igualdad y fraternidad de las revoluciones burguesas, regadas en nuestras tierras americanas, fueron "fertilizadas" en la por las condiciones de explotación colonial, en las que constituían aplastante mayoría los indios que vivían al margen de la civilización, los negros traídos de África como esclavos y las decenas de miles de campesinos trabajadores del campo que sentían la doble opresión nacional y social de los amos extranjeros.

En el caso de Cuba, el movimiento independentista tiene lugar cincuenta años después del resto del continente y en una época en que comenzaba a gestarse el fenómeno imperialista. La influencia radicalizadora de las masas explotadas sobre el ideario de los dirigentes revolucionarios fue haciéndose sentir en nuestro país de una manera cada día más avanzada y popular. Esto encuentra en Martí su más completo, radical y consecuente exponente.

Martí llevó la idea democrática que en Europa y América del Norte estaba representada por una clase burguesa al seno de un pueblo compuesto mayoritariamente

por obreros, campesinos y capas medias explotadas, a la vez que llevó su humanismo y su idea democrática revolucionaria, decidida, firme y consecuentemente. Y al llevarla hasta sus últimos extremos abrió el camino en las condiciones concretas de Cuba al pensamiento socialista.

En su exquisita sensibilidad individual había depositado lo más progresista y avanzado del humanismo y del ideario democrático-revolucionario.

En Martí, ese sentimiento humanista y democrático-revolucionario trascendía los intereses de las clases burguesas criollas. He ahí por qué lo entendían más fácilmente los obreros y campesinos y lo miraban con odio o con temor las clases ricas cubanas.

El movimiento democrático burgués en Cuba durante el siglo XIX adquirió una fuerza y brillantez en lo intelectual y un vigor y amplitud en la lucha política de las masas como pocas veces se haya visto otra en la historia de América. Los hombres que anteceden al 95 —Céspedes y Agramonte— representaban el movimiento democrático burgués en una forma bastante avanzada. Martí recibió de ellos y del medio intelectual y espiritual de los cubanos cultos, que se ejemplifican en el hogar de su maestro Mendive, enseñanzas y alientos para elaborar su propio pensamiento.

Todas las ideas del movimiento democrático del siglo XIX cubano pasaron por el tamiz de su extraordinario talento y de su exquisita sensibilidad humana y de su decisión irrevocable de ponerse al lado de los pobres. El presidio político y las condiciones de miseria y explotación colonialista y esclavista en que vivía el pueblo cubano dejan huellas profundas en su carácter y en su pensamiento.

Si a ello le unimos su vida en los Estados Unidos en la penúltima década del siglo, cuando la sociedad capitalista evo-

lucionaba hacia la concentración monopolista, hacia la fusión del capital bancario y el industrial y hacia la exportación de capitales, es decir, hacia el imperialismo; si tomamos en consideración que en esos momentos en la propia Norteamérica las ideas marxistas, socialistas y anarquistas tenían marcado relieve, si le agregamos la cabal comprensión que adquirió acerca de los peligros de la dominación imperialista, y si tomamos en cuenta la composición mayoritariamente trabajadora campesina del pueblo cubano en que él iba a organizar y desencadenar la guerra, podríamos tener algunos fundamentos acerca del programa ultrademocrático y de sabias predicciones antimperialistas del Partido Revolucionario Cubano.

Quiere esto decir que en nuestro país, por específicas condiciones relacionadas con su composición de clases, con la evolución de su pensamiento político y, posiblemente por sus amplias relaciones de carácter internacional, derivadas en parte de nuestra dependencia del comercio exterior, ya tenía, en 1892, un programa revolucionario como el que ochenta años más tarde puede servir de modelo a muchos otros países.

La vigencia de Martí en América estriba, entre otras cosas, en que el continente se tiene planteado todavía la realización del ideal democrático y en que Martí representa el punto extremo de ese ideal. Si para nosotros, los cubanos, el pensamiento democrático revolucionario de Martí lo hemos visto realizado, para otros países de América constituye todavía un objetivo a lograr.

La victoria del ideario de Martí facilitó, en las condiciones de Cuba, el triunfo del pensamiento socialista.

Si analizáramos la formación de las ideas de Marx y Engels en los años de su juventud, apreciaríamos las profundas rai-

ces humanistas y democráticas del socialismo científico.

Los enemigos del marxismo han ocultado este hecho para negarle al socialismo su raíz humanista y democrática. En Cuba, dada la influencia de Martí, heredamos el pensamiento humanista y democrático en sus expresiones más avanzadas. Y ello nos ha servido de manera importante para entender el proceso de formación del pensamiento marxista.

Hay quienes han querido apoyarse en la raíz humanista y democrática de Marx y Engels, expresadas desde los tiempos de su juventud, para trazar una absurda división entre esas raíces y su desenvolvimiento ulterior, cuando las ideas de la dictadura del proletariado, la necesidad de aplastar a la burguesía y los estudios de la economía política burguesa cobran toda su fuerza en el pensamiento de los forjadores de la ideología comunista.

Tal pretensión es tan absurda como intentar ver antagonismos entre el culto a la dignidad del hombre que hay en Martí y la necesidad de organizar la guerra necesaria para alcanzar ese objetivo.

Esta profunda e íntima relación entre el pensamiento marxista y el ideal democrático revolucionario y humanista, es la que permite situar en el preámbulo del anteproyecto de Constitución Socialista el pensamiento martiano: "Yo quiero que la ley primera de la república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre."

Evidentemente, su idea de la política estaba estrechamente vinculada al sentido de lo humano. Era político porque era profundamente humanista. Y era humanista porque era profundamente político. Esta es una de las más hermosas herencias que nos dejó a los cubanos. En este valor está un aspecto esencial de la política y del éxito de la revolución cubana.

Por esto, para entender el pensamiento

de Martí, hay que tomar en cuenta su humanismo, su democratismo revolucionario, su latinoamericanismo y su sentido universal.

Al recordar aquella expresión "patria es humanidad", cabría decir que Martí hacía política para la humanidad. La hacía con claridad de su sentido universal, exquisitez en los métodos, firmeza indeclinable en los fines, previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y pasión resuelta, serena y heroica por superarlos.

Esta originalísima combinación de elementos ideológicos en una mentalidad privilegiada y con una vasta cultura, y con personalidad atrayente y sugestiva, lo convierten en el único cubano capaz de agrupar y fundir en un solo movimiento, resumir en un solo partido, concretar en un solo ejército, todo el esfuerzo del pueblo cubano por la independencia.

Por ello el general Máximo Gómez pudo decir, en carta memorable a Antonio Maceo: "Esta guerra, general, la haremos usted y yo, pero será la guerra de Martí."

A ochenta años de distancia, teniendo a la vista el encuentro de Gómez, Maceo y Martí en 1884, en Nueva York, y con la mente puesta en lo que debieron ser las conversaciones de La Mejorana, hoy todos los cubanos llevamos en el corazón aquel infinito respeto, admiración y cariño que Martí sentía por Gómez y Maceo. El pueblo y la historia los han situado a los tres como el núcleo central de la guerra de independencia de Cuba.

El gran mérito histórico de Martí fue unir todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable, y, partiendo de ello, transmitirle una ideología y una proyección políticas. Al darle una política a la guerra, Martí actuaba con un gran realismo y sentido práctico. No fueron pocos los obstáculos que encontró para alcanzar ese objetivo. Dijo: "Comprendí

que debía enfrentarme a la acusación de oponerle trabas leguleyescas a la guerra de independencia." Mucho había estudiado y superado Martí los reparos civilistas que obstaculizaron la guerra del 68. No había tampoco en Gómez ni en Maceo aquellos gérmenes de caudillismo que hicieron naufragar la guerra grande en el Pacto del Zanjón. Sin embargo, residuos de aquellas viejas cuestiones estaban todavía presentes en la mente de aquellos gigantes de la historia en las discusiones de La Merjerana.

El pensamiento de Martí era mucho más hondo y de distinto carácter al que había prevalecido en la asamblea de Guáimaro. Martí no era, ni remotamente, el civilista romántico de los meses iniciales de los cien años de lucha. Martí quería darle una política a la guerra. Para entender toda la hondura de su pensamiento y todo su realismo, habría que haber entendido las formas y maneras con que se ejerce la política del pueblo. El quería que la guerra se dirigiera con criterio político. Y en ello actuaba con un pensamiento previsor y con gran sentido práctico. Acusado de oponer trabas formales a la guerra, en realidad pretendía brindarles las fórmulas prácticas de hacerla viable y popular, y, sobre todo, intentaba darle a la lucha armada un cuerpo de ideas y organización política capaz de mantener en la victoria el principio democrático revolucionario que la inspiraba.

Dirigir la guerra con criterio político—lo hemos visto de manera ejemplar en la época reciente con la epopeya vietnamita—era el único modo de ganar la guerra.

Para dirigir la guerra con criterio y métodos políticos había que buscar no sólo las formas concretas de organizar y mandar el ejército sino, además, los medios a través de los cuales auxiliarla y apoyarla en todo el territorio nacional y en el extranjero. Y para ello había que

unir voluntades en un apretado haz y bajo una dirección unificada. Martí, a quien se le planteó la necesidad de unificar el mando de la lucha armada, tenía tal claridad en el asunto que llevó este mismo principio no sólo a lo militar sino, incluso, a la política. Porque como ha dicho Fidel, "organizó un solo partido de la independencia".

Y aquí es donde la audacia de su pensamiento mueve a la mayor admiración. Fundó un partido de la independencia, con un programa ultrademocrático y antimperialista y confiaba en él como la fuerza espiritual e ideológica del futuro.

Guerras de independencia contra los poderes colonialistas hubo muchas y muy heroicas en nuestra América. Desde Haití hasta Venezuela; desde México hasta Argentina. También Cuba conoció, entre 1868 y 1878, una guerra formidable de este tipo. Pero en ninguno de estos casos esas guerras fueron preparadas y orientadas por un partido revolucionario. El Partido Revolucionario Cubano es el primero creado en nuestra América —y quizás en el mundo— para organizar y conducir una guerra anticolonialista, una guerra de independencia. La novedad de este hecho bastaría por sí sola para explicar no pocas de las perplejidades que ello provocó. En Cuba habían existido ya partidos políticos —de hecho, a la sazón era fuerte entre la tímida y conservadora burguesía criolla del occidente del país, el llamado Partido Liberal Autonomista—, pero ninguno de ellos tenía carácter revolucionario ni se proponía preparar la guerra de independencia.

Cuando aún no ha cumplido treinta años, en 1882, escribe a Máximo Gómez:

"¿A quién se vuelve Cuba, en el instante definitivo, y ya cercano, de que pierda todas las nuevas esperanzas que el término de la guerra, las promesas de España, y la política de los liberales le han

hecho concebir? Se vuelve a todos los que le hablan de una solución fuera de España. Pero si no está en pie, elocuente y erguido, moderado, profundo, un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus propósitos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país, ¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces?"⁴

El Partido Revolucionario Cubano surgiría para organizar la guerra y de esta manera evitar el anexionismo, es decir, la corriente política antecesora del sometimiento al imperialismo yanqui.

Nada mejor para subrayar la visión de Martí sobre el partido que las palabras con que se inicia el Manifiesto de Montecristi suscrito por Máximo Gómez y el propio Martí y con el cual el Partido Revolucionario Cubano convoca a la guerra necesaria. Comienza así el Manifiesto de Montecristi:

"La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo periodo de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y el mundo..."⁵

Las revoluciones populares de este siglo han mostrado una y otra vez que es condición de su éxito el que el ejército popular actúe bajo la dirección de una vanguardia política, lo que no hace sino comprobar que "la guerra", como había dicho Martí, "es un procedimiento político". Pero a finales del siglo pasado, sin

⁴ José Martí, "Carta al general Máximo Gómez", *op. cit.*, t. 1, p. 170, Nueva York, 20 de julio de 1882.

⁵ José Martí, *op. cit.*, t. 4, p. 93.

ningún precedente en nuestra América, el propósito de que el partido influyera en la orientación de la guerra, no podía sino sorprender. Sólo que lejos de ser, por ello, un continuador de los "civilistas" del 68, Martí era un precursor de los revolucionarios radicales del siglo XX. Habría que esperar a que el desarrollo de la historia echara una luz reveladora sobre este hecho para que esto se viera con toda claridad.

Si estudiamos las formas, métodos y principios organizativos del Partido Revolucionario Cubano, comprobaremos la precisión que Martí alcanzó con respecto a cómo apoyar políticamente la guerra. Asimismo, si analizamos las bases del partido de Martí, observamos cómo la práctica lo llevó a aplicar principios de organización, algunos similares a los desarrollados por Lenin en el Partido Socialdemócrata Ruso.

El Partido Revolucionario Cubano no era una simple suma de afiliados, sino que era, propiamente, un complejo de organizaciones. Los Estatutos Secretos del Partido Revolucionario Cubano dicen textualmente: "El Partido Revolucionario Cubano se compone de todas las acciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él." Más adelante señala: "El Partido Revolucionario Cubano funcionará por medio de asociaciones independientes que son la base de su autoridad..."

Es decir, el Partido Revolucionario Cubano de Martí era un complejo de organizaciones, poseía bases programáticas y estatutos democráticamente aprobados y una definida política antimperialista.

Esto, en la Cuba de 1892, era realmente extraordinario. Recuérdese, si no, que en los años iniciales del siglo Lenin debió desarrollar una polémica por imponer dentro de la socialdemocracia rusa el prin-

cipio de que el partido debía ser un complejo de organizaciones. Recordemos, a su vez, que la fase imperialista del capitalismo fue denunciada y explicada por Lenin en pleno siglo XX.

No constituye un hecho sin importancia que la fundación del Partido Revolucionario Cubano tuviera lugar en Cayo Hueso, donde se encontraban los obreros tabaqueros emigrados. Asimismo, la presencia conocida y valorada por Martí de marxistas, socialistas utópicos y anarquistas en el seno del partido es cuestión de significación. También es significativo que fuera precisamente a Carlos Baliño a quien Martí le dijera: "Revolución no es la que vamos a hacer en la manigua, sino la que vamos a realizar en la república."

Los hechos del 10. de mayo tuvieron repercusión en nuestro país desde los primeros momentos. En 1889 se acuerda por primera vez conmemorar la fecha con manifestaciones obreras. Se convoca para el 10. de mayo de 1890 una jornada internacional de los trabajadores. En esa primera conmemoración estuvo presente la todavía muy incipiente clase obrera cubana. Estos hechos de gran significado no pasaron inadvertidos para Martí. Los amigos socialistas de Martí le escribían desde Cuba acerca de sus ideas. Martí les alentaba a continuar estudiando los problemas sociales y les elogiaba estas inquietudes.

Pero, desde luego, la tarea y el papel de Martí era otro. Martí tenía que organizar y dirigir la guerra por la independencia de Cuba para evitar a tiempo la expansión yanqui por América. Las condiciones históricas que prevalecían en América y en el mundo al terminar la guerra de Independencia hicieron que el programa del Partido Revolucionario Cubano no pudiera ser realizado.

Pero Martí era tan revolucionario que, no pudiendo admitir sosegadamente los

obstáculos y limitaciones de su época lanzó, sin embargo, para el porvenir, una bandera y un programa que aún hoy constituyen un ideal a alcanzar por muchos pueblos de América.

La historia, en el caso de nuestra patria, mostró con ejemplaridad que el programa del Partido Revolucionario era un antecedente necesario del programa socialista de nuestra revolución. ¡Así lo vio Mella; así lo vio Fidel!

Esto explica el hecho de que al transcurrir tres décadas de su muerte, quienes mejor comprendieron el pensamiento de Martí fueran los fundadores del primer Partido Comunista de Cuba: Julio Antonio Mella y Carlos Baliño.

No podía la clase burguesa criolla del siglo XX, parasitaria y subordinada al imperialismo yanqui, entender el pensamiento humanista, popular, ultrademocrático y antimperialista de José Martí. Y no lo podía, porque ello hubiera rebasado sus propios intereses de clase.

En 1925 se había producido en el país un desarrollo de la clase obrera. Había tenido lugar en el mundo el triunfo de la Revolución de Octubre. La influencia del leninismo se proyectaba sobre nuestra patria. Julio Antonio Mella y Carlos Baliño buscan las raíces de su programa político en el Partido Revolucionario Cubano. En el partido a que pertenecían los obreros tabaqueros de Cayo Hueso, y piensan en él como la gran necesidad inmediata.

Julio Antonio Mella comprendió como pocos las raíces martianas de la revolución cubana y escribió estos párrafos elocuentes refiriéndose a la interpretación histórica de la vida de Martí. Decía Mella:

"Consiste, en el caso de Martí y de la revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económicosocial que 'creó' al Apóstol sus poemas de rebeldía, su acción continental revolucionaria, estudiar el juego de las fuerzas

históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de La Florida y la burguesía nacional, la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario, etc., etc.”⁶

La revolución de Martí, triunfadora el 10. de enero de 1959, y la lucha victoriosa de nuestro pueblo, permiten hoy comprender mejor estos fenómenos. No hubiera sido posible entender en toda su profundidad la cuestión sin las luchas de nuestro proletariado, de los campesinos y estudiantes cubanos. No se hubiera entendido sin la batallas libradas por el propio Mella, Martínez Villena, Guiteras, Menéndez; por los combatientes del Moncada, de la Sierra, de la clandestinidad y de Girón.

La razón de estos hechos hay que encontrarla en la estrecha relación entre las luchas por la independencia y la cuestión social.

En su concepto de la política estaba incluida la cuestión social. Quien escribió “con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”; quien postuló “se nos viene encima un universo nuevo amasado por los trabajadores”; quien a su vez subrayó —refiriéndose a Carlos Marx— que “no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido de ansia de hacer”; quien destacó que “Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases y despertar a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los

puntales rotos”,⁷ y quien se convirtió en el dirigente de los obreros tabaqueros de Tampa y se planteó la independencia de Cuba como un deber de carácter continental y universal, incluía necesariamente en su ideario político la cuestión social e internacional.

Ya en 1868 se había vinculado el problema de la independencia con la cuestión social de la esclavitud. En 1895 se empieza a relacionar el problema de la independencia con el de la tierra. En 1925, la necesidad de combatir la dominación imperialista va unida al problema de la tierra y a la lucha por la liberación de la clase obrera contra la opresión burguesa.

Ha colaborado a que entendamos estos hechos la historia de los países coloniales o neocoloniales. En lugar destacado, la lección de Vietnam y de Ho Chi Minh, quien —como dijo Fidel— “comprendió genialmente que en las condiciones de los países coloniales y dependientes había que combinar la lucha por la liberación nacional con la lucha por la liberación social”.

No es nada forzado establecer acercamientos entre Martí y Ho Chi Minh: por el contrario, esos acercamientos llevan a muchas iluminaciones. ¿Cómo puede olvidarse, por otra parte, que en *La Edad de Oro*, el único artículo que Martí dedicó por entero a un país no latinoamericano lo consagró a Vietnam? Allí, con su profunda y avanzadísima visión anticolonialista, Martí presenta la vida de aquel gran pueblo que acaba de ser esclavizado por el colonialismo francés, y rechaza con energía el esclavizamiento. Martí fue el primer cubano que denunció

⁶ Julio Antonio Mella, *Glosas al pensamiento de José Martí*, Material de Lectura, editado por el D.O.R. del C.C., del P.C.C., La Habana, 1975, p. 3.

⁷ José Martí, *op. cit.*, 1) t. 16, p. 67; 2) t. 8, p. 22; 3) t. 9, p. 338.

el sojuzgamiento de Vietnam por una potencia capitalista.⁸

Pocos meses después de escribir esas palabras, precisamente un día como hoy, el 19 de mayo de 1890, hace ahora, pues, ochenta y cinco años, nació, en Vietnam, Ho Chi Minh. La fecha en que moriría el héroe cubano iba a ser la fecha en que nacería el héroe vietnamita. Hoy no sólo conmemoramos la caída en combate de uno, sino el nacimiento del otro. Hoy, desde lo más profundo de nuestro pecho, saludamos la formidable victoria definitiva del pueblo vietnamita sobre los titeres del imperialismo.

En los años de la fundación del primer Partido Comunista no fue posible que se cumpliera el programa de Martí. Habrían de transcurrir treinta años para que el programa del partido de Martí se comenzara a cumplir. En 1953, Fidel Castro plasma el programa del Partido Revolucionario Cubano en *La historia me absolverá*. El programa de Moncada era, en esencia, el programa del Partido Revolucionario Cubano. Y con el triunfo de la Re-

⁸ José Martí, "Un paseo por la tierra de los anamitas", en: *La Edad de Oro*, op. cit., t. 18, p. 459-470.

volución ese programa se fue cumpliendo con toda fuerza, energía y valor. Y abrió para siempre los caminos de la independencia nacional y de la liberación de la clase obrera y de las masas explotadas.

Martí estuvo con su influencia en la fundación del primer Partido Comunista. Estuvo, también, presente en las leyes nacionalistas y antimperialistas de Antonio Guiteras. Su programa se expresa en el programa del Moncada. Estuvo presente en el Granma, en la clandestinidad y en la Sierra. Sus ideas triunfaron el 10. de enero de 1959. En esa fecha gloriosa alcanzó la victoria la revolución de Martí. Una revolución que conquistó, para siempre, la independencia nacional, la liberación de los explotados, la democracia plena, y que abrió el camino del socialismo en nuestra patria.

Por eso hoy, en el "Año del Primer Congreso del Partido", y al rendir modesto homenaje a su memoria, unimos en apretado haz, como símbolos del alma visible de Cuba: ¡el Partido Revolucionario Cubano, de José Martí, fundado en 1892; el primer partido marxista-leninista de Cuba, fundado por Julio Antonio Mella en 1925, y el Partido Comunista de Cuba, fundado y dirigido por Fidel!

Novedades bibliográficas

DE LOS GORILAS LATINOAMERICANOS

Isaac Sandoval Rodríguez, *Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo*, Siglo XXI Editores, México, 1976.

Este libro representa un ensayo descriptivo en el que se muestran las continuas crisis políticas por las que ha atravesado latinoamérica desde su independencia hasta nuestros días. A través de todo este periodo el autor establece cuatro grandes crisis políticas, mismas que corresponderían, a su vez, con crisis en la estructura económica y social de la región.

La primera crisis se ubicaría desde el momento mismo de la emancipación colonial de América Latina y el surgimiento simultáneo del caudillismo político-militar en la región. La segunda corresponde a las postrimerías del siglo XIX, marcada por el ascenso de las capas oligárquicas al poder y la superación del caudillismo. La mayoría de estos regímenes eran de una clara inspiración positivista, respetuosos de la ley y el orden y del *status quo* conservador. La tercera etapa de la crisis está directamente relacionada con la gran crisis del 29-32 que estremeció a todo el sistema capitalista. El fracaso de la eco-

nomía de enclave es seguida por periodos de convulsiones sociales y el surgimiento de regímenes populistas en países como Chile, México, Argentina y Brasil.

La cuarta y última etapa de la crisis política en latinoamérica cronológicamente se sitúa a partir de la década de los sesenta; la Revolución Cubana y el ascenso de los militares en Brasil marcan el parteaguas de este momento. Esta última etapa de la crisis es caracterizada por una gran reanimación de los militares, los cuales ven en la toma del poder el último peldaño de la jerarquía castrense. Como consecuencia, hasta el presente más de la mitad de los países latinoamericanos están bajo la égida de los milites, con una amplia gama de matices; partiendo desde regímenes de extrema derecha y "colonial-fascistas" —como los denomina el autor—, en Chile, Brasil, Uruguay, etc., hasta terminar con los de Panamá y Perú, de corte más bien democrático y antioligárquico.

En todo este proceso de crisis de superestructura y de estructura están presentes, primero las metrópolis colonialistas y después las potencias imperialistas, en especial Inglaterra y los Estados Unidos. El autor encuentra que es a través de la dependencia económica primero, y la militar después, la manera en que se ha venido

ejerciendo la política de dominación por parte del imperialismo y de las burguesías criollas.

Para la caracterización de las crisis políticas se hace énfasis —a veces en demasía— en la teoría de la dependencia así como en el sistema de explotación semi-colonial a que están sujetos los países latinoamericanos. La definición de los regímenes militares de colonial-fascistas es un ejemplo de ello. El autor sostiene que a diferencia del fascismo clásico europeo donde se da la alianza de la gran burguesía con las clases medias, tolerándosele a estas últimas la conducción política del Estado, en América Latina ello es imposible ya que el proceso es de franca subordinación a las multinacionales y a la estrategia del Pentágono. Aquí es donde el autor le atribuye a las causas externas un papel de primer orden en el arribo de los militares al plano político.

Dentro de esta misma tónica el autor se mantiene mucho bajo los esquemas del neocapitalismo o del capitalismo que nunca llega a desarrollarse “a la manera clásica”. Así, la palabra subdesarrollo viene a significar no otra cosa que la tremenda crisis a la que se enfrenta el sistema capitalista en su conjunto. El subdesarrollo está estrechamente vinculado con la dependencia, siendo su medio instrumental el comercio y las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, el subdesarrollo implica las formas más exacerbadas de explotación, inestabilidad, desequilibrios económicos y sociales.

El nacionalismo revolucionario, populismo y desarrollismo pasan a formar parte de la ideología dominante que en distintas fases de la historia de los países latinoamericanos llegan a funcionar con cierta eficacia. Estos modelos del “Estado desarrollista” fueron útiles para derrocar y debilitar las posiciones de la antigua oligarquía vigorizando al Estado moderno,

interventor y “demoburgués”. Sin embargo, todas estas formas de regímenes de corte liberal burgués fracasan en su mayoría. Actualmente los regímenes militares fascista-oligárquicos se dan merced a una crisis de la ideología dominante y a la incapacidad de esta clase por mantener la sujeción y subordinación política de las clases dominadas y subalternas por otros medios que no sean los de la fuerza.

El proceso de cambio hacia la modernización y la participación política de las amplias masas de la población se ven continuamente cerrados. El modelo desarrollista impide que se dé cauce a un movimiento democrático burgués, nacionalista, en el cual inclusive los movimientos populistas están condenados al fracaso. Ante este panorama las condiciones para el arribo de los milites al poder, al establecimiento del “orden” y en defensa de la seguridad nacional son óptimas. Si bien el modelo de desarrollo económico propuesto por los militares no contempla modificación alguna de la estructura social existente, paradójicamente, los golpes no son más que un síntoma y consecuencia de las debilidades del crecimiento capitalista y de la imposibilidad de dar alternativas reales por parte de la clase gobernante “civilista”.

Sin embargo el examen e interpretación del militarismo en Sandoval, pese a su riqueza informativa y al esfuerzo por comprender el papel de factores externos e internos, sufre de la ausencia de un análisis clasista. Las causas y consecuencias del militarismo se quedan presos en las relaciones de dependencia y en luchas políticas y económicas que impiden al autor superar el mecanismo de este tipo de planteamientos.

Finalmente, hay que decir que en algunos momentos se pierde la riqueza del análisis contenido en el libro pues se hacen afirmaciones tales como que en Mé-

xico el porfiriato fue una simple continuación del régimen colonial; es decir, una especie de retorno al pasado con la conservación de la estructura económica y social heredada de la colonia. De cualquier forma, el trabajo del boliviano Sandoval Rodríguez, ahora asilado en Lima, nos ofrece una sugerente interpretación y enfoque para analizar las crisis políticas en latinoamérica.

A. Saldívar V.

TESTIMONIO DE CANANEA

Esteban B. Calderón, *Juicio sobre la guerra del Yaqui y génesis de la huelga de Cananea*, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, México, 1975.

La redición del documento de Calderón, publicado por vez primera en 1957 por el Sindicato Mexicano de Electricistas, es una acertada decisión del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano. Constituye un relato por uno de los protagonistas y dirigentes de la huelga de Cananea, que tan importante papel jugó como antecedente de la Revolución Mexicana, tanto en su etapa armada (buena parte de los participantes de la huelga habrían de unirse a la "bola", llegando algunos a ser importantes comandantes militares, como Diéguez y el propio Calderón), como en la definición de sus rumbos constitucionales. El acontecimiento de la huelga por sí mismo muestra, en palabras de un testigo y actor, la participación combativa de los obreros en las luchas sociales, que se repitió en todas las regiones donde había cierto desarrollo industrial. Esto, pese al número escaso de obreros que entonces existían, constituyó una presencia de poderosa consecuencia, lo que con frecuencia se soslaya en los análisis de la Revolución Mexicana donde se acen-

túa el componente agrario y aun indígena como dominante (véase por ejemplo A. Gilly, *La revolución inconclusa*, El Caballito, México, 1971). A esta apreciación de la importancia de la clase obrera en la revolución y en el desarrollo del capitalismo en México, contribuyen documentos como el presente, siempre que se evadan los enfoques anecdóticos, positivistas y románticos, tan frecuentes en las abundantes apologías nacionalistas.

El documento-testimonio de Calderón tiene la virtud de emocionar intensamente a pesar de su estilo seco y anecdótico, al relatar una tragedia ocurrida hace 70 años, similar a miles de otras que han sucedido en el mundo, en América Latina y desde luego en México. El sentido clasista de tales luchas constituyen los elementos comunes que corresponden a los intentos proletarios por aliviar la explotación y las acciones burguesas, a través de su estado, para mantener el "orden" que es necesario para la diaria explotación. En este sentido el relato encuentra correspondientes en los testimonios de masacres tan frecuentes en México, como en 1968 en Tlatelolco, en 1971 en San Cosme, en 1976 en Carranza, Chiapas, por mencionar sólo unos pocos ejemplos de las atrocidades del sistema que ayudó a crear Calderón, aunque tal vez no propositivamente.

Incluye el texto de referencia una presentación del Comité Central del Sindicato Mexicano de Electricistas, de 1956, que por sí mismo es un documento interesante. Muestra cómo en esos ya lejanos años se mantenía vigente la tesis de que las tareas de la revolución habían sido primordialmente la eliminación del feudalismo prevaleciente, y de que el proletariado había formado a la burguesía nacional. Esto último corresponde a las tesis sobre la unidad de clases del periodo nacionalista, pero en el documento de referencia es también objeto de acertada crítica, en cuanto

a que califica de explotadora a toda clase burguesa, sea nacional o externa.

Una última cuestión que vale resaltar es que el título del documento de Calderón es tramposo. Por una parte, no sólo trata de la génesis de la huelga de Cananea sino también de todo su desarrollo hasta la derrota obrera. En cambio, no se refiere a la guerra del yaqui que anuncia con el título, excepto en dos líneas irrelevantes para la descripción de este otro acontecimiento. Valga lo uno por lo otro.

Sergio de la Peña

LA MITAD DEL CIELO

Claudie Broyelle, *La mitad del cielo*, Siglo XXI Editores, México, 1975.

En *La mitad del cielo* la autora trata de mostrar cómo en China actualmente se han sentado las bases principales que abren el camino para la emancipación de la mujer.

Para situar el problema de la mujer tal como se manifiesta actualmente en países capitalistas, la autora nos dice: "En sus albores, la clase obrera oprimida volvió su cólera contra las máquinas; más tarde hizo la Comuna. Entre esas dos etapas hay la misma distancia que la que queda por recorrer entre la revuelta contra 'el macho' y la liberación de las mujeres." (pág. 15.)

En términos generales la posición de la autora es que, en un régimen capitalista, la mujer necesariamente está oprimida puesto que su opresión tiene raíces estructurales que son parte del sistema, que las requiere para mantenerse, para reproducirse. El sistema necesita de la familia patriarcal que, junto con una serie de instrumentos ideológicos como la escuela garantizar la preparación y reproducción de los trabajadores.

El papel de la mujer en este "taller do-

méstico", como le llama la autora, es preparar precisamente a los "trabajadores honestos" es decir, que asumiendo un papel de conservadora y reproductora de la ideología burguesa dominante, la mujer sufre —primero como hija, luego como esposa y madre— un proceso de autoanulación.

Para Claudie Broyelle la mujer es, en el sistema capitalista, cinco relaciones principales: trabajo social, trabajo doméstico, los hijos, la familia y la sexualidad.

Estas relaciones son pues la "esencia" de la mujer en el capitalismo. Apartarse de ellas significa negarse como mujer, y estas cinco relaciones, son precisamente los componentes de su opresión. En base a esta concepción, que presenta al inicio del texto, desprende la necesidad de la participación plena de la mujer en el trabajo social como "la primera tarea de su emancipación".

A lo largo del libro expone algunos problemas de primordial importancia y que en un sistema capitalista no pueden ser resueltos de ninguna manera, puesto que sería necesario cambiar las mismas bases que los engendran, que son, a su vez, bases inherentes del sistema. Entre otras es interesante su explicación del doble carácter de la madre —reprimida y represiva— en el sistema capitalista. Por otra parte hace una orgamentación bien fundada para rebatir los planteamientos de algunos grupos feministas, para resolver los problemas de opresión. Nos explica, por ejemplo, por qué en el capitalismo el amor libre como bandera para la liberación, no resuelve en nada el problema de la opresión puesto que, dentro o fuera del matrimonio, los esquemas de actuación no cambian absolutamente en nada la situación de la mujer frente al hombre, frente a los hijos, frente a la sociedad.

En estos términos es que la autora va a analizar la experiencia china, para tra-

tar de demostrar, como dijéramos al principio, que las bases estructurales sobre las que se enraiza la opresión han sido radicalmente destruidas y se han implantado otras muy diferentes, realmente socialistas.

A lo largo de su exposición sobre el caso chino, que abarca la mayor parte del libro, nos relata cómo ha participado la mujer en la producción de tal manera que ella se ha transformado y ha transformado a la vez el sentido del trabajo. La participación de las mujeres en labores colectivas ha sido decisiva para impulsar tareas totalmente nuevas y formas de trabajo que no existían; es gracias a la mujer que realmente cambia el sentido del trabajo.

La colectivización se ha implantado en la totalidad de las actividades que en una sociedad capitalista se realizaban de manera individual y se reservaban a la mujer: el trabajo doméstico, la educación y cuidado de los hijos, los servicios útiles pero "no productivos" en términos burgueses.

Por otra parte, se habla del nuevo sentido que tiene el trabajo en fábricas, talleres, en el campo, que implica la participación plena de los trabajadores, desde la construcción del proyecto de acuerdo a las necesidades masivas hasta la realización total de éste.

Ahora bien, el relato de Broyelle sobre la situación china nos parece que es totalmente acritico y parcial. Esto nos hace, por un lado, desconfiar de la descripción, y por otro, preguntarnos (pues no se señala) qué resultados ha tenido esta cantidad de nuevas acciones, estos cambios en la educación de la mujer y del hombre desde la primera infancia.

A través del relato de tales cambios podemos imaginarnos más o menos claramente, pero en términos muy generales, su resultado, sin embargo, precisamente

por la falta de crítica y por que no habla de los cambios más concretos (negativos o positivos) en que han resultado estos nuevos procesos, se pierde la riqueza de la experiencia. Solamente nos queda lo agradable del relato y el conocimiento de los nuevos intentos positivos (que a veces no sabemos si en realidad son a nivel masivo o sólo se llevan a cabo en comunas que son el "aparador" para extranjeros).

Por otra parte, la autora, para exaltar más la experiencia china, la contrasta con algunas experiencias soviéticas que, dice, no son más que la continuación del esquema burgués. Independientemente de que tuviera o no razón, ello no parece válido, puesto que al exponer el caso soviético lo saca de contexto, lo parcializa y lo describe en dos palabras.

No es válido, decimos, puesto que no hay la misma profundidad en su estudio.

En esos términos se podría tomar como base de referencia la experiencia soviética, contrastando con frases aisladas de la experiencia china y el resultado sería el mismo: es decir, una falta de crítica real, una posición dogmática ante una u otra realidad. Imaginemos, por ejemplo, que la autora relata el caso soviético y para justificar el cambio que ha habido en el aspecto sexual nos hablara de lo retrógrado y puritano de las medidas estatales chinas respecto a la prohibición de relaciones sexuales premaritales y las restricciones en la edad al matrimonio.

Evidentemente, así planteado el caso chino, no tendríamos elementos para entenderlo. Pues bien, la autora hace varias veces este juego, y por otra parte justifica acciones chinas (o al menos las "comprende" en su contexto) que han sido mundialmente objeto de enormes polémicas. Por ejemplo, nos habla de cómo algunos niños chinos, que no estaban de acuerdo en la visita de Nixon, fueron convencidos de su importancia y lo positivo de ésta.

A lo largo de este relato sobre China varias veces sucede que la autora se olvida y se aleja de su tema central y nos explica fenómenos que son muy interesantes pero que no podemos ver en qué forma se ligan al proceso de liberación de la mujer. Es decir que, en el texto, se exponen ejemplos muy sintomáticos (aunque parciales) del proceso de liberación, y en el mismo nivel otros ejemplos muy alejados del problema o que lo tocan sólo colateralmente.

En resumen, si vemos el libro desde una perspectiva crítica, encontramos que nos dice algo de la experiencia de la mujer china, pero también encontraremos enormes problemas sin solución, otros ni siquiera planteados, otros más justificados absurdamente, sin crítica, parcializados. Sin embargo, es una buena base que nos impulsa a buscar más sobre el problema de la mujer china y de la liberación de la mujer en general.

Pilar Calvo D.

**INDICE ALFABETICO POR AUTORES DE HISTORIA Y SOCIEDAD,
SEGUNDO AÑO, SEGUNDA EPOCA**

- Roger Bartra: *La revolución domesticada: del bonapartismo pequeño-burgués a la institucionalización de la burguesía* / No. 6 / pp. 13-30.
- Roger Bartra: *Sobre la articulación de modos de producción en América Latina* / No. 5 / pp. 5-19.
- Roger Bartra: *Y si los campesinos se extinguen...* / No. 8 / pp. 71-83.
- Pierre Beaucage: *¿Modos de producción articulados o lucha de clases?* / No. 5 / pp. 37-58.
- Ciro F. S. Cardoso: *Los modos de producción coloniales: estado de la cuestión y perspectiva teórica* / No. 5 / pp. 90-106.
- Manuel Coello: *Caracterización de la pequeña producción mercantil campesina* / No. 8 / pp. 3-19.
- Robert Cohen: *Nuevos rumbos de la revolución cubana* / No. 7 / pp. 73-86.
- Sergio Corichi Flores: *Los movimientos de liberación nacional y las vías del desarrollo en Africa* / No. 7 / pp. 65-72.
- Agustín Cueva: *El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos* / No. 5 / pp. 20-36.
- José Carlos Chiaramonte: *El problema del tipo histórico de sociedad: crítica de sus supuestos* / No. 5 / pp. 107-126.
- Bolívar Echeverría A.: *La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach* / No. 6 / pp. 45-64.
- Federico Engels: *Sobre la historia del cristianismo primitivo* / No. 7 / pp. 24-44.
- Raúl González Soriano: *El Estado mexicano y la crisis económica: 1971-1974* / No. 6 / pp. 39-44.
- Armando Hart Dávalos: *Discurso en Dos Ríos* / No. 8 / pp. 84-95.
- E. J. Hobsbawm: *Los años oscuros del comunismo italiano* / No. 8 / pp. 62-70.
- Suren Kaltajchian: *El concepto de nación* / No. 8 / pp. 20-37.

- Enrique Leff: *Ciencia y tecnología en el desarrollo capitalista / No. 6 / pp. 75-88.*
- Julián Meza: *Hacia el fin de la edad de oro de las "clases medias" / No. 6 / pp. 65-74.*
- Cesáreo Morales: *Poder del discurso o discurso del poder / No. 8 / pp. 38-48.*
- Mercedes Olivera: *La opresión de la mujer en el sistema capitalista / No. 6 / pp. 3-12.*
- Raúl Olmedo: *El estatuto teórico de los modos de producción no capitalistas / No. 5 / pp. 59-64.*
- Sidney Peck: *Tendencias actuales del movimiento obrero no-teamericano / No. 7 / pp. 45-64.*
- Sergio de la Peña: *Acumulación originaria y el fin de los modos de producción no capitalistas en América Latina / No. 5 / pp. 65-73.*
- Sergio de la Peña: *La crisis económica en México / No. 6 / pp. 31-38.*
- Adolfo Sánchez Vázquez: *La ideología de la "neutralidad ideológica" en las ciencias sociales / No. 7 / pp. 9-26.*
- Enrique Semo: *La hacienda mexicana y la transición del capitalismo al feudalismo / No. 5 / pp. 74-89.*
- Enrique Semo: *Las revoluciones en la historia de México / No. 8 / pp. 49-61.*
- René Zavaleta Mercado: *Clase y conocimiento / No. 7 / pp. 3-8.*

DOCUMENTOS

- Fidel Castro: *Informe al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba / No. 7 / pp. 87-111.*
La dictadura uruguaya: fascismo en acción / No. 7 / pp. 112-114.

LA POLEMICA

- Julián Meza: *La sucesión presidencial en México / No. 5 / pp. 127-131.*

NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS

- Pilar Calvo: *La mitad del cielo (Claudie Broyelle, La mitad del cielo) / No. 8 / pp. 99-101.*
- Roberto Cava: *La CIA en México (Philip Agee, Inside the Company: CIA Diary) / No. 5 / pp. 132-133.*
- Roberto Díaz Castillo: *Portugal: de la opresión a la libertad (Alvaro Cunhal, Portugal: de la opresión a la libertad) / No. 6 / pp. 89-93.*

- Sergio de la Peña: *El desarrollo económico, un mito*, Celso Furtado / No. 7 / p. 116.
- Sergio de la Peña: *Cómo sobreviven los marginados*, Larissa Adler ue Lomnitz / No. 7 / p. 115.
- Sergio de la Peña: *Mercado interno y acumulación de capital* (Alonso Aguilar, *Mercado interno y acumulación de capital*) / No. 6 / pp. 101-103.
- Sergio de la Peña: *Testimonio de Cananea* (Esteban B. Calderón, *Juicio sobre la guerra del Yaqui y génesis de la huelga de Cananea*) / No. 8 / pp. 98-99.
- Américo Saldívar: *De los gorilas latinoamericanos* (Isaac Sandoval Rodríguez, *Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo*) / No. 8 / pp. 96-98.
- Américo Saldívar: *La teoría marxista de las clases sociales* (Nicos Poulantzas, *La teoría marxista de las clases sociales*) / No. 6 / pp. 98-101.
- Yolanda Trápago Delfín: *Filosofía y Política* (*Revista Mexicana de Ciencia Política*, "Filosofía y Política", No. 78) / No. 6 / pp. 93-98.

OBRAS RECIENTES DE NUESTROS COLABORADORES

- René Avilés Fabila: *El gran solitario de palacio*, 3a. ed., México, Ed. V Siglo, 1976.
- Arturo Azuela: *El tamaño del infierno*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974.
Un tal José Salomé, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1975.
- Roger Bartra: *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Ediciones Era, 1974.
[Ed.] *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975.
Marxismo y sociedades antiguas, México, Editorial Grijalbo, 1975.
- Agustín Cueva: *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Editorial Diógenes, 1974.
- Iván García: [Ed.] 1974. *El movimiento obrero y sindical*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975.
- Enrique González Rojo: *Para leer a Althusser*, México, Editorial Diógenes, 1974.
El antiguo relato del principio, México, Editorial Diógenes, 1974.
- Juan Felipe Leal: *La burguesía y el Estado Mexicano* (2a. edición ampliada), México, Ediciones El Caballito, 1974. *Estado, burocracia y sindicatos*, México, Ediciones El Caballito, 1975.
- Sergio de la Peña: *La formación del capitalismo en México*, México, Siglo XXI Editores (próxima aparición).
Política y sociología en Haití y República Dominicana, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1974.
Génesis de la revolución cubana, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Ricardo Pozas: *Antropología y burocracia indigenista*, México, Cuadernos para Trabajadores (próxima aparición).
- Enrique Semo: *La crisis actual del capitalismo*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975.
- Alfredo Tecla: *Universidad, burguesía y proletariado*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1976.
- Raquel Tibol: *Textos de Siqueiros*, México, Colección Archivo, F.C.E., 1974.
Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, México, Colección Testimonios, F.C.E., 1974.
- René Zavaleta Mercado: *El poder dual en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1974.



CONCURSO ENSAYO SIGLO XXI

PARA CELEBRAR EL 10º ANIVERSARIO DE SU FUNDACION, SIGLO XXI EDITORES, S. A. DE MEXICO, Y SUS ORGANIZACIONES PARALELAS SIGLO XXI DE ESPAÑA Y SIGLO XXI ARGENTINA, HAN RESUELTO CONVOCAR AL CONCURSO *ENSAYO SIGLO XXI* CON LA FINALIDAD DE LLENAR EL VACIO CREADO POR LA FALTA DE ESTIMULOS AL ESTUDIO E INVESTIGACION EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES.

SOLICITE LAS BASES DEL CONCURSO EN LAS MEJORES LIBRERIAS O EN AVE. CERRO DEL AGUA No. 248, ESQ. CON AVE. COPILCO, MEXICO 20, D. F.

EDICIONES ERA, S.A.



Avenida 102, México 13, D. F. / ☒ Apartado postal 74-092, México 13, D. F. / ☎ 581-77-44

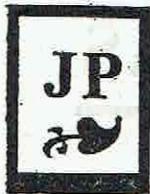
CUADERNOS POLITICOS

Revista Trimestral de Ediciones Era

Número 8/Abril/junio de 1976

Giovanni Arrighi: Una nueva crisis general capitalista / Valeriano Bozal: Cambio ideológico en España (1939-1975) / Roberto Castañeda: Los límites del capitalismo en México / Héctor Manjarrez: Inadaptable Revueltas / Raúl Trejo Delarbre: El movimiento en Spicer.

\$ 25.00



IMPRENTA DE JUAN PABLOS, S.A.

Mexicali 39, Col. Condesa, México 11, D. F.
Tel. 525-06-61.

**Tipografía y offset para revistas,
libros, folletos y carteles, incluyendo
diseño, cuidado de ediciones
y otros servicios.**

cuadernos agrarios

Departamento de Sociología Rural
Escuela Nacional de Agricultura

PUBLICACION CONJUNTA

Seminario Sobre la Cuestión Agraria
Escuela Nacional de Economía.

CONTENIDO

Número 1.

SOBRE LAS CLASES SOCIALES EN EL CAMPO MEXICANO, Amando Bartra.

REVOLUCION VERDE PARA ESPANTAR REVOLUCIONES ROJAS, Luisa Paré.

EL PROBLEMA CAMPESINO EN EL PROCESO DE LA REVOLUCION RUSA, Charles Bettelheim

LEY DEL VALOR Y PROCESO DE FORMACION DE PRECIOS EN LAS ECONOMIAS CAPITALISTAS Y PEQUEÑO MERCANTIL, Ariel José Contreras.

"DOÑA LOLA" Lider campesina Zapatista.

Número 2.

LA RENTA CAPITALISTA DE LA TIERRA, Amando Bartra.

OPOSICION A LA COLECTIVIZACION EJIDAL Y LUCHA DE CLASES, E. Boege, H. de Grammont, S. Lara, L. Paré.

ASPECTOS ECONOMICOS DE LA ABSORCION DE LA AGRICULTURA EN EL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA, Claude Servolin.

DOCUMENTOS DE ZAPATA.

RESEÑA DEL LIBRO "ATENCINGO, LA POLITICA DE LA LUCHA AGRARIA EN UN EJIDO MEXICANO" de D. Ronfeldt por H. de Grammont

RECOPIACION BIBLIOGRAFICA SOBRE ARTICULOS RECIENTES DE SOCIOLOGIA RURAL

Suscripción Anual (4 Números) \$ 70.00

Precio por Unidad \$ 20.00

PARA COOPERACIONES Y SUSCRIPCIONES ESCRIBIR AL APARTADO POSTAL # 41,
ESCUELA NACIONAL DE AGRICULTURA, DEPTO. DE SOCIOLOGIA RURAL. CHAPINGO, MEX.

CASA DE LAS AMERICAS

REVISTA DE CULTURA

16 años de labor consecutiva

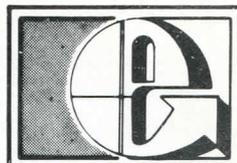
Informes, suscripciones y pedidos:

G Y TERCERA, VEDADO,
LA HABANA, CUBA



**EDICIONES
DE CULTURA
POPULAR**

**SERIE
EDUCACION**



BANDERAS EN LAS TORRES, *Anton Makarenko*, 480 p. \$ 45.00

CONFERENCIAS SOBRE EDUCACION INFANTIL, *Anton Makarenko*, 112 p. \$ 18.00

CRISIS DE LA EDUCACION, B. *Suchodolski-M. Manacorda*, 160 p. \$ 30.00

CARTA A UNA PROFESORA, *Alumnos de Barbiana*, 144 p. \$ 30.00

EDUCACION Y LUCHA DE CLASES, *Anibal Ponce*, 240 p. \$ 38.00

UNIVERSIDAD, BURGUESIA Y PROLETARIADO, *Alfredo Tecla* (en prensa)

EDUCACION EN REVOLUCION, *Fidel Castro* 240 p. \$ 30.00

POEMA PEDAGOGICO, *Anton Makarenko*, 632 p. \$ 75.00



por aparecer 

ADOLESCENCIA, EDUCACION Y SOCIEDAD

**A. PONCE, E. FISCHER
L. DEL CORNO**

**COEDICION CON
LA UNIVERSIDAD
AUTONOMA
DE
GUERRERO**

